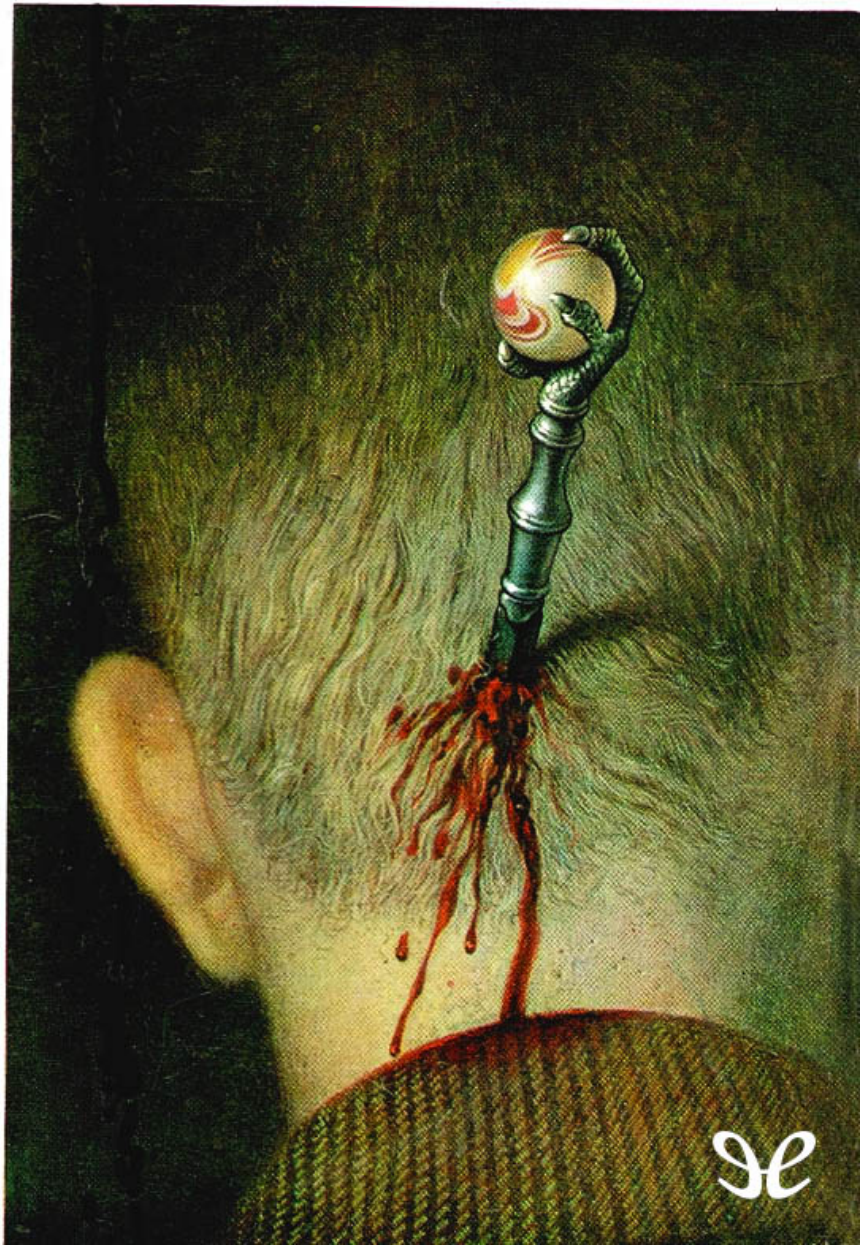
AGATHA CHRISTIE

LA MUERTE DE LORD EDGWARE



Selecciones de Biblioteca Oro

Poirot y Hastings asisten a un espectáculo en el que Carlotta Adams realiza una perfecta imitación de personajes célebres, entre los que se destaca la famosa actriz de cine Jane Wilkinson. Casualmente se encuentran todos después en una fiesta y la famosa actriz pida a Poirot que la ayude a obtener el divorcio de su marido, lord Edgware. La gestión resulta innecesaria porque, a los pocos días, lord Edgware aparece asesinado con un estilete clavado en la nuca.

Nuevas muertes dificultan la investigación. Existen varios sospechosos…, pero todos tienen una coartada perfecta.

Agatha Christie

La muerte de Lord Edgware

Hércules Poirot 9

ePub r1.2
Titivillus 03.03.16

Título original: *Lord Edgware Dies*
Agatha Christie, 1933
Traducción: José Mallorquí Figuerola

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra.

ADAMS, Charlotte: Excelente actriz judía, americana, excepcional imitadora de *estrellas*.

ADAMS, Lucy: Hermana menor de Charlotte.

ALTON: Afeminado mayordomo de lord Edgware.

BENNET, Alice: Sirvienta de *miss* Adams.

CARROLL: Secretaria de lord Edgware.

DRIVER, Jenny: Dueña de una casa de modas y amiga de actrices y cineastas.

EDGWARE, George Marsh: Esposo de la Wilkinson, hombre multimillonario y excéntrico.

ELLIS: Camarera de Jane Wilkinson.

HASTINGS: Capitán, gran amigo y colaborador de Hércules Poirot.

JAPP: Inspector de Policía.

JOBSON: Chófer taxista.

MARSH, Geraldine: Bella hija de lord Edgware.

MARSH, Ronald: Sobrino del citado lord.

MARTIN, Bryan: Uno de los más famosos artistas de cine; hombre apuesto y elegante, con gran partido entre las damas.

MAXON: Abogado de Jane Wilkinson.

MERTON, Duque de: Joven distinguido, culto y rico, deseado por la citada Wilkinson.

MONTAGU CORNER, *Sir*: Potentado aristócrata, mecenas cinematográfico.

POIROT, Hércules: Famoso detective y protagonista de esta novela.

ROSS, Donald: Actor bastante conocido y contertulio asiduo de *sir* Montagu.

WIDBURN: Un matrimonio amigo de la Adams y de *sir* Montagu.

WILKINSON, Jane: Inteligente actriz norteamericana y bellísima mujer a la que muchos pretenden.

CAPÍTULO UNO

UNA REPRESENTACIÓN TEATRAL

El público es sumamente olvidadizo. El asesinato de George Alfred Saint Vincent Marsh, cuarto barón de Edgware, que tan intensamente apasionó a la opinión, ha pasado ya al olvido y otros hechos posteriores han acaparado su interés.

Debo confesar que por expreso deseo de mi amigo Hércules Poirot no figuró su nombre en el suceso, ya que si intervino en él no fue por su propia voluntad. Los laureles, por tanto, se los llevaron los demás, como él quería, pues, desde su punto de vista, aquello constituyó uno de sus fracasos, ya que si consiguió ponerse, por fin, sobre la verdadera pista del criminal fue debido a sorprender en la calle cierta conversación que sostenían dos desconocidos.

De todos modos, lo cierto es que él fue quien descubrió al asesino.

Mi opinión personal coincide con la de mi amigo en que, aun no habiendo sido descubierto el culpable, es muy improbable que el crimen le hubiese servido a éste para lograr sus propósitos.

Y ahora creo que ha llegado el momento de explicar cuanto sé del suceso, diciendo también que al relatarlo cumplo los deseos de una de las mujeres más hermosas que he conocido. Me acordaré siempre del día en que Poirot, paseándose a grandes zancadas por la habitación de nuestra casa, nos contó lo ocurrido.

Mi relato empieza en un teatro de Londres, en el mes de junio del pasado año. Por entonces hacía furor la actriz teatral Charlotte Adams. El año anterior debutó con gran éxito y estuvo trabajando unos días. Pero al siguiente actuó durante tres semanas en uno de los más importantes teatros de la capital, siendo aquella noche la de

su despedida.

Charlotte Adams era una muchacha norteamericana, de gran talento. Se presentaba en escena sola, sin maquillaje y sin ningún decorado. Su trabajo consistía en imitar a un sinfín de personalidades de todos los países. Hablaba con facilidad varios idiomas. Uno de los números de su repertorio, *Una noche en un hotel extranjero*, era realmente asombroso. Parodiaba, uno tras otro, a americanos, a turistas alemanes, a toda una familia inglesa de clase media, a muchachas de dudosa moralidad, a nobles rusos arruinados, sin omitir a los serviciales camareros.

Las escenas representadas, unas eran alegres y otras tristes, alternativamente. Por ejemplo, la *Muerte de una mujer checoslovaca en un hospital* ponía un nudo en la garganta de los espectadores; pero al poco rato se desternillaba uno de risa ante la amabilidad de un dentista con sus futuras víctimas.

La función se terminaba con lo que ella llamaba *Algunas imitaciones*, en las cuales estaba de nuevo maravillosa. Sin la menor caracterización, sus rasgos parecían deformarse para adquirir los de algún célebre político, o los de alguna actriz famosa, o los de alguna bella mundana. En cada caracterización empleaba la manera de hablar especial que el personaje requería, resultando maravillosamente exacta.

Una de sus últimas imitaciones fue la de Jane Wilkinson, inteligente artista norteamericana, célebre en Londres por su cálida voz. Yo había sido gran admirador suyo. Me entusiasmaban las interpretaciones que hacía de los personajes y muchas veces llegué a pelearme con quienes decían que de hermosa tenía mucho, pero de artista nada.

Jane Wilkinson era una de esas actrices que dejan el teatro al casarse, pero que a los pocos años vuelven a él.

Tres años antes habíase casado con el riquísimo, aunque algo excéntrico, lord Edgware. Corrieron rumores de que le abandonó al poco tiempo. Lo cierto fue que año y medio después del casamiento empezó a trabajar en los estudios cinematográficos de América, y que en aquella temporada interpretó algunas obras en Londres.

Uno de los gestos de Charlotte Adams, imitando a Jane Wilkinson, me hizo soltar una alegre carcajada, que fue seguida por otra que alguien lanzó a mi espalda. Me volví para ver quién era y

me encontré ante la propia imitada, *lady* Edgware, más conocida por Jane Wilkinson.

Al terminar la representación, la actriz aplaudió calurosamente y, riéndose, se volvió hacia su acompañante, hombre de gran belleza física, belleza que recordaba algo de las estatuas griegas, y en quien reconocí a uno de los artistas más famosos de la pantalla, Bryan Martin, el héroe cinematográfico del momento. Él y Jane Wilkinson habían aparecido juntos en varias películas.

—Es maravilloso, ¿verdad? —decía *lady* Edgware.

Él se echó a reír.

—Estás muy entusiasmada, Jane.

—Pero ¡si es estupenda! Lo hace mucho mejor de lo que yo creía.

Lo que ocurrió más tarde fue verdadera coincidencia.

Después del teatro, Poirot y yo fuimos a tomar algo al Savoy. En la mesa próxima a la nuestra estaban *lady* Edgware, Bryan Martin y otras dos personas que yo no conocía. Le hice notar a Poirot que estábamos al lado de *lady* Edgware. Mientras se lo estaba diciendo, otras dos personas, un hombre y una mujer, se sentaron en otra mesa cercana. El rostro de ella me era familiar, aunque de momento no pude recordar quién era. De pronto me di cuenta de que se trataba de Charlotte Adams. A su acompañante no le conocía. Era un joven alto, de rostro simpático, pero algo atontado.

Le dije a Poirot quién era la recién llegada, y mi amigo miró hacia su mesa y también hacia la de Jane Wilkinson.

—¿Es esa *lady* Edgware? ¡Sí; ahora recuerdo!… La he visto trabajar alguna vez; es una *belle femme*.

—Y una gran actriz.

—Quizá.

—No parece muy convencido.

—Creo, amigo mío, que su triunfo es debido a los que la rodean; si tiene el principal papel de la obra, si todos se mueven a su alrededor como sombras…, claro que puede destacarse; pero dudo que pudiese hacer un papel de los que se llaman de carácter. Además, la obra se escribe para ella. A mí me hace el efecto de que es una mujer egocéntrica —se detuvo un momento y luego añadió —: Las personas así corren en la vida un gran peligro.

—¿Un peligro?

—Por lo que veo, he usado una palabra que te sorprende, *mon ami* —y repitió—: Sí, peligro. Porque una mujer semejante no ve más que una cosa: su persona. Esas mujeres no se dan cuenta de las penas que existen, de los infinitos dolores que las rodean, de los conflictos de la vida. No tienen presente más que sus propias preocupaciones. Y tarde o temprano…, un desastre.

Su apreciación era interesante, y me pregunté por qué no se me había ocurrido a mí pensar en ello.

—¿Y la otra, qué te parece?

—¿*Miss* Adams? —Miró hacia su mesa—. Bien —dijo sonriendo —. ¿Qué quieres que te diga de ella?

—Pues lo que te parece.

—*Mon cheri*, ¿soy acaso esta noche un echador de la buenaventura, que lee en la palma de la mano el carácter?

—Lo harías mejor que muchos —dije.

—Hermosa fe la que tienes en mí, Hastings; cree que me emociona. Tú sabes, amigo mío, que cada individuo es un oscuro misterio, un laberinto de conflictos, pasiones, deseos y aptitudes. *Mais oui, c'est vrai*. Uno se forma una idea, hace un juicio; pero de diez veces, nueve está equivocado.

—Pero no Hércules Poirot.

—También Hércules Poirot. Ya sé que piensas que soy un vanidoso; sin embargo, yo te aseguro que soy sumamente humilde. Reí.

—¿Tú, humilde?

—Así es. Menos en lo que se refiere a mi bigote, lo confieso; porque he observado que no hay otro en Londres que se pueda comparar con él.

—Ya puedes estar seguro —dije secamente. Y añadí—: ¿No quieres decirme el juicio que te merece Charlotte Adams?

—*Elle est artiste* —respondió Poirot sencillamente—. Esto es todo.

—Bueno; pero ¿no sabes si corre también algún peligro?

—Todos lo corremos —dijo Poirot con gravedad—. La desgracia pende siempre sobre nuestras cabezas. Y respecto a tu pregunta —añadió—, te diré que me parece astuta y algo más. Supongo que te habrás fijado en que es judía, ¿verdad? —No me había fijado; pero al decírmelo él advertí, en efecto, en la artista rasgos de su

ascendencia semítica—. Eso es una ventaja, pero al mismo tiempo es un peligro.

—¿Qué quieres decir? ¿A qué te refieres?

—Al amor al dinero; porque el amor al dinero es lo que hace a veces olvidar la prudencia.

—Eso es general —dije yo.

—Es cierto; pero, afortunadamente, a la mayoría de las personas, según por qué medio, no les interesa obtener dinero, mientras que para los judíos lo importante es el dinero, cueste lo que cueste el obtenerlo.

En aquel momento llamaron mi atención las cuatro personas sentadas en la mesa vecina.

—Me parece que has hecho una conquista, Poirot. La hermosa *lady* Edgware no te quita ojo.

—Sin duda le habrán dicho quién soy —dijo Poirot, aparentando modestia.

—Me parece que es por tu famoso bigote. Debe de estar asombrada de su belleza.

Poirot se lo acarició, sonriendo:

—Realmente, es único, amigo mío; «el cepillo de dientes», como tú dices, a veces causa efectos sorprendentes.

—¡Caramba! *Lady* Edgware se levanta, al parecer, con intención de hablarnos, Bryan Martin se opone, pero ella no le hace caso.

Jane Wilkinson se había levantado impetuosamente de su silla y venía hacia nosotros. Poirot se puso en pie y yo hice lo mismo.

—Es usted *monsieur* Hércules Poirot, ¿verdad? —preguntó con su armoniosa voz.

—Servidor de usted, señora.

—*Monsieur* Poirot, deseo hablarle, necesito hablarle.

—Estoy a sus órdenes. ¿Quiere usted sentarse?

—No; aquí, no. Quisiera hablarle reservadamente… Podemos subir a mis habitaciones.

Bryan Martin se había acercado a nosotros y dijo, riendo:

—Espera un poco, Jane; ten en cuenta que estamos a medio cenar.

—¿Y eso qué importa, Bryan? Pueden subirnos la cena a mis habitaciones, ordénalo tú mismo y… Oye, Bryan…

Fue tras él y le dijo algo en voz baja. Mientras hablaban miraron

varias veces hacia donde estaba Charlotte Adams, por lo que supuse que se ocupaban de ella.

Después, Jane vino hacia nosotros, radiante.

—Ahora ya podemos irnos arriba —dijo.

La idea de que nosotros podríamos no aceptar su invitación ni siquiera pasó por su cerebro.

—Ha sido una suerte que le viese a usted esta noche —dijo mientras nos dirigíamos al ascensor—. Parece mentira lo bien que me salen a mí las cosas. Estaba preocupada con lo que debía hacer, y de repente le veo a usted en la mesa próxima y me digo: «*Monsieur* Poirot me aconsejará» —se detuvo para decir al encargado del ascensor—: Segundo piso.

—Si en algo puedo serle útil… —empezó Poirot.

—Estoy segura de que usted puede serme de gran utilidad; he oído decir que usted es el hombre más maravilloso que existe. Yo creo que es el único que puede sacarme del enredo en que estoy.

Llegamos al segundo piso, y siguiendo el corredor se detuvo ante una de las habitaciones más lujosas del Savoy.

Abandonó sobre una de las sillas su blanco abrigo y se dejó caer en una butaca.

—¡Oh! —exclamó—, de una manera u otra quiero verme libre de mi marido.

CAPÍTULO DOS

UNA ESCENA

Tras un momento de asombro, Poirot se recobró.

—Pero, señora —dijo con ojos centelleantes—, librar a las esposas de sus maridos no es cosa que entre dentro de mi especialidad.

—Desde luego, ya lo sé.

—Lo que usted necesita es un abogado.

—En eso se equivoca. Estoy más que harta de abogados. Me he confiado a un sinfín de ellos y ninguno me ha servido de nada. Los abogados sólo conocen la ley; pero, fuera de eso, no tienen el menor sentido común.

—Por lo visto, usted cree que yo lo tengo.

Ella se rió.

—Desde luego.

—Pues, señora, tendré todo el sentido común que usted quiera; pero, por lo mismo, su proposición no me interesa.

—No sé por qué no le ha de interesar. Al fin y al cabo, este caso es un problema.

—¡Ah! ¿Conque es un problema?

—Y de los más difíciles —siguió Jane Wilkinson—. Estoy casi segura de que no es usted hombre que se arredre ante las dificultades.

—Muchas gracias por sus palabras; de todas maneras, yo no hago investigaciones para lograr divorcios.

—Pero, hombre de Dios, yo no le pido a usted que haga de espía. Lo único que deseo es desembarazarme de mi marido, y estoy segura de que usted me dirá lo que debo hacer.

Poirot dudó un momento antes de contestar. Al fin dijo:

—Primero, señora, dígame usted por qué tiene tantos deseos de verse libre de su marido.

No hubo la menor vacilación en la respuesta de *lady* Edgware:

—Pues, sencillamente, para casarme otra vez. ¿Qué otra razón podía tener?

—Pero un divorcio es fácil de obtener.

—Usted no conoce a mi marido, *monsieur* Poirot. Es…, es… —se estremeció—. No sé cómo explicarlo. Es un hombre extraño, distinto por completo de los demás —hizo una pausa y continuó—: No debí casarme con él. Su primera mujer, como usted ya sabe, se le marchó, dejando una niña de tres meses. Nunca se quiso divorciar de ella y la dejó morir miserablemente. Luego se casó conmigo y… Bueno, yo tampoco pude aguantarle y le dejé, marchándome a Estados Unidos. Como no tenía ningún motivo para divorciarme, aunque a él se los había dado yo más que sobrados, no quiso hacer el menor caso.

—En algunos Estados de Norteamérica le hubiera sido fácil conseguir el divorcio, señora.

—No me convenía, teniendo que vivir en Inglaterra.

—¿Tiene usted necesidad de vivir en Inglaterra, *lady* Edgware?

—Sí.

—¿Con quién piensa casarse?

—Con el duque de Merton.

Me quedé asombrado. El duque de Merton era la desesperación de las madres casamenteras. Era un joven de tendencias románticas, ferviente católico, y estaba dominado completamente por su madre, la duquesa viuda. Aquel joven se dedicaba, como distracción principal, a coleccionar porcelanas chinas, y nunca se había fijado en una mujer.

—Estoy enamoradísima de él —continuó Jane—. Es completamente distinto a todos los hombres que he encontrado hasta ahora; parece un monje de leyenda. Además tiene un palacio maravilloso —se detuvo un momento y siguió—: En cuanto me case dejaré el teatro para siempre.

—Pero por ahora —dijo Poirot— lord Edgware es una barrera para todos esos ensueños.

—¡Oh, sí!, y eso me vuelve loca —se inclinó pensativa—. Si al

menos estuviésemos en Chicago, podría hacerle «despachar» fácilmente; pero aquí es imposible encontrar un pistolero.

—Aquí —dijo Poirot— creemos que todo ser humano tiene derecho a la vida.

Se oyó un golpe en la puerta y entró un camarero con las bandejas de la cena. Jane Wilkinson siguió discutiendo como si no hubiese nadie.

—Claro que yo no voy a pedirle que le mate.

—*Merci, madame*.

—Yo pensaba que usted podría ir a discutir hábilmente con él hasta meterle en el cerebro la idea del divorcio. Eso creo que lo lograría usted.

—Me parece que exagera mi poder de persuasión, señora.

—No; y estoy segura de que usted hará algo —se inclinó ávidamente hacia adelante, con sus azules ojos muy abiertos— por mi felicidad, ¿verdad?

—Me gustaría poder hacer la felicidad de todo el mundo —dijo Poirot.

—Sí; pero yo no le pido que haga la de todo el mundo; yo sólo pienso en mí.

—Me parece que usted siempre ha pensado así —dijo Poirot, sonriendo.

—¿Me cree usted acaso egoísta?

—¡Oh!, no digo eso, señora.

—Si antes he hablado así es porque no quiero ser desgraciada. Lo único que quiero es que me conceda el divorcio o que se muera. En realidad —dijo pensativamente—, sería mejor que se muriese; así me vería antes libre de él —miró a Poirot, como si esperase su asentimiento—. Querrá usted ayudarme, ¿verdad, *monsieur* Poirot? —Se puso en pie y cogió su blanco abrigo. Se oían voces en el corredor. La puerta estaba entreabierta—. Si usted no quiere…

—Y si yo no quiero, ¿qué pasará?

Se echó a reír.

—Pues que cogeré un taxi, llegaré hasta la casa de mi marido y una vez allí le pegaré cinco tiros.

Riendo, salió por una puerta hacia otra habitación en el momento en que Bryan Martin entraba con la americana Charlotte Adams, su acompañante y las otras dos personas que habían cenado

con él y Jane Wilkinson. Nos los presentaron como *mister* y *mistress* Widburn.

—¡Hola! —dijo Bryan—. ¿Dónde está Jane? Deseo decirle que salí triunfante de la comisión que me encargó.

Jane salió de la alcoba con un lápiz para los labios en una mano.

—¿La has podido traer? ¡Qué estupendo! ¡Oh, *miss* Adams! Me ha gustado muchísimo su trabajo. ¿Quiere usted entrar, que hablaremos mientras me arreglo?

Charlotte Adams aceptó la invitación. Bryan Martin se dejó caer sobre una silla.

—Bueno, *monsieur* Poirot —dijo—, ya ha sido convencido por nuestra Jane para que trabaje para ella. Tarde o temprano hubiese usted terminado por ceder. Jane es una mujer que no conoce la palabra «no». Es un carácter interesante —siguió, sacando un cigarrillo—; para ella no hay nada *tabú*. No tiene el menor sentido moral. Esto no significa, precisamente, que sea inmoral; la verdadera palabra creo que es «amoral». Su vida sólo tiene por objeto lograr todo lo que desea. Estoy seguro de que mataría a cualquiera con la mayor tranquilidad, y creería que se cometía una injusticia si la condenasen a la horca por ello. Lo peor es que la cogerían enseguida, pues no tiene el menor cerebro. Para cometer un crimen, seguramente cogería un taxi, y en cuanto llegase a la casa se anunciaría por su verdadero nombre y dispararía.

—¿Qué le hace creer eso? —murmuró Poirot.

—¿Qué?

—¿La conoce usted bien?

—¡Ya lo creo!

Rió de nuevo, pero me pareció que esta vez en su risa había una nota amarga.

—Jane es una egoísta —dijo *mistress* Widburn—. Claro está que una actriz debe serlo si quiere hacerse una personalidad.

Poirot no hablaba. Tenía la vista clavada en Bryan Martin, mirándole de una manera incomprensible.

En aquel momento Jane salió de la habitación próxima, seguida de Charlotte Adams. Supuse que Jane se había arreglado, aunque me pareció que estaba lo mismo que antes.

La cena transcurrió alegremente, si bien yo notaba que había algo que no entendía.

Jane Wilkinson no tenía la menor sutileza. Era una mujer joven que no sabía ver más de una cosa a la vez. Quiso tener una entrevista con Poirot y enseguida lo consiguió. Luego deseó incluir a Charlotte Adams en la cena y también lo consiguió; por tanto, estaba del mejor humor del mundo. Después me fijé en Bryan Martin. Sus gestos eran ampulosos, muy propios de un actor de cine. Charlotte Adams era una muchacha tranquila y de agradable voz. La miré detenidamente, ya que tuve la suerte de tenerla frente a mí. Tenía un encanto raro que consistía en la carencia de estridencias. Sus cabellos eran suaves y negros; sus ojos, azul claro; el rostro, pálido, y una boca movible y sensual. Era un rostro que se hacía fácil de recordar. Se mostraba encantada con las atenciones de Jane Wilkinson; pero de pronto, estando Jane hablando con Poirot, la mirada de Charlotte, que no se apartaba de la actriz, pareció llenarse de hostilidad. ¿Fue imaginación mía o acaso envidia profesional? Jane había llegado ya a la cumbre de la fama, mientras que Charlotte seguía al pie de ella; miré también a los otros tres comensales. *Mister* y *mistress* Widburn no tenían nada de particular. Él era un hombre cadavérico; ella, gorda y extremosa. Parecían ser personas que se volvían locas por todo lo referente al teatro. No les gustaba hablar de nada más. Debido a mi reciente ausencia de Inglaterra me encontraba muy mal informado sobre aquel tema, y, al fin, *mistress* Widburn me volvió su carnosa espalda, no acordándose más de que yo existiese.

El único miembro restante de la reunión era el insignificante joven de la cara redonda, el acompañante de Charlotte Adams. A mí me pareció que el joven no era tan sensato como parecía. En cuanto empezó a beber champaña, mi idea se confirmó. Durante la primera parte de la cena permaneció silencioso; pero luego se dirigió a mí, tomándome, sin duda, por uno de sus viejos amigos.

—Lo que yo quiero decir —dijo— no es eso, no, amigo mío, no es eso… Yo quiero decir. ¿Qué haría usted si se encontrase con una muchacha como la que he encontrado yo, con unos padres de los más puritanos, ¡maldita sea!, y…? ¿Qué estaba diciendo?

—Algo muy ininteligible —contesté.

—Bueno, pues que se vaya a paseo. Le he pedido dinero prestado a mi sastre. Ese sastre mío es una persona la mar de simpática, le debo dinero desde hace un sinfín de años. Entre

nosotros existe una especie de unión… Sí, eso es, una especie de unión. Usted y yo…, usted y yo… Pero ¿quién diablos es usted?

—Me llamo Hastings.

—Eso no es verdad. Ahora le recuerdo, usted es un tal Spencer Jones —y suspiró—. Mi querido Spencer Jones. Nos conocimos en Eton y Harrow, y hace cinco años que no nos veíamos. Lo que yo digo es que una cara es igual que otra. Si aquí hubiese varios chinos, no habría manera de conocer a ninguno por la cara —movió la cabeza y se bebió otro trago de champaña—. Ahora, fíjese usted; dentro de muchos años, cuando yo tenga setenta y cinco o más, se morirá mi tío y seré un hombre rico. Entonces podré pagar a mi sastre. —Se sonrió ante aquel pensamiento.

Había algo simpático en aquel joven. Un minúsculo y absurdo bigote era como una mancha en su redonda cara.

Me fijé en que Charlotte Adams le miró y que después de aquella mirada se levantó, despidiéndose de la concurrencia.

—Estoy muy satisfecha de que haya usted venido —dijo Jane—. A mí me gusta hacer las cosas de repente. ¿Y a usted?

—A mí, no —dijo *miss* Adams—. Me gusta planearlas perfectamente antes de hacerlas; eso suele evitar perjuicios.

Había algo desagradable en sus maneras.

—Bueno, de todos modos, los resultados lo justifican —rió Jane, y añadió—: No creo haberme divertido nunca tanto como esta noche con su actuación.

El rostro de la muchacha se aclaró.

—Es usted muy amable y le agradezco infinito sus palabras, pues necesito que me animen. Creo que todas las artistas lo necesitamos.

—Charlotte —dijo el joven del bigote—, despídete de los señores y da las gracias a tía Jane por la suculenta cena.

Una vez dicho esto, el joven se dirigió hacia la puerta, siendo realmente milagroso que lograse llegar a ella sin caer.

—¿Quién es ése para llamarme «tía Jane»? —dijo *lady* Edgware —. Es la primera vez que le veo.

Los Widburn se despidieron y Bryan Martin salió con ellos.

—Bueno, *monsieur* Poirot —dijo Wilkinson, sonriendo a mi amigo.

—¿*Eh bien*, *lady* Edgware?

—¡Por amor de Dios, no me llame usted así! Quiero olvidar con

quién estoy casada. ¡Ah, es usted el hombre de peor corazón de Europa!

—Eso no, *madame*; yo no tengo mal corazón.

—Entonces irá usted a ver a mi marido y le pedirá lo que yo deseo, ¿verdad?

—Iré a verle —prometió Poirot.

—Pensará usted algo, ¿verdad? Dicen que es usted el hombre más inteligente de Inglaterra.

—Señora, antes me dijo usted que era el hombre de peor corazón de Europa; en cambio, tratándose de inteligencia, afirma sólo que soy el más inteligente de Inglaterra.

—Por eso no se enfade; juraré que es el más inteligente del mundo.

Poirot le tendió la mano.

—Señora, no puedo prometerle nada; si voy a visitar a lord Edgware, será sólo para estudiarle psicológicamente.

—Psicoanalícele tanto como quiera. Tal vez así logre sacar algo de él.

Y se despidió de nosotros con una de sus encantadoras sonrisas.

CAPÍTULO TRES

EL HOMBRE DEL DIENTE DE ORO

Unos días más tarde, mientras almorzábamos, Poirot me tendió una carta que acababa de recibir.

—*Mon ami* —dijo—. ¿Qué te parece esto?

La carta era de lord Edgware, quien, en tono ceremonioso, le citaba para la mañana siguiente a las once.

Debo confesar que quedé muy sorprendido. Había tomado las palabras de Poirot como cosa ligera, pronunciadas en un momento de jovialidad, y no tenía la más ligera idea de que hubiera dado ningún paso para cumplir su promesa.

Poirot, con su viva inteligencia, comprendió lo que pasaba por mi mente, y sus ojos brillaron un momento.

—Pues sí, *mon ami*, no fue sólo cosa del *champagne*.

—Yo no he dicho eso.

—Sí, hombre, sí. Tú pensabas: el pobre promete cosas que no ha de cumplir, que no tiene la menor intención de cumplir. Pero, amigo mío, las promesas de Hércules Poirot son sagradas.

Al decir las últimas palabras se irguió majestuosamente.

—Ya lo sé, hombre, ya lo sé —dije apresuradamente—; pero pensé que tal decisión la tomaste sin meditar, a la ligera, como si dijéramos… influido por el momento.

—No acostumbro a que nada ni nadie influya, como tú dices, en mis decisiones. El mejor y más seco de los *champagnes*, la más seductora de las mujeres, no tienen la menor influencia en las decisiones de Hércules Poirot. Nada, *mon ami*, que me interesa el asunto. Eso es todo.

—¿Los amores de Jane Wilkinson?

—No precisamente sus amores. Eso es una cosa muy vulgar. Es uno de tantos pasos de la carrera de una mujer hermosa y egoísta. Si el duque de Merton, además de parecerse a un monje de leyenda, no poseyese un título, puedes estar seguro de que no le interesaría mucho tiempo. No, Hastings; lo que me atrae sobre todo es el estudio de los caracteres. Me entusiasma poder estudiar a lord Edgware en la mayor intimidad.

—¿Y esperas salir triunfante de la misión que te han encomendado?

—*Pourquoi pas?* Todo hombre tiene sus flaquezas, pero no creas que porque estudie el caso desde un punto psicológico no he de hacer cuanto pueda para salir airoso de la comisión que se me ha encargado. Claro está que me distrae mucho ejercitar el ingenio.

—Así, ¿iremos mañana, a las once, a Regent Gate? —pregunté.

—¿Iremos…?

Poirot levantó burlonamente las cejas.

—¡Poirot! —grité—. No querrás prescindir de mí, ¿verdad? Siempre he ido contigo a todas partes.

—Si se tratase de un crimen misterioso, de un envenenamiento, de un asesinato, ¡ah!, son cosas con las que tu alma se deleitaría. Pero un simple asunto de sociedad…

—No hablemos más —dije con firmeza—. Iré contigo, y basta.

Poirot me miró suavemente, y en aquel momento nos avisaron de que un caballero deseaba vernos.

Con profundo asombro nos encontramos con que el visitante era Bryan Martin.

El actor parecía mucho más viejo a la luz del día. Era guapo, pero de una belleza marchita. Se advertía en él una especie de hiperestesia nerviosa que hacía suponer que era esclavo de las drogas.

—Buenos días, *monsieur* Poirot —dijo con gran cortesía—. Veo que están ustedes almorzando. Lamento haberles interrumpido, pues acaso estarán muy ocupados.

—No —dijo Poirot, sonriendo amablemente—. De momento no tenemos ningún asunto de importancia entre manos.

—¡Qué cosa más rara! —dijo sonriendo Bryan—. ¿Ningún aviso de Scotland Yard? ¿Ninguna investigación delicada por cuenta de la casa real? Es increíble.

—Usted, amigo mío, confunde la ficción teatral con la realidad —dijo Poirot, mientras asomaba a sus labios una sonrisa—. Por el momento, como le he dicho, no tengo ningún trabajo. *Dieu merci*.

—Bueno, eso es una suerte para mí —dijo Bryan, sonriendo a su vez—. Acaso quiera usted encargarse de algún asunto mío.

Poirot miró atentamente al joven.

—¿Tiene usted algún trabajo para mí? —preguntó al cabo de unos momentos.

—Bueno…, le diré. Lo tengo y no lo tengo.

Esta vez la sonrisa que asomó a sus labios era más bien nerviosa. Mientras le miraba pensativamente, Poirot le ofrecía una silla. El joven se sentó frente a nosotros, pues yo lo había hecho junto a Poirot.

—Ahora —dijo mi amigo— explíquenos de qué se trata.

—El caso es que no puedo decirles tanto como yo quisiera —dudó un momento—. Es algo difícil. Verán, el suceso tuvo lugar en América.

—¿En América?

—Un simple incidente atrajo mi atención. Es el caso que, viajando en tren en una ocasión, observé a cierto sujeto. Era un joven de aspecto desagradable, completamente afeitado, que llevaba lentes y un diente de oro.

—¡Ah! ¿Un diente de oro?

—Exactamente. Esa es la clave del suceso. Poirot movió la cabeza.

—Comprendo; siga usted.

—Como le decía, me fijé por primera vez en aquel joven en un viaje a Nueva York. Seis meses después, estando en Los Ángeles, volví a ver otra vez al individuo en cuestión. No sé cómo fue, pero el hecho es que me fijé en él. Un mes más tarde tuve necesidad de ir a Seattle, y a poco de llegar allí, lo primero que veo es a mi amigo, sólo que aquella vez lucía una hermosa barba.

—Muy curioso.

—¿Verdad que sí? Claro está que entonces no se me ocurrió que semejante sujeto tuviese nada que ver conmigo; pero cuando vi a mi hombre otra vez en Los Ángeles, sin barba; en Chicago, con bigote y las cejas distintas, y en un pueblo de las montañas disfrazado de vagabundo, entonces empecé a sospechar.

—No era para menos.

—No cabía la menor duda de que me seguía.

—Desde luego.

—Dondequiera que fuese, allí estaba junto a mí, como mi sombra, mi perseguidor con distintos disfraces; pero afortunadamente, gracias al diente de oro, siempre le reconocía.

—Una verdadera fortuna ese diente de oro.

—¡Ya lo creo!

—Perdone, *mister* Martin, ¿habló usted alguna vez con aquel hombre? ¿Le preguntó la causa de su persistente persecución?

—No, no lo hice —el actor dudó un momento—. Estuve tentado de hacerlo dos o tres veces, pero no me decidí. Creí que lo único que lograría con ello sería ponerlo en guardia, sin conseguir nada en absoluto. Seguramente, en cuanto ellos se hubiesen dado cuenta de que le había descubierto, hubiesen hecho que me siguiera otro, otro a quien no me fuese posible reconocer.

—*En effet*, otro sin ese utilísimo diente de oro.

—Exactamente. Quizá me equivoqué, pero yo lo consideré mejor así.

—Un momento, *mister* Martin. Usted ha aludido a «ellos» hace un momento. ¿A qué «ellos» se refiere usted?

—Es una simple forma de expresión mía, aunque presiento, no sé por qué, de un modo vago, que «ellos» existen en el fondo de ese suceso.

—¿Tiene usted alguna razón que motive ese presentimiento?

—Ninguna.

—¿Y dice usted que no tiene la menor idea del porqué le seguían?

—En absoluto. Por lo menos…

—*Continuez* —dijo Poirot, animándole.

—Se me ocurre una cosa —dijo Bryan Martin, lentamente—. Es una simple conjetura.

—Una conjetura, señor mío, puede muy bien ser a veces una solución.

—Está relacionado con un incidente ocurrido en Londres hace unos dos años. Fue un incidente sin importancia; pero tan inexplicable, que me ha sido imposible olvidarlo. Me ha tenido mucho tiempo preocupado, todo porque no he podido encontrarle

hasta ahora ninguna explicación. Bien pudiera ser que esa persecución estuviera ligada de alguna manera con él; pero ¡por mi vida!, que yo no sé por qué ni cómo.

—Quizá pueda yo explicárselo.

—Tal vez, pero… —la turbación de Bryan Martin renacía—. Lo difícil del caso —continuó— es que no puedo contárselo a usted…, de momento. Hasta dentro de unos días no estaré en situación de hacerlo —aguijoneado por la interrogadora mirada de Poirot, continuó con desesperación—: Es que…, ¿sabe usted?, se trata de una mujer.

—¡Ah! *Parfaitement* ¿Una mujer inglesa?

—Sí. ¿Cómo lo sabe usted?

—Muy sencillo. Usted no me lo puede contar hasta dentro de dos o tres días, lo que significa que ha de obtener para ello el permiso de la joven. Por tanto, ella está en Inglaterra. También debía estar en Inglaterra durante el tiempo que fue usted perseguido, pues, de haber estado en América, hubiesen ustedes hablado entonces de lo que ocurría. Por consiguiente, si ha estado en Inglaterra durante los últimos dieciocho meses, lo más probable es que sea inglesa. Muy sencillo, ¿verdad?

—Sencillísimo. Ahora bien, *monsieur* Poirot, si ella me autoriza ¿querrá usted encargarse de este asunto?

Siguió una pausa. Poirot parecía darle vueltas al caso en su cerebro. Al fin dijo:

—¿Y por qué no ha acudido usted a ella antes de acudir a mí?

—Porque… yo pensé… —volvía a dudar—. Yo quería convencerla de que se debían aclarar las cosas… Mejor dicho, quería que fuese usted quien las aclarase; pero antes quiero saber si, al encargarse usted de la investigación, hará público lo que resulte de ella…

—Según… —dijo Poirot tranquilamente.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que si se trata de algún crimen… sí.

—¡Oh! No se trata de ningún crimen.

—Usted no lo sabe; podría ser.

—Pero ¿hará usted cuanto pueda por ella…, por nosotros?

—Eso, desde luego —permaneció unos instantes en silencio y, al fin, dijo—: Dígame: ese perseguidor, esa sombra de usted, ¿qué

edad tenía?

—¡Oh!, era muy joven; tendría unos treinta años.

—¡Ah! —dijo Poirot—. Eso es muy interesante.

Le miré asombrado, lo mismo que Bryan. Aquella observación de Poirot estoy seguro de que era tan inexplicable para el actor como para mí. Bryan me interrogó con la mirada. Yo moví la cabeza.

—Sí —repitió Poirot—, ese detalle hace el asunto mucho más interesante.

—Acaso fuera más viejo —dijo Bryan, como dudando—, pero no lo creo.

—No. Estoy seguro de que su observación es cierta, *mister* Martin, y es muy interesante, mucho.

Desconcertado por las enigmáticas palabras de Poirot, Bryan Martin parecía no saber qué decir ni qué hacer. Al fin, se puso a hablar de asuntos triviales.

—Interesante reunión la de la otra noche —dijo—. Jane Wilkinson es la más despótica de las mujeres.

—De una mujer hermosa se puede aguantar todo —repuso Poirot, parpadeando—. Si tuviese la nariz respingona, el cutis terroso, el cabello grasiento, no se la soportaría, puede estar seguro.

—Está usted en lo cierto —asintió Martin—. A mí me vuelve loco algunas veces. De todos modos, soy un buen amigo suyo. No creo que en ciertas cosas, ¿comprende usted?; no creo que obre muy cuerdamente.

—Pues a mí, por el contrario, me hizo el efecto de una mujer muy práctica.

—No lo he dicho en este sentido. Ella puede administrar perfectamente sus intereses, y sé que se ha entregado de lleno y con astucia a los negocios, aunque, claro está, no puede decirse que honradamente.

—¡Ah!

—Es, lo que se dice, un ser amoral. Para ella no existe lo justo y lo injusto.

—Recuerdo que usted dijo algo por el estilo la otra noche. Estábamos hablando de crímenes, cuando…

—¡Ah!, ¿sí?

—A mí no me sorprendería que Jane llegase a cometer algún crimen.

—Usted debe de conocerla muy bien —murmuró Poirot, pensativamente—. Han trabajado ustedes mucho tiempo juntos, ¿verdad?

—Sí. La conozco perfectamente y la creo capaz de matar a cualquiera.

—¡Ah! ¿Tiene temperamento pasional?

—Al contrario; es fría como el hielo. Pero si alguien se interpusiese en su camino, lo suprimiría sin la menor vacilación. Según ella, quien se interponga en el camino de Jane Wilkinson debe ser eliminado sin otra solución.

Había una profunda amargura en estas últimas palabras. Yo me pregunté qué le recordarían.

—De modo que usted cree que sería capaz de cometer un asesinato.

Poirot le miraba atentamente. Bryan dejó escapar un suspiro.

—Lo creo, y tal vez uno de estos días tenga usted ocasión de recordar mis palabras. La conozco muy bien, ¿sabe usted? Mataría con la misma tranquilidad con que se bebe una taza de té. ¿Comprende lo que quiero decir, *monsieur* Poirot?

Se puso en pie.

—Sí —dijo Poirot tranquilamente—; lo comprendo.

—Yo la conozco muy bien —repitió Martin. Permaneció un momento en silencio, y, al fin, dijo, variando de tono—: Y respecto al asunto que hemos hablado, ya se lo explicaré dentro de unos días. Se ocupará usted de él, ¿verdad?

Poirot le miró un momento en silencio.

—Sí —dijo al fin—; me ocuparé de él. Lo encuentro… interesante.

Había algo extraño en la forma en que pronunció las últimas palabras.

—Acompaña a *mister* Martin —me dijo. Al salir, me dijo Bryan:

—¿Ha entendido usted lo que ha querido decir al referirse a la edad de aquel sujeto? No veo que sea tan interesante el que tenga cerca de treinta años.

—Ni yo tampoco —le aseguré.

—Parece una incongruencia. Seguramente habrá querido burlarse de mí.

—No lo crea —dije—. Poirot es un hombre serio. Confíe en él.

Ese detalle tiene la importancia que él le ha dado.

—Bueno, que me aspen si lo entiendo.

Se marchó y yo subí a reunirme con mi amigo.

—Poirot —le dije—, ¿qué tiene que ver la edad del perseguidor de Bryan Martin en ese asunto? ¿En qué lo relacionas?

—¿No lo comprendes? ¡Pobre Hastings! —Movió la cabeza sonriendo, y, al fin, preguntó—: ¿Qué piensas tú, en resumen, de esta entrevista?

—¡Es tan poco! No sé qué decirte. ¡Si supiéramos algo más!

—Pero, sin saber nada más, lo poco que conocemos, ¿no te sugiere alguna idea, *mon ami*?

El timbre del teléfono me libró de la vergüenza de declarar que no me sugería ninguna idea. Descolgué el auricular.

Se oyó una voz de mujer, una voz clara, argentina:

—Habla la secretaria de lord Edgware. Lord Edgware siente mucho tener que renunciar a la entrevista que había convenido con *monsieur* Poirot. Sin embargo, podría hablar con *monsieur* Poirot durante unos minutos, a las doce y cuarto de esta misma mañana, si a *monsieur* Poirot le conviene.

Consulté con mi amigo.

—¡Claro que iremos a verle!

Repetí a la secretaria lo que mi compañero me había dicho.

—Muy bien —dijo la frágil voz—. Quedamos en que a las doce y cuarto de esta mañana.

Y colgó el aparato.

CAPÍTULO CUATRO

UNA ENTREVISTA

Llegamos a la casa de lord Edgware, en Regent Gate. Yo me encontraba en un estado expectante. Aunque no sentía, como Poirot, gran admiración por los problemas psicológicos, las pocas palabras que pronunció *lady* Edgware respecto a su marido habían despertado mi curiosidad y ansiaba juzgarle por mí mismo.

La mansión del noble lord era un edificio imponente, de bella construcción, algo sombrío. Las ventanas que daban a la fachada carecían de superfluos adornos.

Nos abrió enseguida la puerta, no un anciano criado de cabellos blancos, que hubiese estado en armonía con el exterior de la casa, sino uno de los jóvenes más agradables que jamás había visto. Alto y admirablemente proporcionado, un escultor hubiese hallado en él el digno modelo de Hermes o de Apolo. Mas, a pesar de su agradable aspecto, había cierto afeminamiento en su voz que me desagradó. Al mismo tiempo, no sé por qué, no podría precisarlo, algo en él me recordó vagamente a alguien, alguien a quien había visto hacía mucho tiempo, pero que me era imposible recordar.

Preguntamos por lord Edgware.

—Por aquí, señores.

Le seguimos a lo largo del vestíbulo, pasamos ante la escalera y continuamos hacia una puerta que había al final. Abrióla y nos anunció con aquella voz suave que tanto me desagradaba.

La habitación en que entramos era una especie de biblioteca. Las paredes estaban atestadas de libros; el decorado, un poco sombrío, era agradable, y las sillas, imponentes, aunque no tenían nada de cómodas.

Lord Edgware se había levantado para recibirnos. Era un hombre de unos cincuenta años, alto, el cabello negro mezclado de gris, el rostro enjuto y la boca algo burlona. Tenía el aspecto de ser hombre de mal genio. Sus ojos miraban de una manera que parecían ocultar algo. En realidad, eran unos ojos muy extraños. Sus maneras eran suaves y ceremoniosas.

—¿*Monsieur* Hércules Poirot y el capitán Hastings? Hagan el favor de sentarse.

Obedecimos. La habitación era fría; por la única ventana que había en ella entraba la luz tenuemente, y la oscuridad contribuía a enfriar la atmósfera.

Lord Edgware cogió de sobre su mesa la carta escrita por mi amigo.

—Desde luego, conozco su nombre y su fama, *monsieur* Poirot. Hay muy pocos que no le conozcan —Poirot se inclinó ante el cumplido—. Pero, la verdad, no comprendo su intervención en este asunto. Me dice usted en su carta que desea verme en nombre de… —se detuvo un momento— mi esposa.

Pronunció las dos últimas palabras de un modo particular, como si le costase un gran esfuerzo.

—Así es —dijo Poirot.

—Yo creí que usted era sólo investigador de crímenes, *monsieur* Poirot.

—De problemas, lord Edgware. Hay problemas de crímenes, ciertamente; pero hay, además, otros problemas.

—Es verdad. ¿Quiere decirme de qué clase es este intrincado problema?

La burla estaba latente en sus palabras.

—Tengo el honor de venir a usted en nombre de *lady* Edgware —dijo—. *Lady* Edgware, como usted ya debe saber, desea… divorciarse.

—Estoy enterado de eso —dijo lord Edgware fríamente.

—Su esposa me indicó que usted y yo podríamos tratar de ese asunto.

—No hay nada que tratar.

—Entonces, ¿se niega usted?

—¿Negarme? De ningún modo.

Lo que menos esperaba Poirot era semejante contestación. Pocas

veces había visto a mi amigo tan asombrado. Su aspecto era realmente ridículo. Con la boca abierta, la pasmada expresión de los ojos y las cejas arqueadísimas, parecía, en realidad, la caricatura de una revista festiva.

—*Comment!* —exclamó—. ¿Cómo es eso? ¿Que usted no se niega?

—No sé cómo interpretar su asombro, *monsieur* Poirot.

—*Ecoutez*, ¿realmente está usted dispuesto a divorciarse de su mujer?

—Claro que sí, y ella debe saberlo, puesto que la escribí diciéndoselo.

—¿Que usted le escribió diciéndoselo?

—Sí; hace cerca de seis meses.

—Pues no lo entiendo.

Lord Edgware no dijo nada.

—Yo creí que usted era un acérrimo enemigo del divorcio.

—No creo que mi manera de ser le importe a usted, *monsieur* Poirot. Es cierto que no quise divorciarme de mi primera mujer. Mi conciencia no me permitía hacerlo. Mi segundo matrimonio, lo reconozco, fue una verdadera equivocación. Cuando mi mujer me pidió el divorcio, me negué rotundamente. Seis meses después me escribió, insistiendo. Me figuré que quería casarse con algún actor de cine o con algún tipo por el estilo. En aquella época, mi manera de ver las cosas había sufrido una gran variación, por lo cual le escribí a Hollywood aceptando al fin su proposición —hizo una pequeña pausa y añadió—: Supongo que será por cuestión de dinero por lo que le envía a usted a verme.

Sus labios se curvaron burlonamente al pronunciar las últimas palabras.

—¡Qué cosa más rara! —murmuró Poirot—. En todo esto hay algo que no entiendo.

—Respecto al dinero —siguió lord Edgware—, no pienso hacer ningún arreglo. Mi mujer me abandonó por su gusto; si ahora quiere casarse con otro, por mí puede hacerlo; pero no veo ninguna razón para que tenga que darle un céntimo.

—No se trata de ningún convenio financiero.

Lord Edgware le miró.

—¡Ah!, entonces es que Jane se casa, sin duda, con un rico —

murmuró.

—En todo esto hay algo que no entiendo —repitió Poirot. Estaba perplejo y las arrugas de su rostro denotaban el esfuerzo que hacía por comprender—. Creo haber oído decir a *lady* Edgware que trató varias veces de comunicarse con usted por medio de abogados.

—En efecto —asintió secamente lord Edgware—, me mandó abogados ingleses, americanos… En fin, últimamente me han visitado abogados de todas clases, hasta que, por último, ya se lo he dicho a usted, me escribió ella misma.

—Antes, ¿se había usted negado siempre?

—Sí.

—¿Y dice usted que al recibir su carta cambió de pensamiento? ¿A qué fue debido ese cambio, lord Edgware?

—En modo alguno a la carta —dijo secamente—. Mi manera de ver el asunto había variado. Eso es todo.

—Fue un cambio súbito.

Lord Edgware no replicó.

—¿Qué motivo especial le hizo cambiar de parecer, lord Edgware?

—Eso, *monsieur* Poirot, no le interesa a nadie más que a mí. Prefiero no hablar de este asunto. Únicamente diré que poco a poco me fui dando cuenta de las desventajas que para mí presentaba lo que podríamos llamar…, perdóneme la expresión, una unión degradante. Mi segundo matrimonio fue una equivocación, ya se lo he dicho a usted.

—Eso mismo piensa su esposa —dijo Poirot suavemente.

—¡Ah! ¿Sí?

Un extraño brillo cruzó por sus ojos, pero enseguida volvió a su expresión normal.

Se levantó, y mientras nos despedíamos, sus maneras se suavizaron.

—Les ruego que me perdonen por haber alterado la visita, pero mañana mismo debo salir hacia París.

—¡Oh, no faltaba más!

—Se trata de una subasta de verdaderas obras de arte. Tengo puestos los ojos en una estatuilla…, algo perfecto, una verdadera maravilla en su estilo…, tal vez de un gusto un poco macabro, pero no puedo remediarlo, adoro lo macabro, me ha atraído siempre. Mis

gustos, como ustedes ven, son ciertamente un poco originales.

Antes que él dijese esto, ya había yo pasado revista a los libros de su biblioteca que estaban próximos a mí: las *Memorias* de Casanova, un volumen sobre el marqués de Sade y otro referente a las torturas medievales. Yo recordé el estremecimiento de Jane Wilkinson al hablar de su marido. Aquello no fue fingido, no. Me hubiese gustado saber exactamente qué clase de hombre era George Alfred Saint Vincent Marsh, cuarto barón de Edgware.

Mientras nos despedía, tocó el timbre. En el vestíbulo nos aguardaba el apolíneo criado. Al ir a cerrar tras de mí la puerta de la biblioteca, eché una última ojeada a la estancia y hube de contener una exclamación. El suave y sonriente rostro del aristócrata se había transfigurado. Con los labios cerrados y los ojos centelleantes, tenía una terrible expresión de furor, y ya no me extrañó que dos mujeres le hubiesen abandonado. Lo que sí me maravillaba era el gran dominio que tenía de sí mismo, hasta el punto de haber soportado aquella entrevista con tanta corrección.

Cuando llegamos a la puerta principal, a la derecha del vestíbulo abrióse una puerta. Una joven apareció en el umbral de una habitación; pero, al vernos, retrocedió.

Era una muchacha alta, de cabellos negros y rostro pálido. Sus asustados ojos negros se clavaron un momento en los míos. Luego, como una sombra, se hundió otra vez en la habitación y cerró tras sí la puerta.

Poco después estábamos en la calle. Poirot hizo detener un taxi, subimos a él y ordenó al chófer que nos condujese al Savoy.

—Bueno, Hastings —me dijo—, esta entrevista no ha resultado como esperábamos.

—Es verdad. ¡Qué hombre más extraordinario es ese lord Edgware! Y le conté a renglón seguido lo que había visto al mirar por última vez hacia la biblioteca.

Mi amigo movió la cabeza, lenta y pensativamente.

—Me parece que está al borde de la locura, Hastings. Me hace el efecto de que tiene vicios raros y de que bajo su fría apariencia oculta una gran crueldad.

—No me asombra que le hayan abandonado sus dos mujeres.

—Ni a mí tampoco.

—Oye, Poirot, ¿has visto, al salir, a una muchacha muy pálida,

de cabellos negros?

—Sí, *mon ami*, una joven que parecía muy asustada. Su aspecto no era de ser muy feliz.

Su voz tenía un tono grave.

—¿Y quién supones que será? —pregunté.

—Probablemente, su hija. Lord Edgware tiene una hija.

—Parecía aterrorizada —dije lentamente—. Esa casa es un lugar muy tenebroso para una muchacha.

—Verdaderamente. ¡Ah!, ya hemos llegado, *mon ami* Ahora, a poner en conocimiento de *lady* Edgware la feliz noticia.

Jane estaba en el hotel, y después de una pequeña espera, el portero nos indicó que podíamos subir a sus habitaciones. Un «botones» nos acompañó hasta ellas. Salió a recibirnos una pulquérrima señora de cierta edad. Llevaba lentes y su cabello gris estaba primorosamente peinado. Desde la alcoba, la cálida voz de Jane la llamó:

—Ellis, ¿es *monsieur* Poirot? Hazle sentar, me pongo unos trapos y salgo enseguida.

Los trapos de Jane era un sutilísimo salto de cama, que revelaba mucho más de lo que ocultaba. Al entrar, nos preguntó ávidamente:

—¿Qué?

Puesto en pie, Poirot se inclinó hacia ella.

—Admirablemente, señora.

—¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir?

—Que lord Edgware está por completo dispuesto a acceder al divorcio.

—¿Qué?

O la estupefacción que se pintó en su rostro era verdadera, o Jane Wilkinson era la actriz más asombrosa del mundo.

—*Monsieur* Poirot, ¿lo ha conseguido usted? ¿Tan pronto? Es usted genial. Vamos, cuénteme, cuénteme cómo lo ha logrado.

—¡Señora, no puedo aceptar semejantes inmerecidas lisonjas! Hace seis meses que su esposo le escribió accediendo, por fin, a sus deseos.

—¿Qué dice usted? ¿Que me escribió a mí? ¿Adónde me escribió?

—Creo que fue cuando estaba usted en Hollywood.

—No recibí semejante carta. Sin duda se extraviaría. ¡Y pensar

que me he pasado meses y meses forjando planes descabellados, furiosa, casi a punto de volverme loca!

—Al parecer, lord Edgware creía que iba usted a casarse con un actor.

—Claro, eso fue lo que le dije en mi carta —en sus labios brillaba una infantil y encantadora sonrisa. De pronto aquella sonrisa se trocó en una mirada de inquietud—. Usted no le habrá dicho nada respecto al duque y yo, ¿verdad?

—Tranquilícese; no le he dicho nada. Debe ocultar eso, ¿verdad?

—Sí; ya habrá notado que es un hombre extraño. Mi boda con Merton hubiese sido, sin duda, para él motivo de oposición. En cambio, un actor cinematográfico es algo muy distinto. En fin, de todos modos, estoy asombradísima —y añadió, dirigiéndose a su sirvienta—: ¿Qué te parece, Ellis?

La mujer había ido sacando de la alcoba varios trajes de calle, que estaba colocando sobre los respaldos de las sillas. Al parecer había escuchado toda la conversación. Por lo visto, poseía la confianza de su señora.

—¡Oh, señora! El señor debe haber cambiado muchísimo desde que le conocimos.

En la voz de la camarera había una nota de rencor.

—Parece que la desconcierta a usted la actitud de su marido, que no la comprende, ¿verdad? —inquirió Poirot.

—¡Oh, sí! ¿Qué le habrá hecho cambiar de tal modo, después de tanto tiempo?

—Eso quizá no le interese a usted tanto, señora, como a mí.

Jane no le prestaba ya atención.

—¡El resultado es que, por fin, soy libre! —exclamó alegremente.

—Todavía no, señora.

—Bueno, pero estoy en camino de serlo, que es lo mismo.

Poirot la miró extrañado.

—El duque está en París, ¿sabe usted? —añadió Jane—, y voy a telegrafiarle enseguida. Su madre se pondrá furiosa. Poirot se levantó para marcharse.

—Me alegro, señora, de que todo salga a su gusto, como anhelaba.

—Adiós, *monsieur* Poirot, y muchísimas gracias.

—No las merezco; no he hecho absolutamente nada para merecerlas.

—Me ha traído usted la mejor noticia del mundo y le estoy profundamente agradecida.

—Eso es lo que se le ocurre —me dijo Poirot mientras salíamos de la habitación—. No siente la menor curiosidad por conocer la causa que impidió llegar a sus manos la carta de su marido. Fíjate bien, Hastings. Como negociante, es astuta; pero no tiene ni chispa de inteligencia. Bien es verdad que Dios no puede concedérselo todo a las criaturas.

—Excepto a Hércules Poirot.

—No te burles de mí —replicó serenamente—. Vamos a pasear por el malecón, pues quiero poner en orden mis ideas.

Permanecí en discreto silencio hasta que Poirot me dijo:

—Esa dichosa carta me intriga. Es un problema con cuatro soluciones.

—¿Nada menos que cuatro?

—Sí. La primera de esas soluciones es que pudo perderse en Correos. Eso sucede a veces, pero no a menudo. Desde luego, no es cosa corriente. De haberse puesto la dirección equivocada, hace ya mucho tiempo que hubiese sido devuelta a lord Edgware. Luego no es esto. Hay que desechar esta solución, aunque tal vez sea la única verdadera. Vamos a la segunda solución: *lady* Edgware miente al decir que no la recibió, cosa realmente muy posible. Esa señora es capaz de decir el embuste mayor del mundo, en provecho propio, con el más infantil candor. Pero no veo qué beneficio podría reportarle una mentira así, sabiendo que su marido estaba dispuesto a divorciarse de ella. ¿Por qué entonces enviarme a mí a pedírselo? Esto no tiene ni pies ni cabeza. Tercera solución: el que miente es lord Edgware. De mentir alguien, es más lógico que sea él. Pero tampoco veo el porqué de esa mentira. ¿Para qué inventar la existencia de esa carta, enviada hace seis meses? ¿Por qué no aceptar, sencillamente, mi proposición? No; yo creo que envió la carta…, aunque no comprendo su rápido cambio de idea. Y llegamos, Hastings, a la cuarta solución: es posible que alguien la sustrajese. Ahora nos metemos en un interesante campo de suposiciones, porque esa carta pudo ser sustraída en dos sitios: en América o en Inglaterra. Quienquiera que fuese el ladrón, sería

alguien que no quería la solución de ese matrimonio. Amigo mío, daría cualquier cosa por saber lo que se oculta tras este asunto. Hay algo o alguien… —se detuvo un momento y continuó—, alguien que todavía no ha entrado en escena.

CAPÍTULO CINCO

EL ASESINATO

El día siguiente era treinta de junio. Serían las nueve y media de la mañana cuando nos anunciaron al inspector de Policía Japp.

—*Ah, ce bon Japp!* —dijo Poirot—. Veremos qué quiere.

—¿Qué ha de querer, hombre? Ayuda —dije rápidamente—. Sin duda se encuentra hecho un lío por algún asunto extraño, y acude a ti.

Yo no sentía por Japp la misma indulgencia que Poirot. Y no porque me molestara que viniese a hacer trabajar el cerebro de mi amigo; después de todo, a Poirot le gustaban los sucesos misteriosos. Lo que verdaderamente me irritaba era que, después de prestarle ayuda sacándolo de los atolladeros, dijese que era lo mismo que a él se le había ocurrido. Me gusta la gente franca. Se lo dije así mismo a Poirot, y él me contestó:

—Eres de la raza de los *bulldogs*, Hastings. Sin embargo, debes recordar que el pobre Japp ha de defender su posición. Además, esas pretensiones suyas son una cosa natural y humana. La superficialidad es una tontería, pero le sirve a la gente para conservar el *amour propre*.

A pesar de todo, yo estaba deseando saber el motivo de la visita de Japp. Éste, al entrar, nos saludó cordialmente:

—Veo que están ustedes a punto de desayunar. Qué, ¿todavía no ponen las gallinas huevos cuadrados para usted, *monsieur* Poirot?

Era una alusión a ciertas palabras de Poirot, referentes a los diversos tamaños de los huevos, cosa que molestaba a su sentido de la simetría.

—Todavía no —dijo Poirot sonriendo—. ¿Qué le trae por aquí

tan temprano, amigo Japp?

—No es tan temprano, y menos para mí, que llevo ya mis dos buenas horas de trabajo. En cuanto a lo que me trae aquí es, sencillamente, un asesinato —Japp añadió—: Lord Edgware ha sido asesinado, en su casa de Regent Gate, ayer noche. Murió de una puñalada que le asestó en la nuca su mujer.

—¡Su mujer! —exclamé.

Recordé, de pronto, las palabras pronunciadas por Bryan Martin la mañana anterior. ¿Tuvo acaso el presentimiento de lo que iba a ocurrir? También recordé la frase de Jane de «hacerle pegar cinco tiros». Bryan Martin la había llamado amoral. Realmente, lo parecía. Dura, egoísta y estúpida; ¡cuán certero había sido el juicio del actor! Mientras yo pensaba todo esto, Japp seguía hablando:

—Sí; la conocida actriz Jane Wilkinson. Se casó con él hace unos tres años. Parece ser que no se llevaban muy bien, motivo por el cual ella le abandonó.

Poirot no volvía de su asombro.

—¿Qué le hace suponer a usted que fue ella quien lo mató?

—¡Oh! No cabe la menor duda; la reconocieron los criados. No hay en ello el menor secreto; fue allí en un taxi…

—Un taxi… —repetía involuntariamente, recordando las palabras que pronunció Jane aquella noche en el Savoy.

—… tocó el timbre —prosiguió el inspector Japp— y preguntó por lord Edgware. Eran las diez. El criado le dijo que iba a anunciarla. «¡Oh! —replicó ella tranquilamente—, no hay necesidad, soy *lady* Edgware; supongo que estará en la biblioteca». Al decir esto, se dirigió hacia aquel lugar, abrió la puerta, entró en la habitación y cerró tras sí. Al criado le pareció extraño; pero no pudiendo poner ningún reparo a la señora, subió, de nuevo a las habitaciones superiores. Diez minutos más tarde oyó cerrarse la puerta de la calle. De todos modos no estuvo mucho rato. Serían las once cuando el criado cerró las puertas. Abrió la de la biblioteca; pero como la habitación estaba a oscuras, supuso que lord Edgware se habría acostado ya. Hoy, por la mañana, una sirvienta descubrió el cadáver, que tenía en la nuca una herida de arma blanca.

—¿No se oyó nada, ningún grito?

—Dicen que no. Esa biblioteca tiene unas puertas que aíslan toda clase de ruido, como ya debe de saber usted; también hay que

contar con el barullo de la calle. Además, le asestaron un golpe de tal forma, que la muerte debió ser instantánea. Según dice el forense, parece que el arma le atravesó la médula, o algo por el estilo, y que si se logra acertar el punto exacto, la muerte sobreviene de un modo fulminante.

—Pero eso requiere una gran destreza y un perfecto conocimiento del lugar preciso donde debe clavarse el arma, lo cual indica que el agresor tiene, por lo menos, ciertos conocimientos de cirugía.

—Sí; es verdad. Ese es un detalle que le favorece, aunque no creo que le sirva de gran cosa.

—Sin embargo, creo que es una suerte para ella.

—No tanta suerte, porque, de todos modos, la ahorcarán.

—Pero esa mujer, sin duda, está loca… La manera de ir a casa de su marido, dar su nombre y todo cuanto hizo, sólo es propio de una persona que está rayando en la demencia.

—Desde luego, es muy raro. Probablemente iría allí sin intención de hacer daño, pero se enzarzarían en una discusión y entonces, exaltada, cogería un cortaplumas y se lo clavaría.

—¡Ah! ¿Fue un cortaplumas?

—O algo así, según ha dicho el doctor. En fin, sea lo que fuere, se lo ha llevado, pues el arma con que se cometió el crimen ha desaparecido.

Poirot movió la cabeza; no estaba convencido.

—No, Japp, no fue así. Conozco a *lady* Edgware y es incapaz de perder la cabeza de ese modo. Además, no es probable que llevase ningún cortaplumas. Son pocas las mujeres que usan tales objetos, y seguramente Jane Wilkinson no es una de ellas.

—¿Y dice usted que la conoce?

—Sí; la conozco.

No dijo nada más. Japp le miraba inquisitivamente.

—Bueno —dijo al fin Poirot—. Al grano: ¿qué le ha traído por aquí? Porque supongo que no habrá sido sólo el deseo de pasar un rato con un viejo amigo. Tiene usted todos los hilos del crimen, sabe quién es el culpable y seguramente conoce el motivo del asesinato. Por cierto, que no me lo ha dicho todavía. ¿Cuál fue la causa que impulsó a Jane Wilkinson a cometer el crimen?

—Quería casarse con otro. Esto lo dijo ella misma hace una

semana. También se le oyó proferir amenazas contra su marido, asegurando que cualquier día cogería un taxi e iría a casa de lord Edgware para pegarle cinco tiros.

—¡Ah! —dijo Poirot—. Parece que está usted muy bien informado. Sin duda, alguien ha sido muy locuaz con usted.

Me pareció que sus ojos formulaban una pregunta; pero, si fue así, Japp no se dio por aludido.

—Debemos oírlo todo, *monsieur* Poirot —dijo, impaciente.

Poirot asintió y salió en busca del diario. Éste había sido hojeado por Japp durante la espera. De un modo mecánico, Poirot lo ordenó y empezó a pasar la vista por él. Aunque sus ojos parecían fijos en el periódico, su cerebro estaba ausente, tratando de componer algún extraño rompecabezas.

—Todavía no me ha contestado usted —dijo al poco rato—. ¿Cuál es el motivo de su visita?

—El haberme enterado de que usted estuvo ayer por la mañana en Regent Gate. En cuanto he sabido eso, me he dicho: «Lord Edgware llamó a Poirot. ¿Por qué? ¿Sospechaba algo? ¿Qué temía? Antes de hacer nada en definitiva, será mejor hablar con él».

—¿Qué quiere usted decir con ese «nada en definitiva»? Se refiere al arresto de *lady* Edgware, ¿verdad?

—Sí.

—¿No la ha visto todavía?

—¡Usted dirá! Lo primero que he hecho ha sido ir al Savoy. No iba a exponerme a que escapase.

—¡Ah! —dijo Poirot—. Entonces usted… —se detuvo. Sus ojos, que habían estado durante ese tiempo fijos pensativamente en el papel, adquirieron en aquel momento una expresión distinta. Levantó la cabeza y añadió en otro tono—: ¿Y qué le ha dicho a usted?

—Le he hecho las preguntas de rigor, aunque no esperaba ninguna declaración de importancia.

—¿Y qué más? Siga usted.

Se puso hecha una loca. Se retorció los brazos, se llevó las manos a la garganta y al fin se desmayó. ¡Ah! Eso sí, debo confesar que lo hizo admirablemente, fue una magnífica escena de cine.

—¿De modo —dijo Poirot— que usted cree que esa crisis nerviosa ha sido una comedia?

—Pero ¿acaso ha creído usted que a mí se me puede engañar de esa manera? ¡Que si era fingida!

—Sí —dijo Poirot pensativamente—; eso es muy posible. ¿Qué más?

—¡Oh! Después empezó, fingiendo de nuevo, claro está, a exhalar quejidos y ayes lastimeros, siendo necesario hacerle aspirar sales y no sé cuántas cosas raras más. Por fin, se rehízo lo suficiente para llamar a su abogado, asegurando que no pronunciaría ni una sola palabra sin que él estuviese presente. Un momento antes se retorcía en espasmos histéricos, e inmediatamente después llamó a su abogado. ¿Le parece a usted lógico ese proceder?

—En este caso, yo diría que es completamente lógico —dijo lentamente.

—¿Por ser ella la culpable, quiere usted decir?

—No es eso. Lo que yo quiero decir es que cuanto hizo obedeció a su temperamento. Al principio se condujo ante usted como una viuda de melodrama al enterarse de que habían asesinado a su marido. Luego, satisfecha ya su naturaleza teatral, aparece su natural sagacidad, que le hace llamar a su abogado. El que haya representado ante usted una especie de drama no prueba su crimen; indica, simplemente, que ha nacido para actriz…

—De todas maneras, no puede ser muy inocente.

—Está usted muy seguro —dijo Poirot—, y creo que no debería estarlo tanto. Dice usted que no ha hecho ninguna declaración, ¿verdad?

Japp hizo un gesto.

—No quiso decir ni una palabra sin que estuviese presente su abogado. La camarera lo llamó por teléfono. Yo pensé, cuerdamente, que para obrar con mayor seguridad debía informarse lo mejor posible de todo cuanto ocurrió antes del crimen. Por eso dejé a dos de mis hombres con ella y me vine hacia aquí en su busca.

—¿Y ahora está usted ya seguro?

—Claro que lo estoy; pero me gusta tener en mi poder todos los datos posibles. Se va a hablar mucho de este suceso. Todos los diarios van a llenar con él columnas y columnas; ya sabe usted lo que son los periódicos.

—Hombre, a propósito —dijo Poirot—. Ya que habla usted de

periódicos, ¿qué me dice de esto? Se ve, amigo mío, que no ha leído usted hoy la prensa muy detenidamente.

Y le tendió el diario por encima de la mesa, indicándole con el dedo el lugar de las crónicas de sociedad. Japp leyó en voz alta:

> «*Sir* Montagu Corner dio una magnífica cena, ayer noche, en su casa de Chiswick. Entre los invitados se encontraban *sir* George y *lady* Du Fisse, *mister* James Blunt, el conocidísimo crítico *sir* Oscar Hammerfeldt, de los Overton Film Studios; *miss* Jane Wilkinson (*lady* Edgware) y otros».

Por un momento, Japp quedó desconcertado.

—¿Qué tiene esto que ver con el crimen? La gacetilla debió de enviarse a los diarios anticipadamente, ya lo verá usted. *Lady* Edgware no debió de asistir a esa cena, o llegaría con retraso: a las once o más tarde, acaso. Apañado está usted si cree todo lo que dicen los periódicos. Eso que es usted una de las personas que mejor debían saberlo.

—Tiene razón; pero de todos modos es raro, ¿no le parece a usted?

—Sin embargo, ocurre muy a menudo —hizo una pausa y después añadió—: Sé por experiencia que es usted callado como una ostra; pero en gracia a nuestra amistad tendrá usted a bien explicarme algo, ¿verdad? Vamos a ver, ¿me quiere usted decir para qué le llamó lord Edgware?

—Lord Edgware no me llamó; fui yo quien solicité de él una entrevista.

—¿Sí? ¿Para qué?

Poirot dudó un momento.

—Contestaré a su pregunta —dijo lentamente—, pero sólo cuando yo lo crea oportuno.

Japp lanzó un gemido. En aquel momento no sentía gran simpatía por él. A veces Poirot se ponía insoportable.

—Si usted me lo permite, voy a telefonear a cierta persona —dijo mi amigo.

—¿De quién se trata? —preguntó el inspector.

—De *mister* Bryan Martin.

—¿El artista de cine? ¿Y qué tiene que ver ese hombre con todo esto?

—Creo que le parecerán a usted interesantes las explicaciones de ese señor… Y hasta puede que le sirvan de ayuda —y añadió, dirigiéndose a mí—: ¿Quieres hacer el favor de telefonear tú?

Cogí el listín y busqué el número. El actor vivía es una casa cerca de St. James Park. Llamé:

—Victoria, cuatro-nueve-cuatro-nueve-nueve.

Al cabo de unos minutos me contestó la adormilada voz de Bryan Martin:

—Dígame, ¿quién habla?

—¿Qué le digo? —pregunté, tapando el auricular con la mano.

—Dile —dijo Poirot— que han asesinado a lord Edgware y que le agradecería mucho que viniese enseguida.

Repetí las palabras de mi amigo y percibí una exclamación:

—¡Dios mío!, por fin lo ha hecho. Voy enseguida.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Poirot.

Le repetí la exclamación de Bryan Martin.

—¡Ah! —Poirot parecía contento—. «Por fin lo ha hecho». Conque ha dicho eso, ¿eh? Entonces es lo que me figuraba.

Japp le miró con curiosidad.

—No le entiendo, Poirot. Primero habla usted como si estuviese convencido de que no es ella la culpable, y ahora me sale con que ya lo sabía.

Poirot sonrió.

CAPÍTULO SEIS

LA VIUDA

Bryan Martin hizo honor a su palabra. Aún no habían pasado diez minutos, cuando ya estaba con nosotros. Mientras aguardábamos su llegada, Poirot no habló más que de cosas triviales, negándose en absoluto a satisfacer la curiosidad de Japp.

No cabía duda de que nuestras noticias habían impresionado hondamente al actor. Su rostro estaba pálido y un vivo temblor agitaba su cuerpo.

—Pero ¿es posible lo que me han dicho, *monsieur* Poirot? —exclamó mientras le estrechaba la mano, y añadió—: ¡Es terrible! Estoy trastornadísimo, no sé lo que me pasa. ¡Oh! Estoy verdaderamente consternado. Siempre creí que sucedería algo semejante. ¿Recuerda usted que se lo dije ayer mismo?

—*Mais oui, mais oui* —dijo mi amigo—. Recuerdo perfectamente todo lo que dijo usted ayer —y añadió—: Le presento al inspector de Policía Japp, que está encargado de la investigación de ese suceso.

Bryan lanzó una mirada de reproche a Poirot.

—No lo sabía —murmuró—. Podía usted haberme avisado.

Se inclinó fríamente ante el inspector. Luego, sentóse, apretando fuertemente los labios.

—No veo por qué me han hecho ustedes venir. Todo esto no tiene nada que ver conmigo.

—Ya creo que sí —dijo amablemente Poirot—. Tratándose de un crimen, uno debe sacrificar los propios sentimientos para llegar al esclarecimiento de la verdad.

—No, eso sí que no. He trabajado con Jane. Nos conocemos hace

mucho tiempo. Por encima de todo es amiga mía.

—¡Amiga suya, y en el momento que se entera usted de que han asesinado a lord Edgware lo primero que se le ocurre decir es que ha sido ella quien lo ha matado! —dijo Poirot secamente.

El actor se estremeció.

—¿Quiere usted decir… —los ojos parecían salirse de las órbitas — que estoy equivocado, que Jane no ha intervenido en el crimen? Japp habló:

—No, *mister* Martin, no. Ha sido ella quien lo ha cometido.

El joven se dejó caer en la silla.

—Por un momento creí haber cometido una terrible equivocación.

—En un caso como el presente, la amistad no debe influir para nada en usted —dijo firmemente Poirot.

—Eso se dice muy bien, pero…

—Amigo mío, ¿es que se va usted a poner de parte de una criminal? Tenga en cuenta que ha cometido un asesinato…, el más repugnante de los delitos humanos.

Bryan Martin suspiró:

—Bien, sí; pero Jane no es una criminal vulgar, carece de sentido moral. En realidad, es irresponsable.

—Eso ya lo determinará el jurado —dijo Japp.

—Vamos a ver —habló Poirot amablemente—, no se trata de que usted la acuse. Ya está acusada por anticipado. Usted, joven, no puede negarse a contarnos lo que sabe de ella. Debe hacerlo en bien de la sociedad.

Bryan Martin volvió a suspirar.

—Creo que tiene usted razón; sin embargo, ¿qué quieren ustedes que les diga?

Poirot miró a Japp.

—¿Ha oído usted alguna vez que *lady* Edgware, o, mejor dicho, *miss* Jane Wilkinson, profiriese amenazas contra su esposo? —preguntó el inspector.

—Sí; varias veces.

—¿Cuáles eran esas amenazas?

—Decía que si no le concedía la libertad, le pegaría cinco tiros.

—No se trataba de una broma, ¿verdad?

—No; estoy seguro de que lo decía de veras. Una vez dijo que

tomaría un taxi y que iría a matar a su marido. Usted mismo, *monsieur* Poirot, se lo oyó decir.

Recurría patéticamente a mi amigo, quien asintió.

Japp siguió con el interrogatorio.

—*Mister* Martin, sabemos que *miss* Wilkinson quería divorciarse para casarse con otro. ¿Sabe usted de quién se trata? Bryan Martin asintió.

—Bien, dígalo.

—Del duque de Merton.

—¡El duque de Merton! ¡Caray! —Japp lanzó un silbido—. Quería mejorar de posición, ¿eh? Según se dice, el duque es uno de los hombres más ricos de Inglaterra.

Bryan asintió; estaba más consternado que nunca.

Yo no podía entender la actitud de Poirot. Recostado en la butaca, con las manos cruzadas y moviendo rítmicamente la cabeza, hacía el efecto del hombre que ha colocado un disco en el gramófono y lo está escuchando atentamente, encantado del buen gusto con que lo ha escogido.

—¿No quería divorciarse el marido? —continuó interrogando Japp.

—No; se había negado a ello firmemente.

—¿Tiene usted alguna prueba de lo que dice?

—Sí.

—Ahora, amigo Japp —dijo Poirot, interviniendo una vez más en la conversación—, es cuando entro en acción yo, para decir que *lady* Edgware me pidió que fuese a visitar a su marido para rogarle que accediese al divorcio. Estaba citado con él ayer por la mañana.

Bryan Martin movió la cabeza.

—Hubiera sido inútil —dijo—. Lord Edgware nunca hubiese accedido.

—¿Cree usted que no? —preguntó Poirot, dirigiéndole una amable mirada.

—Estoy seguro. Jane lo sabía perfectamente. No tenía la menor confianza en que triunfase usted. No esperaba nada positivo de su mediación. Lord Edgware era un monomaníaco respecto al divorcio.

Mi amigo sonrió.

—Pues está usted equivocado, joven —dijo amablemente—. Vi ayer a lord Edgware y accedió a divorciarse.

No podía dudarse del asombro de Bryan Martin al recibir esta noticia. Mirando a Poirot con los ojos fuera de las órbitas, balbució:

—¿Usted… le vio ayer?

—A las doce y cuarto —respondió Poirot con su tono habitual.

—¿Y accedió al divorcio?

—Accedió.

—Pero debió usted habérselo dicho enseguida a Jane.

—Y así lo hice, *mister* Martin.

—¿Que lo hizo? —exclamaron al mismo tiempo Japp y Martin. Poirot sonrió.

—Eso complica un poco la situación, ¿verdad? —murmuró—. Y ahora, *mister* Martin —añadió—, ¿quiere usted leer esta gacetilla? Y le mostró la nota del periódico. Bryan la leyó, aunque sin gran interés.

—¿Quiere usted decir que esto significa una coartada? —dijo—. Supongo que a lord Edgware le pegaron un tiro ayer noche.

—Murió de una puñalada, no de un tiro —aclaró Poirot.

—Me temo que esto —indicó la gacetilla— no sirve de nada, porque Jane no asistió a esa cena.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo ignoro; seguramente me lo diría alguien.

—Es una verdadera lástima —murmuró Poirot, pensativamente. Japp le miraba con curiosidad.

—No le entiendo a usted; parece como si no creyese en la culpabilidad de esa mujer.

—No, no, mi buen Japp; no me inclino en favor de nadie; pero, realmente, el presente caso es desconcertante, subleva la inteligencia.

—¿Qué quiere usted decir con eso de «subleva la inteligencia»? A la mía no le pasa nada.

Presentí las palabras que estaban a punto de brotar de los labios de Poirot, pero no salieron.

—Nos encontramos ante una mujer que, según dice usted, desea deshacerse de su marido. De esto no cabe la menor duda. Ella misma me lo confesó a mí francamente. *Eh bien*, ¿qué pensaba hacer? Repitió varias veces en voz alta y ante testigos que lo mataría, y una noche se dirige a casa de su marido, se anuncia por su verdadero nombre, le apuñala y se va. ¿Cómo calificaría usted un

hecho así? ¿Tiene el más leve sentido común?

—Realmente es una locura.

—¿Locura? Es la quintaesencia de la imbecilidad.

—Bueno —dijo Japp—, el que los criminales pierdan la cabeza es una ventaja de la Policía —hizo una pequeña pausa, y enseguida terminó—: Ahora debo irme al Savoy.

—¿Me permite usted que le acompañe?

El inspector no opuso el menor reparo y salimos. Bryan se despidió de nosotros. Parecía muy nervioso. Nos pidió encarecidamente que no lo hiciésemos intervenir para nada en aquel asunto.

—¡Qué hombre más impresionable! —contestó Japp.

Poirot asintió.

En el Savoy encontramos a un caballero, excesivamente ceremonioso, que acababa de llegar, con quien subimos a las habitaciones de Jane Wilkinson. Japp habló con uno de sus agentes.

—¿Nada? —le dijo, lacónico.

—Ha telefoneado.

—¿A quién? —preguntó el inspector con ansiedad.

—A «Jay», para los trajes de luto.

Japp suspiró. Entramos en la habitación.

La viuda, *lady* Edgware, se estaba probando distintos sombreros ante el espejo. Llevaba un traje muy cinematográfico en blanco y negro. Nos acogió con su deslumbradora sonrisa.

—¿Cómo, *monsieur* Poirot? ¿Qué le trae a usted por aquí? Hola, *mister* Maxon —añadió, dirigiéndose al abogado—; me alegro de que haya usted venido tan pronto. Aconséjeme sobre las preguntas que deba o no contestar. Este señor —señaló a Japp— parece creer que yo he ido esta mañana a matar a George.

—Ayer noche, señora —rectificó el inspector.

—Me dijo usted que había sido a las diez de la mañana.

—No, señora; a las diez de la noche. ¡Si ahora no son todavía las diez! —añadió severamente Japp.

Jane abrió, asombrada, los ojos.

—¡Ah!, muchas gracias —murmuró—; le estoy muy agradecida. Hacía muchos años que no me levantaba tan pronto. ¿A qué hora ha venido usted, pues?

—Un momento, señor inspector —dijo el abogado Maxon con su

recia voz—. ¿Cuándo ocurrió ese lamentable suceso?

—Anoche, alrededor de las diez.

—Entonces todo va perfectamente —exclamó Jane—. A esa hora estaba yo en la fiesta… ¡Ah! —Se tapó rápidamente la boca—. ¿Acaso no debía haber dicho eso…?

Miró con timidez al abogado.

—Si a las diez de la noche estaba usted en una fiesta, *lady* Edgware, no hay inconveniente de que informe al inspector sobre ese hecho.

—Eso es —dijo Japp—. Yo sólo le pido que me explique cuanto hizo usted anoche. Que me diga dónde tuvo lugar esa fiesta.

—Fue en casa de *sir* Montagu Corner, en Chiswick.

—¿A qué hora llegó usted allí?

—La cena era a las ocho y media.

—No; le he preguntado que a qué hora llegó.

—Salí de mi casa a las ocho. Fui a Piccadilly Palace a despedirme de una amiga mía, *mistress* Van Deusen, que se iba a Estados Unidos, y llegué a Chiswick a las nueve menos cuarto.

—¿A qué hora se marchó usted de allí?

—Cerca de las once y media.

—¿Vino directamente al hotel?

—Sí.

—¿En taxi?

—No, en mi propio coche. Es uno de los de la casa Daimler.

—Y durante la fiesta, ¿no salió usted de la casa?

—No sé qué decir…

—Entonces es que salió usted.

Hacía el efecto de un *foxterrier* acorralando a un ratón.

—No sé por qué habla usted así. Lo único que pasó es que mientras cenábamos me llamaron al teléfono.

—¿Quién la llamó?

—Alguien, sin duda, para burlarse de mí. Una voz me preguntó: «¿Es usted *lady* Edgware?», y yo contesté: «Sí»; entonces se oyó una carcajada y colgaron el aparato.

—¿Salió usted de la casa para telefonear?

La mirada de Jane mostró gran asombro.

—No.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted ausente de la mesa?

—Minuto y medio, aproximadamente.

Japp se desplomó sobre la butaca. Estoy convencido de que no creía ni una palabra de cuanto había dicho la actriz; pero después de oír su declaración no podía hacer nada sin comprobar su veracidad.

Se apresuró a darle las gracias y se despidió.

Nosotros también nos despedimos, pero *lady* Edgware llamó a Poirot.

—Óigame, ¿querría usted hacerme un favor?

—Estoy a sus órdenes, señora.

—¿Quiere enviar un cablegrama en mi nombre al duque, en París? Está en el hotel Crillon. Es necesario que se entere de todo esto y es mejor que no lo envíe yo misma, porque durante unos días debo comportarme como una viuda desconsolada.

—No veo la necesidad de enviar ningún cable, señora —dijo Poirot amablemente—. Ya leerá el suceso en los periódicos.

—¡Oh, qué cabeza! Sí, sí, es mucho mejor no cablegrafiar. Debo preocuparme de mi reputación, ahora que todo va bien, y portarme como una viuda lo más dignamente posible. No sé si enviar para el entierro un ramo de orquídeas; son las flores más caras. También supongo que tendré que asistir al funeral.

—Antes, señora, tendrá usted que ir al Juzgado.

—No me es nada simpático ese inspector de Scotland Yard; me ha dado un susto de muerte.

—¡Ah! ¿Sí?

—Fue para mí una verdadera suerte cambiar de parecer y asistir, por fin, a la fiesta.

Poirot, que estaba ya cerca de la puerta, se detuvo al oír aquellas palabras.

—¿Qué dice usted? ¿Que cambió de parecer?

—Sí; anoche tenía una jaqueca horrible.

Parecía como si Poirot tratase, inútilmente, de tragarse algo.

—¿Le dijo usted eso a alguien?

—Sí. Estábamos reunidos unos cuantos amigos a la hora del té y me pidieron que fuese con ellos a tomar un combinado. Yo les dije: «No puedo. Mi cabeza va a estallar, me voy a casa, y ni siquiera pienso ir a la fiesta de Corner».

—¿Qué fue lo que le hizo luego cambiar de parecer?

—Ellis me obligó a ir, diciéndome que no debía faltar a aquella fiesta, pues *sir* Montagu es un personaje que se enfada por cualquier nimiedad. ¡Ah! En cuanto me case con Merton, me veré libre de todo esto. La pobre Ellis, siempre atenta a mis intereses, insistió en que era un verdadero error no asistir a la fiesta. Hasta que me convenció y fui.

—Tiene usted una deuda de gratitud con Ellis, señora.

—¡Ya lo creo! El inspector se marchó furioso, ¿verdad? —dijo, riéndose.

Poirot, muy serio, contestó:

—De todos modos, hay motivo para ello.

—¡Ellis! —llamó Jane.

La camarera entró.

—Mira lo que dice *monsieur* Poirot: que fue una verdadera suerte que me hicieras ir a la fiesta anoche.

Ellis miró seriamente a Poirot, al mismo tiempo que decía:

—No deben romperse los compromisos adquiridos, señora. Es usted demasiado aficionada a hacerlo. La gente no puede olvidar tales desaires y acaba una por hacerse desagradable.

Jane cogió el sombrero que se estaba probando cuando entramos, y se lo volvió a probar.

—Odio todo lo negro —dijo, desconsolada—. Nunca me he puesto un traje de ese color, pero comprendo que una viuda correcta debe vestirse así —y añadió con volubilidad—: ¡Ah!; estos sombreros son horribles. Telefonee a otra casa de modas. Por lo menos, quiero salir a la calle de una manera decente.

Poirot y yo salimos en silencio de la habitación.

CAPÍTULO SIETE

LA SECRETARIA

Aún no estábamos libres de Japp. Una hora más tarde reapareció, y tirando su sombrero sobre la mesa, aseguró que pesaba sobre él una terrible y abominable maldición.

—¿Ha terminado usted las investigaciones que quería hacer? —preguntó Poirot con simpatía.

El inspector asintió tristemente:

—Sí, y a menos de que catorce personas mientan, resulta que no ha sido ella quien mató a lord Edgware —gruñó Japp. Y continuó —: La verdad es que no se comprende que haya sido otro el autor del crimen. La única persona que tenía algún motivo para hacerlo era ella.

—Yo no diría eso. *Mais, continuez*.

—Esperaba encontrar alguna pista —siguió el inspector—. Ya sabe usted que la gente de teatro es capaz de dejarse matar por salvar a un amigo. Pero éste es un caso distinto. Los invitados a la fiesta de anoche son personas de posición. Ni siquiera eran particularmente amigos de ella. Y algunos ni se conocían entre sí. Su testimonio es, pues, imparcial y digno de crédito. Yo esperaba comprobar que habría abandonado la fiesta durante media hora o más. Hubiese podido hacerlo fácilmente con cualquier pretexto. Pero no, sólo se apartó de la mesa para contestar una llamada telefónica, y aun entonces, el criado estuvo junto a ella, como él mismo nos lo ha dicho, y la oyó decir «Si, muy bien; yo soy *lady* Edgware», e inmediatamente colgaron el aparato. ¡Qué cosa más extraña!

—¿Era hombre o mujer quien llamó?

—Creo que me ha dicho que era mujer.

—Es raro —dijo Poirot, pensativo.

—Eso no tiene importancia —dijo Japp, impaciente—; vayamos a lo que interesa. La noche transcurrió tal y como ella nos dijo. Llegó a casa de Corner a las nueve menos cuarto y se marchó a las once y media, llegando al hotel a las doce menos cuarto. He hablado con el chófer que la trajo y es, en efecto, uno de los empleados de la casa Daimler. La servidumbre del hotel que la vio llegar, también confirma la hora.

—*Eh bien*, creo que todo ello es concluyente.

—Sí, sí; pero ¿y esos dos testigos de Regent Gate? No se trata sólo del mayordomo; está, además, la secretaria de lord Edgware, que la vio también. Los dos aseguran que era realmente *lady* Edgware la mujer que llegó allí a las diez.

—¿Cuánto tiempo hace que está en la casa de mayordomo?

—Seis meses. A propósito, ¿se fijaron ustedes en lo guapo que es ese hombre?

—¡Sí! *Eh bien*, amigo mío, si hace sólo seis meses que está en la casa, no podía reconocer a esa señora, a no ser que la hubiese visto antes.

—La conoció por las fotografías de los periódicos. Pero la secretaria la conocía perfectamente; está al servicio de lord Edgware desde hace cinco o seis años.

—¡Ah! —dijo Poirot—. Me gustaría ver a esa secretaria.

—Bien; entonces venga conmigo.

—Muchas gracias, *mon ami*, se lo agradezco infinitamente. Supongo que en esa invitación va incluido también el amigo Hastings, ¿verdad?

Japp hizo un gesto. Mi amigo añadió:

—¿Qué creía usted? Donde va el dueño, va el perro. Ocurrencia que a mí me pareció de pésimo gusto.

—Esto me trae a la memoria el caso de Isabel Cannings —dijo Japp—. ¿Se acuerda usted? Infinidad de testigos aseguraban, cada uno por su parte, que habían visto a Mary Squires en dos lugares distintos de Inglaterra. Personas dignísimas todos ellos. Aquel misterio quedó sin aclarar. Éste es un caso semejante. Nos encontramos con que varias personas aseguran, cada cual por su lado, que una mujer estaba en dos lugares distintos a la misma

hora. ¿Quiénes dicen la verdad?

—No será difícil saberlo.

—Bien; pero *miss* Carroll reconoció realmente a *lady* Edgware, y esa señorita vivió con ella en la misma casa, día tras día. Por tanto, no es fácil que se equivoque.

—Eso pronto lo veremos.

—¿Quién hereda el título? —pregunté yo.

—Un sobrino del muerto, el capitán Ronald Marsh. Creo que es un derrochador.

—¿Qué dijo el forense de la hora en que tuvo lugar la muerte?

—Tenemos que esperar el resultado de la autopsia para saberlo exactamente. Hay que ver dónde está la cena —la manera de expresarse de Japp distaba mucho de ser refinada—. Lo vieron por última vez minutos después de las nueve, cuando abandonó la mesa. El mayordomo le llevó *whisky* y soda a la biblioteca. A las once, cuando el criado se fue a acostar, la luz estaba apagada; por tanto, debía de haber muerto ya, pues no iba a estar allí a oscuras.

Poirot asintió pensativamente. Poco después llegábamos a la casa. Nos abrió la puerta el agraciado mayordomo.

Japp tomó la delantera y entró el primero; Poirot y yo le seguimos. La puerta quedó abierta hacia la izquierda y el criado permaneció en pie junto a la pared de ese mismo lado. Poirot iba a mi derecha, y como era más pequeño que yo, sólo cuando estuvimos en el interior del vestíbulo se fijó en el mayordomo. Oí una ahogada exclamación a mi espalda, y al volverme rápidamente, sorprendí al mayordomo mirando a Poirot con un gran espanto reflejado en su rostro. Apunté el hecho en mi mente, por lo que pudiera ser. Japp entró en el comedor, que quedaba a la derecha del vestíbulo, y llamó al criado.

—Ahora, Alton, deseo que se explique usted bien, con la mayor precisión posible. ¿Eran las diez cuando llegó aquella señora?

—¿La esposa de lord Edgware? Sí, señor.

—¿Cómo la conoció usted? —preguntó Poirot.

—Dio su nombre, señor, además, había visto otras veces su retrato en los periódicos, y también la había visto trabajar. Poirot se inclinó.

—¿Cómo iba vestida?

—De negro, señor. Un traje de calle negro y un sombrerito

negro; llevaba también un collar de perlas y guantes grises. Poirot miró interrogadoramente a Japp.

—En la fiesta lucía un traje de noche de tafetán blanco y una capa de armiño —bisbiseó este último, brevemente.

El mayordomo repitió su relato tal como nos lo había ya contado Japp.

—¿Vino alguien más a visitar a su señor durante la noche? —preguntó Poirot.

—No, señor.

—¿Cómo se cierra la puerta de la calle?

—Tiene cerradura Yale. Corrientemente, cuando me voy a acostar, echo, además, el cerrojo; eso suele ser allá a las doce. Pero la última noche *miss* Geraldine estaba en la Ópera, de modo que quedó sin los cerrojos.

—¿Cómo estaba cerrada esta mañana?

—Perfectamente cerrada, señor; *miss* Geraldine debió de echar los cerrojos cuando volvió del teatro.

—¿Cuándo volvió? ¿Lo sabe usted?

—Serían aproximadamente las doce menos cuarto.

—Entonces hasta las doce menos cuarto la puerta de la calle no podía ser abierta por fuera sin llave; pero, en cambio, por dentro podría abrirse con sólo tirar del pestillo, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—¿Cuántas llaves de esa puerta hay?

—El señor tenía la suya y colgada en el vestíbulo había otra, que fue la que cogió anoche *miss* Geraldine. No sé si hay alguna más.

—¿Ninguna otra persona de la casa tenía llave?

—No, señor; *miss* Geraldine llamaba siempre.

Poirot declaró que no tenía nada más que preguntar y fuimos en busca de la secretaria.

La encontramos escribiendo en una amplia mesa de escritorio.

Miss Carroll era una activa y simpática mujer de unos cuarenta y cinco años. Su hermoso cabello comenzaba a adquirir un tono gris. Llevaba gafas, a través de las cuales brillaban, clavándose en nosotros, sus perspicaces ojos. Cuando habló, reconocí la clara voz que había oído por teléfono.

—¡Ah! ¿Es usted *monsieur* Poirot —dijo, después que Japp nos hubo presentado—, a quien cité en nombre del señor ayer por la

mañana?

—El mismo, señorita.

Pensé que aquella mujer le había producido a Poirot una excelente impresión. En realidad, parecía la honradez personificada.

—Bueno, señor inspector. ¿Qué más puedo hacer por ustedes? —dijo *miss* Carroll.

—Únicamente que nos diga usted si está completamente segura de que fue *lady* Edgware la que vino aquí anoche.

—Es la tercera vez que me pregunta usted lo mismo y debo confesarle que estoy segurísima. La vi con mis propios ojos.

—¿En dónde?

—En el vestíbulo. Habló con el mayordomo un minuto y luego entró en la biblioteca.

—Y usted, ¿dónde estaba?

—En el primer piso.

—¿Está usted completamente segura de que no se equivoca?

—Completamente. Distinguí muy bien su rostro.

—¿No puede usted confundirse por algún parecido?

—¡Oh, no! Jane Wilkinson es inconfundible. Era ella. Japp echó una mirada a Poirot, como diciendo: «¿Lo ve usted?».

—¿Tenía lord Edgware algún enemigo? —preguntó repentinamente Poirot.

—¡Qué tontería! —rechazó *miss* Carroll.

—¿A qué llama usted «tontería», señorita?

—¡A lo de enemigos! La gente de hoy no tiene enemigos. Por lo menos la gente inglesa.

—Sin embargo, han asesinado a lord Edgware.

—Ha sido su mujer —dijo *miss* Carroll.

—Y una mujer no es un enemigo, ¿verdad?

—No es lógico que lo sea. Jamás he oído una cosa así; por lo menos, sería impropio de nuestro ambiente.

Por lo visto, *miss* Carroll tenía la idea de que los crímenes sólo los cometían los borrachos y la plebe.

—¿Cuántas llaves hay de la puerta de la calle?

—Dos —dijo prontamente la secretaria—. Lord Edgware siempre llevaba una, la otra pendía de un clavo en el vestíbulo, para que si alguien salía y pensaba regresar tarde la cogiese. Había otra, además; pero el capitán Marsh la perdió.

—¿Viene mucho por esta casa el capitán Marsh?

—Vivió aquí hasta hace tres años.

—¿Por qué se marchó? —preguntó Japp.

—No lo sé; creo que no se llevaba bien con su tío.

—Me parece que sabe usted algo más de lo que nos dice, señorita —dijo Poirot gentilmente.

Ella le echó una rápida mirada.

—No soy amiga de chismes —respondió.

—Pero puede usted contarnos lo que haya de verdad en los rumores que han circulado acerca de las desavenencias entre lord Edgware y su sobrino.

—No era tanto como se dice. Lo que pasa es que lord Edgware era un hombre con quien resultaba difícil convivir.

—¿Usted también lo cree así?

—No hablo por mí; yo nunca tuve el menor tropiezo con lord Edgware. Conmigo fue siempre muy sociable.

—Pero el capitán Marsh…

Poirot clavó los ojos en ella, tratando de sacarle otras revelaciones.

Miss Carroll encogióse de hombros.

—El capitán era un hombre extravagante. Se llenó de deudas. Hubo, además, alguna otra cosa, no sé exactamente qué, y entonces lord Edgware le echó de casa. Eso es todo.

Cerró la boca firmemente, sin duda dispuesta a no añadir ni una sola palabra.

La habitación donde sostuvimos el interrogatorio estaba en el primer piso. Al salir de ella, mi amigo me cogió del brazo.

—Un momento, Hastings, ¿quieres hacer el favor de quedarte aquí? Voy a bajar con Japp. Tú no te muevas hasta que hayamos entrado en la biblioteca.

Le hubiera preguntado algo, pero supuse que no me contestaría, como hacía siempre. Probablemente sospechaba que el mayordomo andaba espiando y quería estar seguro de si era o no verdad.

Permanecí allí mirando a través de la barandilla de la escalera. Poirot y Japp se dirigieron, en primer lugar, a la puerta de la calle, fuera del alcance de mi vista, y luego reaparecieron andando lentamente a lo largo del vestíbulo. Les seguí con los ojos hasta que estuvieron dentro de la biblioteca. Esperé uno o dos minutos más,

por si acaso aparecía el criado, pero no dio la menor señal de su presencia. Entonces bajé a mi vez la escalera y me reuní con ellos.

El cadáver, como es de suponer, no estaba allí. Habían corrido las cortinas y la luz estaba encendida. Poirot y Japp, en pie en medio de la habitación, miraban a su alrededor detenidamente.

—No hay nada —decía Japp.

—Ni un cigarrillo, ni huellas de pies ni un guante de señora, ni un perfume, nada de lo que tan necesario es a los detectives de novela —dijo Poirot sonriendo.

—La policía es siempre ciega en las novelas policíacas —dijo Japp con un gesto.

Yo quise dar cuenta a mi amigo del resultado de su encargo.

—Todo va bien. Poirot. He vigilado, pero nadie nos espiaba, al parecer.

—Los ojos de mi amigo Hastings son terribles —dijo Poirot con cierta burla y añadió—: Oye, ¿te has fijado en la rosa que llevaba yo en la boca?

—¿Una rosa en la boca? —pregunté con asombro. Japp se volvió, riendo a carcajadas.

—¿Es que quiere usted volverme loco, Poirot? ¿Una rosa? ¿Para qué?

—Nada; tenía la pretensión de parecerme a Carmen —dijo Poirot muy tranquilo.

Les miré, no sabiendo si estaban locos ellos o si lo estaba yo.

—¿No te has fijado, Hastings? —dijo Poirot en tono de reproche.

—No —contesté—. Desde mi observatorio no podía veros la cara.

—¿No? ¡Qué lástima!

Movió la cabeza suavemente. ¿Se estaba burlando de mí?

—Bueno —dijo Japp—. Creo que ya no tenemos nada que hacer aquí; pero, de ser posible, me gustaría ver de nuevo a la hija de lord Edgware.

Tocó el timbre para llamar al mayordomo, a quien ordenó:

—Pregúntele a *miss* Marsh si puedo verla un momento.

No fue el criado, sino *miss* Carroll quien entró a los pocos momentos.

—Geraldine está descansando —dijo—. La pobrecilla ha sufrido una gran conmoción. Cuando usted se marchó le di algo para

hacerla dormir, y hasta dentro de una o dos horas sería mejor no despertarla.

Japp se mostró conforme.

—De todas maneras, todo lo que ella pueda decirles se lo puedo decir yo —añadió la secretaria firmemente.

—¿Qué opinión tiene usted del mayordomo? —preguntó Poirot.

—No me es nada simpático, la verdad —replicó *miss* Carroll—; pero no sabría decirle por qué.

Habíamos llegado a la puerta de la calle.

—Anoche, cuando vino *lady* Edgware, estaba usted ahí arriba, ¿verdad? —dijo de pronto Poirot, indicando con el dedo el piso superior.

—Sí. ¿Por qué?

—¿Y afirma usted que vio a *lady* Edgware entrar y dirigirse, a lo largo del vestíbulo, hacia la biblioteca?

—Sí.

—¿Y vio usted su rostro claramente?

—Ya le he dicho que sí.

—Sin embargo, usted no pudo ver su rostro, señorita. Desde donde usted estaba sólo podía ver la parte superior de la cabeza.

Miss Carroll enrojeció vivamente. Por un momento pareció desconcertada.

—Bien, sí, su cabeza; pero además oí su voz, la vi andar. Esa mujer es inconfundible. Se lo repito, estoy segura de que era Jane Wilkinson, el ser más infame que existe.

Y, volviéndose, se fue hacia arriba.

CAPÍTULO OCHO

PROBABILIDADES

Japp se marchó y nosotros nos fuimos a dar una vuelta por Regent's Park en busca de un lugar apacible.

—¿Te das cuenta, Hastings, de que la secretaria es un testigo peligroso? Peligroso, porque es involuntariamente falso. Ya has oído cómo hace un momento decía que había visto el rostro de la visitante. A mí eso me pareció completamente imposible. Si hubiese salido ésta de la biblioteca, entonces sí que hubiera sido posible; pero yendo hacia allá, no. Hice entonces el experimento, y resultó como yo había supuesto.

—Sin embargo, la secretaria sigue afirmando que fue Jane Wilkinson quien se presentó en Regent Gate ayer por la noche. Después de todo, la voz y la manera de andar son cosas inconfundibles.

—No, no.

—Hombre, Poirot. Yo te he oído decir mil veces que lo más característico e inconfundible de una persona es su voz y la manera como anda.

—Es verdad, pero también es fácilmente imitable.

—¿Tú crees?

—Haz retroceder tu memoria a algunos días. ¿Te acuerdas de una noche que estábamos en un teatro?

—¿Te refieres a Charlotte Adams? Pero, Poirot, Charlotte Adams es una artista.

—No es difícil imitar a una persona a quien se conozca bien. Claro que Charlotte Adams tiene condiciones excepcionales, y además, la luz de las candilejas y la distancia influyen…

Una repentina idea atravesó mi cerebro.

—Poirot —grité—, no vas a creer que Charlotte Adams haya matado a lord Edgware. ¡Si ni siquiera debió conocerlo!

—¿Qué sabes tú? Pudiera existir entre ellos alguna relación que nosotros no conocemos. La posibilidad de que Charlotte Adams sea la culpable no se aparta de mi cerebro.

—Pero Poirot…

—Espera, Hastings. Deja que te exponga algunos hechos. *Lady* Edgware ha contado sin la menor reserva las relaciones entre ella y su esposo, e incluso ha llegado a decir que deseaba matarlo. Además de nosotros, lo oyó un camarero, Bryan Martin, Charlotte también lo oyó y todas las personas que estaban en el Savoy. Además, está la gente a quien esas personas lo repitieron. Ahora supongamos que alguien desea matar a lord Edgware y encuentra en Jane Wilkinson una coartada. La noche en que ésta anuncia que se quedará en casa a causa de una violenta jaqueca…, *pone en acción el plan que había concebido*. Para que las sospechas recaigan sobre Jane Wilkinson es necesario que se la vea entrar en Regent Gate. Bien; ya la han visto. Pero aún hace más: al entrar se anuncia como *lady* Edgware. *Ah, c'est un peu trop ça!* Haría sospechar al más cándido. Hay otra cosa, además. La mujer que entró la otra noche en la casa iba vestida de negro, y *Jane Wilkinson nunca viste de negro*, se lo hemos oído decir a ella misma. Todo eso parece demostrar que no era Jane Wilkinson la que entró en casa de lord Edgware, sino una mujer que se disfrazó y se hizo pasar por ella. ¿Fue esta mujer la que mató a lord Edgware? ¿O bien entró otra persona en la casa y esta última fue la que le asesinó? De ser así, ¿cuándo entró? ¿Antes o después de la visita de la fingida *lady* Edgware? Si entró después, ¿qué dijo aquella mujer a lord Edgware? ¿Cómo explicó su presencia allí? Podía engañar al criado, que no la había visto nunca, y a la secretaria, que sólo la vio de lejos; pero no puede creerse que lograse engañar al marido. Tal vez, cuando ella entró en la biblioteca, sólo encontró un cadáver, y entonces lord Edgware habría sido asesinado entre las nueve y las diez.

—Por Dios, cállate, Poirot —grité—. Me estás volviendo loco. ¿Qué te hace sospechar tan endiablado complot?

—Aún no puedo decir nada, pero es indudable que alguien tenía

algún motivo para desear la muerte de lord Edgware. Está, desde luego, el sobrino, que es su heredero; y a pesar de las afirmaciones de *miss* Carroll, existe la posibilidad de algún enemigo. Lord Edgware me dio la sensación de ser uno de esos hombres que se crean enemigos con facilidad.

—Sí, eso parecía —afirmé.

—Quienquiera que fuese el asesino, debió disfrazarse muy bien. Si Jane Wilkinson no llega a cambiar de parecer a última hora, le hubiese sido imposible probar su inocencia, la hubiesen arrestado y es muy poco probable que se librase de la horca.

Me estremecí.

—Hay una cosa que me desconcierta —siguió Poirot—. El deseo de culpar a Jane es claro. Entonces, ¿para qué telefonearla? Porque es indudable que alguien la telefoneó a Chiswick, y en cuanto se enteró de que estaba allí antes de… ¿De qué? A la hora en que telefonearon, todavía no había sido asesinado lord Edgware. La intención que guió esa llamada parece ser, no hay otra palabra para ella, beneficiosa. Lo indudable es que no fue el asesino, porque la intención de éste es claramente la de culpar a Jane. Entonces, ¿quién fue?

—Quizá fue sólo una mera coincidencia —sugerí.

—No, no es eso. Hace seis meses fue interceptada una carta. ¿Para qué? Hay en este asunto un montón de cosas inexplicables y que deben tener algo de común entre ellas.

Lanzó un profundo suspiro y continuó:

—Esa historia que vino a contarnos Bryan Martin…

—Pero, Poirot, eso no debe tener nada que ver con nuestro asunto.

—Estás completamente ciego, Hastings.

Poirot lo vería todo muy claro; pero yo, lo confieso, no veía la menor luz que aclarase las tinieblas de mi cerebro.

—Lo que no puedo creer —dije de pronto— es que haya sido Charlotte Adams la autora del crimen; me hizo el efecto de una muchacha muy buena.

—Yo no creo que fuese ella la que cometiese el crimen, Hastings. Es una muchacha demasiado juiciosa. Si se halla mezclada en el crimen, sin saber siquiera que ha cometido…

Se detuvo un momento.

—Pero si fuese así, resultaría un testigo peligroso para el asesino; quiero decir que al leer hoy la noticia del asesinato…

Poirot dejó escapar una exclamación.

—¡Corramos, Hastings, corramos! He estado ciego. ¡Corramos! ¡Un taxi, enseguida, un taxi!

Mientras decía estas palabras, movía nerviosamente los brazos. Hicimos parar el primero que pasó.

—¿Sabes su dirección? —me preguntó Poirot.

—¿La de Charlotte Adams?

—*Mais oui, mais oui*. Pronto, Hastings. Cada minuto es precioso. ¿No te das cuenta?

—No —dije—, no me doy cuenta de nada. Poirot se mostraba impaciente.

—Miremos la guía telefónica. ¡No!, no estará. Vayamos al teatro.

En el teatro no se mostraron dispuestos a darnos la dirección de Charlotte. Por fin Poirot la consiguió: vivía en una casa de Sloan Square. Nos dirigimos hacia allí. A Poirot le devoraba una impaciencia febril.

—Por lo menos, que no lleguemos tarde, Hastings.

—Pero ¿por qué toda esa prisa, Poirot? No lo entiendo. ¿Qué significa?

—Significa que he sido muy torpe, que no he comprendido lo que estaba claro como el agua. *Ah, mon Dieu!* Por lo menos, que lleguemos a tiempo.

CAPÍTULO NUEVE

UN NUEVO CRIMEN

Aunque ignoraba la causa de la agitación de Poirot, le conocía lo bastante para estar seguro de que era justificada. Llegamos a Rosedew Mansions, Poirot bajó del taxi, pagó al chófer y entró apresuradamente en la casa. La habitación de *miss* Adams estaba en el primer piso, como nos informó una tarjeta de visita clavada en una tablilla.

Poirot subió rápidamente la escalera sin esperar el ascensor, que en aquel momento estaba en uno de los pisos superiores.

Era tal su impaciencia, que golpeó la puerta después de tocar el timbre. Pasó un rato hasta que abrió la puerta una pulcra mujer de mediana edad, con el cabello echado hacia atrás. Sus párpados estaban enrojecidos, como si hubieran llorado mucho.

—*¿Miss* Adams? —preguntó ansiosamente Poirot. La mujer le miró.

Su rostro se había puesto mortalmente pálido, comprendiendo que aquello, sea lo que fuere, era lo temido por él.

La mujer continuó moviendo lentamente la cabeza:

—*Miss* Adams ha muerto. Murió mientras dormía. ¡Ah, es horrible!

Poirot se apoyó en el quicio de la puerta.

—¡Demasiado tarde! —murmuró.

Su agitación era tan visible, que la mujer le miró con mayor atención.

—Usted perdone. ¿Era usted amigo suyo? No recuerdo haberle visto nunca por aquí.

Pero Poirot no contestó a aquella pregunta, sino que dijo

rápidamente:

—¿Llamaron ustedes a un médico? ¿Qué ha dicho?

—Qué tomó una dosis excesiva de un soporífero. ¡Oh, pobrecilla! ¡Una muchacha tan joven y bonita! ¡Qué cosa tan peligrosa son las drogas! El médico dice que tomó veronal.

De pronto, Poirot se irguió, y, autoritario, dijo:

—Debo entrar en la casa.

Veíase claramente que la mujer dudaba.

—No sé… —empezó a decir.

Pero Poirot tomó el único camino que podía conducirle al resultado apetecido.

—Tiene usted que dejarme pasar, porque soy detective y debo investigar las circunstancias de la muerte de su señorita.

La mujer, por fin, se apartó y entramos en el piso. Poirot comenzó a hacerse dueño de la situación.

—Todo cuanto le he dicho —siguió autoritariamente— debe quedar entre nosotros, no debe repetirlo a nadie, ¿oye usted? Todo el mundo debe seguir creyendo que *miss* Adams ha fallecido de muerte natural. Haga el favor de darme el nombre y dirección del médico que llamó usted.

—Es el doctor Heath, Carlisle Street, diecisiete.

—Ahora deme su nombre.

—Alice Bennet.

—Por lo que he podido apreciar, parece que quería usted mucho a *miss* Adams, *miss* Bennet.

—¡Oh, ya lo creo! Era una joven tan bondadosa… Estuve a su servicio el año pasado, cuando vino aquí. No era como la mayoría de las artistas. Parecía una verdadera señorita. Tenía unos gustos muy refinados y le gustaba todo lo exquisito.

Poirot escuchaba con simpatía y atención, sin demostrar la menor impaciencia. Comprendía que la amabilidad es el medio mejor para obtener los informes que uno desea.

—Debe de haber sido un golpe terrible para usted.

—¡Ya lo puede usted decir, señor! Entré aquí con el té a las nueve y media, como hago cada día, y estaba acostada. Pensé que dormía aún. Entonces puse la bandeja sobre una mesa y descorrí las cortinas, una de cuyas anillas se enredó y tuve que tirar más fuerte. Hice bastante ruido. Miré hacia la cama y me sorprendió que no se

hubiera movido. Fue en aquel momento cuando me pareció notar algo raro y me acerqué a ella, tocándole la mano. Estaba helada como el mármol. Salí de aquí gritando.

Se detuvo. Sus ojos se le habían llenado otra vez de lágrimas.

—Realmente —dijo Poirot—, debe de haber sido terrible para usted. ¿Tomaba a menudo drogas para dormir *miss* Adams?

—De cuando en cuando tomaba para el dolor de cabeza unas tabletas que están en un tubo. Pero debieron de ser de otra clase las que tomó anoche, según dijo el doctor.

—¿Vino a verla alguien anoche? ¿Tuvo alguna visita?

—No, señor. Pasó la velada fuera de casa.

—¿Le dijo acaso adónde iba?

—No, señor; salió cerca de las siete.

—¡Ah! ¿Puede decirme cómo iba vestida?

—Llevaba traje y sombrero negros.

Poirot me miró.

—¿Llevaba alguna joya?

—Solamente el collar de perlas que usaba siempre.

—Y los guantes… ¿eran grises?

—Sí, señor.

—Muy bien. Ahora explíqueme el aspecto que tenía: ¿estaba alegre, animada, triste, nerviosa?

—Me pareció que estaba de buen humor por algo que no me dijo. Se reía sola, como si pensase en algo alegre.

—¿A qué hora volvió?

—Poco después de las doce.

—¿Tenía el mismo aspecto que al salir?

—Parecía cansadísima.

—Pero ¿no trastornada o angustiada?

—¡Oh, no! A mí me pareció que seguía estando alegre. Trató de telefonear a alguien, pero al fin lo dejó para hoy por la mañana, porque no podía más.

—¡Ah! —exclamó Poirot, cuyos ojos brillaron excitados. Dio un paso hacia adelante y preguntó, cambiando de tono—: ¿Oyó usted el nombre de la persona a quien quiso telefonear?

—No, señor. Sólo pidió el número y esperó; la central debió de decirle que trataba de que contestase y oí que replicaba: «Muy bien». Pero, de pronto, bostezó y dijo: «No puedo más, estoy

rendida», y, colgando el aparato, empezó a desnudarse.

—¿Se acuerda usted del número que pidió? Vamos, trate de recordarlo. Puede ser muy importante.

—Lo siento, pero no puedo decírselo. Sé que era un número de Victoria, pero es lo único que recuerdo. Mi cabeza no retiene nada.

—¿Comió o bebió algo la señorita antes de acostarse?

—Un vaso de leche caliente, como hacía a menudo.

—¿Quién se lo preparó?

—Yo misma.

—¿Y no entró nadie en el piso anoche?

—Nadie.

—¿Y durante el día?

—Tampoco entró nadie, que yo recuerde. *Miss* Adams comió y tomó el té fuera de casa; volvió hacia las seis.

—¿A qué hora trajeron la leche? Me refiero a la que tomó por la noche.

—Por la tarde. El muchacho que la trae la dejó fuera a las cuatro. Pero creo que no había nada malo en ella. Yo la he tomado esta mañana con té. Además, el médico dice que fue ella misma quien debió de tomarlo.

—Quizá esté yo equivocado; es muy posible —dijo Poirot—. Necesito ver al doctor —y añadió—: ¿Sabe usted si *miss* Adams tenía enemigos? En América las cosas son muy distintas.

La buena Alice dudaba; pero, al fin, mordió el anzuelo.

—¡Oh!, ya lo sé. Ya he leído las cosas que hacen en Chicago los pistoleros. Debe de ser un país malísimo. Yo no sé lo que hace allí la Policía. No debe de ser igual que la nuestra.

Poirot asintió amablemente, satisfecho de que el ingenuo patriotismo de Alice Bennet le librase de tener que darle una explicación.

De pronto, Poirot se fijó en una caja de vestidos que estaba sobre una silla.

—¿Está dentro de esta caja —dijo, señalando con la mano— la ropa que llevaba *miss* Adams cuando salió la última noche?

—Se la puso por la mañana, pero no la traía puesta cuando regresó a la hora del té. En cambio, vino con ella por la noche.

—¡Ah! ¿Me permite usted abrirla?

Alice Bennet estaba dispuesta a consentirlo todo. Era la mujer

más prudente y suspicaz del mundo; pero, una vez disipada su desconfianza, se la manejaba como a un niño.

La caja no estaba cerrada con llave. Poirot la abrió. Yo me adelanté para mirar por encima de su hombro.

—¿Lo ves, Hastings, lo ves? —murmuró excitado.

Lo que había dentro de la caja era realmente interesante.

Contenía un estuche de maquillaje, unos zapatos de tacón muy alto, un par de guantes grises y, envuelta en un papel de seda, una peluca rubia, maravillosamente hecha, reproducción exacta de la dorada cabellera de Jane Wilkinson, peinada de igual forma, con la raya en medio y rizada por detrás.

—¿Dudas ahora, Hastings? —preguntó Poirot.

Debo decir que había dudado hasta aquel momento; pero a partir de entonces no dudé más.

Poirot cerró de nuevo la caja y se volvió hacia la camarera.

—¿No sabe usted con quién comió anoche *miss* Adams?

—No, señor.

—¿Tampoco sabe con quién cenó y tomó el té?

—Del té no sé nada; pero sé que comió en compañía de *miss* Driver.

—¿*Miss* Driver?

—Sí; una gran amiga suya. Tiene una tienda de sombreros en Moffat Street, junto a Bond Street. Se llama «Genoveva».

Poirot anotó la dirección en su bloc de notas, debajo de la del doctor.

—Otra cosa, señora ¿Puede usted recordar algo de lo que *miss* Adams dijo o hizo cuando volvió a las seis? Quiero decir, algo que le pareciese a usted extraño.

La camarera quedó pensativa unos momentos.

—No puedo decírselo —concluyó—. Sólo recuerdo que, al preguntarle si quería tomar té, me contestó que ya lo había tomado.

—¡Ah! ¿Dijo que ya lo había tomado? —interrumpió Poirot—. *Pardon*, continúe.

—Después estuvo escribiendo cartas hasta la hora de acostarse.

—¿Conque estuvo escribiendo cartas? ¿Sabe usted a quién?

—Sí, señor. Una de ellas era para su hermana, que vive en Washington. Le escribía dos veces por semana. Su intención fue llevársela y echarla al correo para que pudiese salir enseguida, pero

se olvidó.

—Entonces, ¿está todavía aquí?

—No, señor. La he echado ya al correo. La señorita se acordó de ella anoche, en el mismo momento de irse a la cama. Entonces le dije que la echaría yo hoy a primera hora; añadiendo otro sello y echándola en el buzón de las cartas urgentes, era lo mismo que si la hubiese echado ayer.

—¡Ah! Y ese buzón, ¿está lejos?

—No, señor. Está aquí mismo, en la esquina.

—¿Cerró la puerta del piso cuando salió?

Miss Bennet le miró, asombrada.

—No, señor. La dejé entornada, como hago siempre que voy a Correos.

Me pareció que Poirot iba a hablar, pero se contuvo.

—¿Quieren ustedes ver a la pobre señorita? Verán qué bonita está.

Y nos condujo a la alcoba.

Charlotte Adams tenía un aspecto extrañamente apacible; parecía mucho más joven que aquella noche en el Savoy. Hacía el efecto de una muchachita rendida de cansancio que estuviese durmiendo.

Mientras la miraba, el rostro de mi amigo tenía una extraña expresión y le vi hacer el signo de la cruz.

—*J'ai fait un serment*, Hastings —me dijo al bajar la escalera.

No le pregunté cuál había sido su promesa. Poco después dijo:

—Una cosa me tranquiliza: que no podía salvarla de ninguna manera. Cuando me enteré de la muerte de lord Edgware, ella había muerto ya. Eso me consuela, sí, me consuela mucho.

CAPÍTULO DIEZ

JENNY DRIVER

Nuestra siguiente diligencia fue visitar al médico, cuya dirección nos había dado la camarera de Charlotte Adams. Dicho médico resultó un inquieto viejecito, de modales algo raros, que conocía a Poirot por su fama y se mostró complacidísimo de conocerle personalmente.

—¿En qué puedo serle útil, *monsieur* Poirot? —preguntó después que se cruzaron las cortesías de ritual.

—Esta mañana le llamaron a usted, doctor, para asistir a *miss* Charlotte Adams.

—¡Ah, sí, pobrecilla! ¡Una actriz tan inteligente! Fui dos veces al teatro a verla trabajar. Es una verdadera lástima que haya muerto. ¿Por qué tomarán drogas esas muchachas? No puedo comprenderlo.

—¿Supone usted que era aficionada a las drogas?

—Sería difícil asegurarlo. De todos modos, no las tomaba en inyectables, pues en su cuerpo no advertí los pinchazos. Seguramente las tomaba por vía bucal. La camarera me dijo que solía dormir bien, pero las criadas nunca saben nada de estas cosas. No tomaría veronal cada noche, pero sin duda lo tomaba de cuando en cuando.

—¿Qué le hace a usted creer eso?

—Esto… —y buscó algo a su alrededor—. ¿Dónde diablos lo puse…? —Escudriñó en un maletín—. ¡Ah! Aquí está —dijo al fin sacando un pequeño monedero de señora, de tafilete negro—. Esto es para el Juzgado, ¿comprende usted? Me lo traje para que la criada no husmease en él.

Y abriendo el bolso, sacó una cajita de oro, que tenía sobre la

tapa, formadas con rubíes, las iniciales C. A. Era una joya valiosísima. El doctor la destapó. Estaba casi llena de unos polvos blancos.

—Veronal —dijo brevemente el anciano—. Ahora vean lo que hay escrito dentro de ella.

En la parte interior de la caja, grabada en ella, veíase la siguiente inscripción:

A C. A. de D. París, 10 Nov.
Dulces sueños.

—Diez de noviembre —repitió Poirot pensativamente.

—Eso dice, y estamos en junio, lo que parece demostrar que empezó a tomar el soporífero hace lo menos seis meses, aunque, como el año no se indica, también puede ser hace dieciocho meses, o acaso dos años y medio, tal vez más…

—París, D. —repetía Poirot, ceñudo.

—Sí. ¿Le indica a usted algo eso? Yo todavía no le he preguntado qué interés le mueve a intervenir en este asunto, porque me figuro que tendrá sus motivos para hacerlo. Seguramente querrá usted averiguar si se trata de un suicidio, ¿no? Pero eso es algo que ni yo ni nadie podríamos asegurarlo. Según dijo la camarera, anoche *miss* Adams se encontraba perfectamente. Lo que hace suponer que se trata de un desgraciado accidente; mi opinión personal es que se trata de eso. El veronal es un soporífero desconcertante. A veces se toma una gran cantidad y no le pasa a uno nada; en cambio, en otra ocasión, se toma sólo un poquitín y mata. Es una droga peligrosa por ese motivo. No me cabe la menor duda de que el Juzgado lo calificará de muerte por accidente. Por mi parte, no puedo decirle nada más.

—¿Me permite usted examinar el monedero de la señorita?

—Desde luego, claro que sí.

Poirot vació el contenido del bolso. Había en él un pañuelo fino con las iniciales C. M. A., una borla de polvos, un lápiz de labios, un billete de una libra, algún dinero suelto y unas gafas. Estas últimas las examinó Poirot detenidamente. La montura era de oro, sencilla y severa.

—Es raro —dijo Poirot—. No sabía que *miss* Adams usase gafas.

Acaso las necesitaba para leer.

El doctor las cogió.

—No; son gafas de miope —afirmó—. Muy potentes, por cierto. La persona que las usaba debía de tener muy mala vista.

—¿No sabe usted si *miss* Adams…?

—No fue cliente mía; una vez me llamaron para que examinase la herida que tenía en un dedo la criada. Desde entonces no había vuelto más. *Miss* Adams, a la que vi en aquella ocasión un momento, no llevaba, desde luego, gafas.

Poirot dio las gracias al doctor y nos despedimos.

Mi amigo parecía preocupadísimo.

—¿Respecto al disfraz?

—Puede que yo esté equivocado —admitió.

—No; eso está comprobado. Me refiero a su muerte. Desde el momento en que tenía veronal en su poder, es muy posible que, sintiéndose cansada, lo tomase ayer para asegurarse una buena noche.

De pronto se detuvo, y con gran asombro de los paseantes y mío, se golpeó aparatosamente una mano contra la otra.

—¡No, no, no! —exclamó—. ¿Por qué había de ocurrir ese accidente precisamente en estos momentos? No, no se trata de ningún accidente, no es tampoco suicidio. ¡No! Ella desempeñó un papel, y con eso firmó su sentencia de muerte. Han elegido el veronal porque sabían que solía tomarlo y que tenía en su poder una caja. Pero si es así, el asesino debe de ser alguien que la conocía muy bien. ¿Quién es D.? ¡Oh!, Hastings, daría cualquier cosa por saber quién es D.

—Poirot —dije, mientras él se ponía de nuevo a gesticular—. ¿No sería mejor que nos fuésemos de aquí? Estamos llamando la atención.

—¿Qué dices? ¡Ah!, bueno, sí, es verdad. Aunque no me molesta que la gente me mire; después de todo, no pueden ver mis pensamientos.

—¡Hombre, mira que todo el mundo se ríe!

—Eso no tiene importancia.

No dije nada más. Lo único que afectaba a Poirot era que el sudor atacase la forma de su famoso bigote.

—Tomemos un taxi —dijo, moviendo su bastón.

Se detuvo uno y le indicó la dirección de «Genoveva», en Moffat Street.

Poco después nos deteníamos ante la casa. Subimos unos cuantos escalones y nos encontramos frente a una puerta en la que se veía este letrero: «Genoveva. Sírvase entrar». Obedecimos aquella orden, encontrándonos en una pequeña habitación llena de sombreros y ante una rubia e imponente criatura que avanzó hacia nosotros, lanzando una recelosa mirada a Poirot.

—¿*Miss* Driver? —preguntó él.

—No sé si podrá recibirles. ¿Tienen la bondad de decirme el objeto de su visita?

—Tenga la bondad de decir a *miss* Driver que un amigo de *miss* Adams desea verla.

Apenas acababa de salir aquella belleza rubia cuando una cortina de terciopelo negro se agitó violentamente y una pequeña y vivaz mujercita, de cabellos de fuego, apareció.

—Dígame, señor. ¿De qué se trata? —preguntó.

—¿Es usted *miss* Driver?

—Sí. ¿Qué le ocurre a Charlotte?

—¿No se ha enterado usted de la mala noticia?

—¿Qué mala noticia es esa?

—*Miss* Adams murió anoche, mientras dormía, debido a una dosis excesiva de veronal.

—¡Qué cosa tan horrible! —exclamó—. ¡Pobre Charlotte, no puedo creerlo! ¡Si ayer mismo estaba llena de vida!

—Desgraciadamente, es verdad, señorita —dijo Poirot—. Y ahora dígame —miró el reloj—: Es la una, precisamente la hora de comer; le ruego, pues, que nos conceda el honor de venir a comer con nosotros; deseo hacerle algunas preguntas.

La joven le miró de arriba abajo. Era una muchacha deportiva; por lo nerviosa me recordaba algo a un *foxterrier*.

—¿Y quiénes son ustedes, vamos a ver? —preguntó bruscamente.

—Mi nombre es Hércules Poirot y mi amigo es el capitán Hastings. Me incliné cortésmente. La mirada de la joven iba de uno a otro.

—He oído hablar de usted —dijo secamente—. Está bien; iré con ustedes —llamó a la rubia—: ¡Dorothy!

—Diga, Jenny.

—Si *mistress* Lester viniese a buscar el modelo de Hose Descartes que le estamos haciendo, enséñele diferentes plumas. Hasta luego; supongo que no estaremos mucho tiempo fuera.

Descolgó un sombrerito negro, se lo puso en una oreja, empolvóse furiosamente la nariz y luego miró a Poirot.

—¡Lista! —dijo bruscamente.

Cinco minutos más tarde estábamos sentados en un pequeño restaurante en Dovert Street. Poirot ordenó al camarero que nos sirviera con prontitud unos combinados.

—Ahora —dijo Jenny Driver— quiero saber qué significa todo esto. ¿En qué lío se enredó Charlotte?

—¿Estaba enredada en algo?

—Vamos a ver, ¿quién hace las preguntas, usted o yo?

—Creo que debería ser yo —dijo Poirot sonriendo—. Según tengo entendido, usted y *miss* Adams eran muy buenas amigas.

—Es verdad.

—*Eh bien*, yo le garantizo a usted, señorita, que cuanto hago es sólo en beneficio de su difunta amiga. Tenga la seguridad de que es así.

Hubo unos momentos de silencio mientras Jenny Driver reflexionaba.

—Le creo —dijo—. Ahora hable usted. ¿Qué quiere saber?

—Creo que su amiga comió ayer con usted.

—Sí.

—¿Le explicó por casualidad los planes que tenía para la noche?

—No habló precisamente de la noche.

—Pero ¿le dijo algo?

—Sí; algo que quizá es lo que andan ustedes buscando, pero comprenderán que ella me lo dijo confidencialmente.

—Es natural.

—En fin, yo se lo contaré a mi manera.

—Como usted guste, señorita.

—Verán, Charlotte estaba muy excitada; no se ponía así a menudo, porque su carácter no era ese. En definitiva, no me dijo nada, pues había prometido guardar silencio, pero algo dejó traslucir. Se trataba de algo así como de un bromazo.

—¿Un bromazo?

—Eso fue lo que me dijo, aunque no añadió cómo, cuándo ni dónde. Sólo… —se detuvo un momento—. Bueno; Charlotte, ¿saben ustedes?, no era de esa clase de gente que se divierte gastando bromas a los demás. Era una de esas muchachas serias, de cerebro equilibrado, que sólo piensan en trabajar. Lo que yo supongo es que alguien quería utilizar su habilidad. Es una suposición mía nada más; no es que ella me lo dijera, ¿comprenden ustedes?

—Ya comprendo. ¿Qué fue lo que usted pensó?

—Pensé, porque la conocía muy bien, que allí había dinero de por medio. Nada, en realidad, era capaz de entusiasmarle, excepto el dinero. Ella era así. Fue una de las cabezas mejor equilibradas para los negocios. Seguramente no hubiera estado tan animada ni tan alegre si no se hubiese tratado de dinero. Una gran cantidad de dinero, desde luego. Mi impresión fue que había hecho alguna apuesta y que estaba completamente segura de ganarla. Quizá esto no fuera cierto; no intento que crean ustedes que Charlotte solía hacer apuestas. Nunca supe que hubiese hecho ninguna; pero, en fin, sea lo que fuere, estoy segura de que se trataba de dinero.

—¿No se lo dijo a usted?

—No; únicamente me dijo que dentro de poco tiempo me lo explicaría todo. Iba a hacer venir a su hermana de América para reunirse con ella en París; estaba loca por ella. Creo que es una muchacha muy delicada y amante de la música —y *miss* Driver acabó—: Les he referido todo cuanto sé respecto a Charlotte. ¿Es lo que ustedes querían saber?

Poirot movió afirmativamente la cabeza, al mismo tiempo que decía:

—Sí; confirma mi hipótesis, aunque, la verdad, esperaba algo más. Ya me figuraba yo que habrían recomendado a *miss* Adams que guardase el secreto, pero confiaba en que, siendo mujer, no hubiera podido contenerse y lo hubiese revelado a su mejor amiga.

—Por mi parte hice cuanto pude por hacerla hablar —dijo Jenny —; pero me dijo, riendo, que ya me lo contaría algún día.

Poirot guardó silencio por un momento; luego dijo:

—¿Conoce usted a lord Edgware?

—¿La víctima de ese asesinato? Lo he leído en un periódico hace media hora.

—Sí. ¿Sabe usted si *miss* Adams le conocía personalmente?

—No lo creo. Estoy segura de que no. ¡Oh!, espere usted un minuto.

—Lo que usted quiera, señorita —dijo Poirot amablemente.

—¿Cómo fue…? ¿Cómo fue…? —Frunció el entrecejo y se apretó las sienes, como tratando de recordar—. ¡Ah, ya lo tengo! Habló una vez de él muy agriamente.

—¿Agriamente?

—Sí; dijo… A ver si lo recuerdo… ¡Ah, sí! «Los hombres como ése no hacen más que arruinar la vida de los que les rodean con su crueldad y falta de comprensión». Dijo además… ¿Qué dijo, señor? —Recordaba de nuevo—. ¡Ahora! Dijo: «Es de esa clase de hombres cuya muerte será un bien para todos».

—¿Recuerda cuándo dijo eso, señorita?

—Debe de hacer un mes.

—¿Cómo fue hablar de él?

Jenny Driver se quedó pensativa durante unos momentos, y después movió la cabeza.

—No puedo acordarme. Sin duda fue al leer su nombre en algún periódico. Pensando en ello más tarde, me extrañó que Charlotte se hubiese mostrado tan vehemente al hablar de un hombre a quien ni siquiera conocía.

—Realmente es extraño —dijo Poirot pensativamente. Luego preguntó—: ¿Sabe usted si *miss* Adams tenía la costumbre de tomar veronal?

—Que yo sepa, no. Nunca le vi tomarlo; ni habló siquiera de ello.

—¿Vio usted alguna vez en su monedero una cajita de oro con las iniciales C. A. en rubíes?

—¿Una cajita de oro? No, no la he visto nunca.

—¿Recuerda usted dónde estuvo *miss* Adams en noviembre último?

—A ver…, un momento —recordó—. A últimos de ese mes se fue a Estados Unidos, pero antes estuvo en París.

—¿Sola?

—Desde luego, aunque usted no lo crea; no sé por qué, siempre que se nombra a París ha de imaginarse uno lo peor, cuando en realidad es una ciudad muy respetable.

—Bien, señorita. Ahora voy a hacerle a usted una pregunta muy

importante. ¿Había algún hombre por el cual *miss* Adams estuviese interesada especialmente?

—La contestación es un no rotundo —dijo Jenny lentamente—. Charlotte, en todo el tiempo que la conocí, no hizo más que ocuparse de su trabajo y de su delicada hermanita. Era el cabeza de familia y todo dependía de ella, actitud muy digna de encomio. De todas maneras, eso lo digo yo sin ahondar demasiado en su vida, juzgando sólo por las apariencias.

—¿Y si ahondáramos? ¿Cree usted…?

—No me extrañaría que Charlotte se hubiese interesado por algún hombre.

—¡Ah!

—Claro que ésta es una simple conjetura mía. Llegó a ocurrírseme esta idea, sencillamente, por su comportamiento de estos últimos meses. Sufrió un cambio radical, era otra distinta…, aunque no se hizo precisamente soñadora, pero estaba algo abstraída. ¡Oh, no sé cómo explicarlo! Es una cosa que cualquier mujer lo entendería fácilmente. Además, es posible que esté yo equivocada al pensar todo esto.

—Gracias, señorita —dijo, y añadió inmediatamente—: Otra cosa antes de despedirnos: ¿tenía algún amigo *miss* Adams cuya inicial corresponda a la letra D?

—¿D? —repitió Jenny Driver pensativamente—. No, no recuerdo ninguno.

CAPÍTULO ONCE

EGOÍSMO Y VANIDAD

No creo que Poirot esperase otra contestación. De todas maneras, movió la cabeza contrariado y quedóse un rato pensativo. Jenny Driver se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa.

—Bueno —dijo—. ¿Van, por fin, a contarme algo ustedes?

—Señorita —dijo Poirot—, ante todo, permítame que la felicite. Sus respuestas a todas mis preguntas han sido muy interesantes. Dice usted que si voy a contarle algo, y debo contestarle que muy poco, únicamente le referiré unos hechos.

Se detuvo un momento, y luego siguió hablando muy despacio:

—Anoche, lord Edgware fue asesinado en su biblioteca. A las diez, una señora, supongo que su amiga, *miss* Adams, llegó a casa de lord Edgware preguntando por él. Dicha señora se presentó como si fuese *lady* Edgware. Llevaba una peluca rubia y vestía exactamente igual que la verdadera *lady* Edgware, quien, como usted debe saber ya, es la conocida actriz Jane Wilkinson. *Miss* Adams, suponiendo que fuese ella, permaneció en la casa sólo un momento. Salió de allí a las diez y cinco, y hasta pasada la media noche no volvió a su domicilio, donde se acostó, después de tomar una dosis excesiva de veronal. Ahora, señorita, ya sabe usted a qué obedece mi interrogatorio.

Jenny dejó escapar un profundo suspiro.

—Sí —dijo—, ya lo comprendo. Creo que tiene usted razón al suponer que fue Charlotte quien se presentó en casa de lord Edgware. Y lo creo porque ayer estuvo en mi tienda para comprarse un nuevo sombrero.

—¿Un nuevo sombrero?

—Sí; me dijo que quería un sombrero que le tapase el lado izquierdo de la cara.

Debo dar ahora algunas explicaciones referentes a los sombreros, ya que no sé cuándo se leerá este relato.

Por aquella época estaban de moda varias formas de sombreros: el *cloche*, que ocultaba el rostro tan por completo, que le era a uno difícil reconocer a una amiga; otro de los modelos en boga era uno que se colocaba en equilibrio, inverosímilmente ladeado; se usaba también la boina, entre varios más, «June», el sombrero que hacía furor, era algo así como un plato sopero invertido. Aquel sombrero, llamémosle así, puede decirse que iba colgado de una oreja, dejando uno de los lados del rostro completamente descubierto.

—Esos sombreros se llevan corrientemente al lado derecho, ¿verdad? —preguntó Poirot. La sombrerera asintió.

—Sin embargo —añadió—, hacemos algunos para llevarlos al izquierdo, pues hay quien prefiere más el perfil izquierdo que el derecho, o que se peina siempre de la misma manera. Ahora bien: para que Charlotte desease que ese lado de la cara le quedase cubierto, tendría sus razones.

Aquellas palabras me hicieron recordar que la puerta de la casa de Regent Gate se abría a la izquierda, de modo que todo el que entrara quedaba plenamente visible al criado. Recordé que durante la cena del Savoy advertí que Jane Wilkinson tenía en el ángulo del ojo izquierdo un lunar. Me apresuré a poner en conocimiento de Poirot ese detalle, por si él no se había fijado.

—¡Eso es, eso! —exclamó mi amigo—. *Vous avez parfaitement raison*. Hastings; ya está explicada la adquisición del sombrero.

—*Monsieur* Poirot —exclamó Jenny, levantándose—. Usted no creerá ni por un momento que Charlotte lo…, que Charlotte lo… mató. No puede usted creer tal cosa. El que hablara con tanta acritud de él, no…

—No, no lo creo —la tranquilizó—; pero es raro, muy raro. ¿Qué le haría lord Edgware o qué sabía de él para que hablase así?

—No lo sé, pero estoy segura de que no fue ella quien lo mató. ¡Oh!…, era… demasiado refinada. Poirot movió la cabeza, aprobando.

—En eso tiene razón. Es un detalle psicológico que hay que tener en cuenta, pues el asesinato fue un asesinato científico, pero

no refinado.

—¿Científico?

—El asesino conocía exactamente el lugar donde debía dar el golpe para encontrar el centro vital de la base del cráneo, donde éste se une con la espina dorsal.

—Como si fuese un médico —dijo Jenny pensativa.

—¿Sabe usted si conocía mis Adams a algún médico? Mejor dicho, si era amiga de algún médico. La joven hizo un gesto negativo.

—Que yo recuerde, nunca habló de ninguno.

—Otra pregunta: ¿usaba gafas *miss* Adams?

—¿Gafas? No, no.

—¡Ah! —Poirot frunció el ceño.

Una extraña visión pasó entonces por mi cerebro. Vi un médico muy corto de vista y unas gafas muy fuertes, oliendo a ácido fénico, algo absurdo.

—Otra cosa aún. ¿Conocía *miss* Adams a Bryan Martin, el actor de cine?

—¡Ya lo creo! Le conocía desde pequeña, según me dijo.

De pronto miró el reloj y lanzó una exclamación:

—¡Caramba! Me voy volando. ¿Le he servido de algo, *monsieur* Poirot?

—¡Ya lo creo! Quizá algún día solicite de nuevo su ayuda.

—Estoy a su disposición.

Nos estrechó las manos, al mismo tiempo que iluminaba su rostro una hermosa sonrisa, y se marchó.

—Una muchacha interesante —dijo Poirot mientras pagaba las consumiciones—. Tiene verdadera personalidad.

—A mí también me ha gustado.

—Siempre es grato encontrar una persona con cerebro.

—Un poco dura de corazón. La muerte de su amiga no parece haberle impresionado mucho.

—Sí; parece que no es muy impresionable.

—¿Has sacado de esta entrevista lo que esperabas?

Negó con la cabeza. Después dijo:

—No, esperaba mucho más; esperaba descubrir a D., la persona que le regaló a Charlotte la cajita de oro, y me ha fallado. Por desgracia, Charlotte Adams era una muchacha reservada, no de las

que cuentan a las amigas sus asuntos amorosos. Por otra parte, el organizador de la farsa pudo no ser amigo suyo, sino simplemente un conocido que le propusiera la suplantación por mero pasatiempo. Siempre, claro está, a base de dinero, y pudo muy bien ser la cajita de oro la que llevaba su contenido.

—Pero ¿cómo diablos se lo hizo tomar? ¿Y cuándo?

—Quizá mientras estuvo abierta la puerta del piso…, al ir la criada a Correos a echar la carta. Pero no, esto no me convence, deja demasiado margen a la casualidad —y añadió—: Bueno, ahora a trabajar; tenemos dos posibles pistas.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, esa llamada telefónica al número de Victoria. Es probable que Charlotte Adams, al volver a su casa, quisiera telefonear para notificar su éxito; pero, por otro lado, ¿dónde estuvo entre las diez y cinco y las doce de la noche? Quizá estuviera citada con el autor de la farsa. En tal caso, la llamada telefónica no tiene importancia, pues sería simplemente a un amigo cualquiera.

—¿Y la segunda pista?

—¡Ah!, de esa espero más; se trata de la carta, Hastings, la carta a su hermana; puede que en ella haya referido toda la broma, no juzgándolo como una falta al silencio prometido, ya que esa carta no sería leída hasta una semana más tarde y en país extranjero.

—Ojalá fuese así.

—De todos modos, no nos hagamos demasiadas ilusiones, amigo mío. Es tan sólo una probabilidad; por ahora debemos dirigir nuestras pesquisas hacia otro lado.

—¿A qué lado te refieres?

—Sí; debemos hacer un minucioso estudio de todos aquellos a quienes de algún modo favorece la muerte de lord Edgware. Me encogí de hombros y dije:

—Si no es a su mujer y a su sobrino…

—Te olvidas del individuo con quien ella quería casarse.

—¿El duque? Pero ¡si está en París!…

—Perfectamente. Pero no me negarás que es uno de los interesados. Además, hay otras personas en la casa: el mayordomo, las criadas. Quién sabe los resentimientos que podían tener contra el viejo. Aunque creo que nuestro primer punto de ataque debe de ser Jane Wilkinson. Es una mujer astuta; tal vez ella pueda

sugerirnos algo.

Y una vez más nos dirigimos hacia el Savoy.

Encontramos a la viuda rodeada de cajas, papeles de seda y de sillas sobre cuyos respectivos respaldos descansaban algunos lindos trajes negros. Jane tenía una expresión absorta mientras se probaba otro sombrerito negro ante el espejo.

—¿Usted por aquí, *monsieur* Poirot? Siéntese, es decir, si es que encuentra algún sitio para hacerlo —y dirigiéndose a la camarera, dijo—: Ellis, ¿quieres hacer el favor de arreglar un poco todo esto?

—Está usted encantadora vestida así —dijo Poirot galantemente. Jane le miró muy seria.

—Yo no soy hipócrita, *monsieur* Poirot; pero se deben guardar las apariencias, ¿no le parece a usted? Debo andarme con cuidado. ¡Oh!, a propósito: el duque me ha enviado un telegrama dulcísimo.

—¿Desde París?

—Sí, dándome el pésame; pero yo he leído entre líneas todo su gran amor.

—La felicito, señora.

—¡Oh, *monsieur* Poirot! —Juntó las manos y su cálida voz descendió de tono; tenía una expresión angelical—. He reflexionado sobre todo lo ocurrido, que es milagroso. De pronto todas mis preocupaciones se han alejado. Ya no son necesarios lo enfadosos trámites del divorcio. No tendré la menor molestia. Mi camino se ha despejado y todo va viento en popa. Esto hace que hasta me sienta religiosa.

Me quedé sin aliento. Poirot la miró un poco cabizbajo. Ella estaba seria.

—Pero ¿eso es todo lo que a usted se le ocurre?

—¡Las cosas han sucedido de un modo tan estupendo para mí! —dijo Jane en un murmullo—. La de veces que yo había pensado: «¡Si Edgware se muriese!», y Edgware ha muerto. No sé…, parece una respuesta a mis oraciones…

Poirot tosió.

—No veo yo las cosas del mismo modo, señora. Tenga usted en cuenta que alguien mató a su marido.

Ella movió la cabeza.

—Desde luego.

—¿No ha pensado usted en quién puede ser ese *alguien*?

La actriz le miró.

—¿Qué puede importarme eso? ¿Qué tiene que ver conmigo? El duque y yo queremos casarnos, de todas maneras, dentro de cuatro o cinco meses…

Poirot contuvo su indignación con dificultad.

—Sí, señora; ya lo sé. Pero descontando eso, ¿no se le ha ocurrido a usted pensar en quién puede haber matado a su marido?

—No, no —parecía muy sorprendida por aquella pregunta.

—¿Es que no le interesa a usted saberlo? —preguntó Poirot.

—Creo que no —admitió ella—. Supongo que ya lo descubrirá la Policía. La Policía es muy inteligente, ¿verdad?

—Eso dicen. Yo también voy a trabajar por mi parte para encontrar al asesino.

—¿Usted? ¡Qué gracia!

—¡Cómo qué gracia!

—Bueno, no sé —su mirada se posó en los vestidos. Se puso por encima, desde los hombros, un traje de seda y se miró al espejo.

—No tiene usted nada que objetar, ¿verdad? —dijo Poirot con los ojos brillantes.

—¡Claro que no, *monsieur* Poirot! Al contrario, le estoy agradecidísima por ello y le deseo mucha suerte.

—Yo, señora, más que sus deseos, quisiera su opinión.

—¿Mi opinión? —dijo Jane, ausente, inclinando la cabeza sobre su hombro para ver el vestido—. ¿Para qué?

—¿Quién cree usted que puede haber matado a lord Edgware?

Ella movió la cabeza.

—No tengo la menor idea.

Encogióse de hombros y tomó el espejo de mano.

—Señora —repitió Poirot enfáticamente—. ¿Quién cree usted que mató a su marido?

Jane le miró un poco asustada.

—Supongo que Geraldine —dijo.

—¿Quién es Geraldine?

Pero la atención de la actriz se había alejado otra vez.

—Ellis —dijo a su camarera—, ¿quieres arreglarme un poco este hombro izquierdo? —Y después, mirando a Poirot—: ¿Qué decía usted? ¡Ah, sí! Geraldine es su hija —y de nuevo a la camarera—: No, Ellis; el hombro derecho, así. ¡Oh, perdóneme, Poirot! ¿Podría

usted retirarse? Le estoy muy agradecida por todo cuanto ha hecho por mí. Me refiero a lo del divorcio, aunque ya no es necesario. De todos modos, siempre me acordaré de usted con simpatía.

Sólo vi a Jane dos veces más: una, en el teatro, y otra, en cierta comida a la que yo también estaba invitado. Siempre que pensé en ella me la imaginé tal como la vi en aquel momento, entregada en cuerpo y alma a los vestidos, pendiente por completo de sí misma, mientras sus labios dejaban escapar inconscientemente las palabras que tanto habían de influir en las futuras pesquisas de Poirot.

—*Epatant* —dijo mi amigo cuando salimos al Strand.

CAPÍTULO DOCE

LA HIJA

Cuando llegamos a nuestras habitaciones encontramos una carta que había sido llevada a mano. Poirot la cogió, la abrió con su habitual delicadeza y se puso a reír.

—¿Que te decía yo, Hastings? Mira, hablando del diablo…

Cogí la carta. El papel ostentaba el membrete siguiente: «Regent Gate, 17», y estaba escrita con una letra muy bonita, que se leía fácilmente:

> Muy señor mío:
>
> Me he enterado de que estuvo usted en casa esta mañana con un inspector de Policía y lamento no haber podido hablar con usted. De serle posible, le agradecería infinito que me dedicase algunos minutos esta tarde.
>
> Suya sinceramente,
>
> Geraldine Marsh.

—¡Qué raro! —dije—. Me gustaría saber por qué quiere verte.

—¿Conque te parece raro que ella quiera verme? Eres muy poco amable, amigo mío.

Poirot tenía la mala costumbre de bromear en los momentos difíciles.

—Vamos a irnos enseguida, ¿sabes? —dijo mientras limpiaba cuidadosamente una imaginaria motita de polvo de su sombrero.

La encantadora sugerencia de Jane Wilkinson de que Geraldine había matado a su padre me parecía algo absurda. Sólo a una

cabeza sin seso podía ocurrírsele semejante cosa, y así se lo dije a Poirot.

—Seso, seso. ¿Qué es lo que realmente queremos decir con esta palabra? En nuestro idioma, por ejemplo, diríais que Jane Wilkinson tiene los sesos de un mosquito; vive y se multiplica, ¿no? Eso, en la Naturaleza, es un signo de superioridad mental. La adorable *lady* Edgware no sabe una palabra de geografía ni de historia. Ni conoce a los clásicos, *sans doute*. El nombre de Lao Tse le parecería el de un perro pequinés de precio, y el de Moliere, el de una *maison de couture*. Sin embargo, tratándose de escoger trajes o de realizar ventajosos casamientos y cuanto se refiera a sí misma, demuestra un talento formidable. A mí la opinión de un filósofo acerca de quién mató a lord Edgware no me serviría de nada, ya que muy pocos filósofos llegan a ser asesinos. Pero, en cambio, la encantadora opinión de *lady* Edgware me podría ser útil, puesto que estando tan a ras de tierra conoce indudablemente mejor al ser humano en su aspecto más despreciable.

—Tal vez haya algo de verdad en eso —dije yo.

—*Nous voici* —dijo Poirot—. Estoy deseando saber por qué quiere verme tan urgentemente *miss* Marsh.

—Es un deseo lógico —contesté—. Tú mismo, hace un cuarto de hora, lo dijiste. Es el natural deseo de ver a solas a un ser único.

—Acaso fuiste tú quien la flechó el otro día —replicó Poirot mientras tocaba el timbre.

Entonces recordé el rostro asustado de la joven cuando al salir de la habitación se detuvo en la puerta. Me parecía ver aún aquellos ardientes ojos en el blanco rostro. Aquella mirada me produjo una gran impresión.

Nos condujeron arriba y entramos en una pequeña sala Minutos más tarde, Geraldine se presentó.

La intensa emoción que me produjo la primera vez que la vi se acentuó en esta ocasión. Era alta, delgada, joven, de rostro pálido, con grandes ojos negros de altiva mirada.

—Ha sido usted muy amable, *monsieur* Poirot, al venir tan pronto —dijo—. Siento no haberle podido ver esta mañana.

—¿Estaba usted acostada?

—Sí; *miss* Carroll, ya saben ustedes, la secretaria de mi padre —recalcó—, ha sido muy buena conmigo.

Había una nota de aversión en el tono de la joven que me preocupó.

—¿Y qué es lo que puedo hacer por usted, señorita? —preguntó Poirot.

—El día antes de ser asesinado mi padre vino usted a verle —dijo Geraldine, tras dudar un momento.

—Sí, señorita.

—¿Por qué le hizo venir?

Poirot no respondió enseguida Durante unos instantes pareció reflexionar. Sin duda, aquella actitud fue una calculada habilidad suya para aguijonearla y hacerla hablar, pues había advertido en ella un temperamento impaciente.

—¿Temía algo mi padre? Dígamelo enseguida, quiero saberlo. ¿Qué temía? ¿Qué fue lo que le dijo? ¡Oh! ¿Por qué no habla usted, *monsieur* Poirot?

Pensé que su aparente sangre fría era estudiada; las palabras habían salido demasiado deprisa de sus labios.

Geraldine se inclinó hacia adelante con cierta ansiedad. Sus manos se estrujaban en el regazo.

—Cuanto hablamos lord Edgware y yo fue en tono confidencial, señorita —dijo Poirot lentamente, sin apartar sus ojos del rostro de la joven.

—Entonces es que trataba…, vamos…, quiero decir que debe estar relacionado con la familia. ¡Por favor, no me torture más! ¿Por qué no me lo dice? Es necesario que yo lo sepa. ¡Oh, sí, es necesario, se lo aseguro!

De nuevo Poirot movió lentamente la cabeza; parecía presa de gran perplejidad.

—*Monsieur* Poirot —dijo la muchacha, acercándose a él—, soy su hija, ¿comprende? Tengo derecho a saber lo que temía mi padre en el último día de su vida. No es justo dejarme en tinieblas.

—¿Siempre ha querido usted tanto a su padre? —preguntó Poirot gentilmente.

Ella se levantó como si la hubiesen pinchado.

—Le adoraba —murmuró—, le adoraba. Yo…, yo…

De pronto, el esfuerzo que hacía para dominarse desapareció. Lanzó una carcajada, y dejándose caer en la silla, rió largamente.

—¡Es tan cómico! —dijo con voz entrecortada—. ¡Es tan cómico

que usted me pregunte eso a mí!

La histérica risa no pasó inadvertida para los de la casa, pues se abrió la puerta y entró *miss* Carroll.

—¡Vamos, Geraldine, vamos! Cálmate, cálmate. ¡Vaya, basta ya! ¡Te lo mando! ¿Oyes? ¡Basta ya!

Las imperiosas palabras hicieron su efecto. La risita de Geraldine fue disminuyendo. Luego secóse los ojos y se levantó.

—Lo siento —dijo en voz baja—, nunca me había ocurrido esto. *Miss* Carroll la miraba ansiosamente.

—Ahora me encuentro muy bien, *miss* Carroll. Ha sido estúpido, lo comprendo.

Y sonrió, pero fue una sonrisa amarga la que curvó sus labios, quedando muy erguida en la silla, sin mirar a nadie.

—*Monsieur* Poirot —siguió después con una voz clara y fría— me ha preguntado si fui siempre muy amante de mi padre.

Miss Carroll, para llamar la atención sin duda, carraspeó. No sabía qué hacer. Geraldine continuó en voz alta e insolente:

—No sé qué será mejor, si mentir o decir la verdad, pero creo que es preferible en este caso la verdad —y afirmó con decisión—: No; yo no adoraba a mi padre; le odiaba.

—¡Geraldine, por Dios!

—¿Qué quiere? Usted no le odiaba porque no tenía ningún derecho sobre usted, era de las pocas personas a las que nada podía hacer. Era simplemente la empleada a quien pagaba un tanto al año. Sus cóleras y sus extravagancias no iban con usted, no tenía que sufrirlas. Sé lo que me dirá, que debía haberme impuesto. Pero usted piensa así porque es una mujer fuerte; además, podía salir de esta casa cuando quisiera. Yo, no; yo le pertenecía.

—Realmente, Geraldine, no creo que sea necesario explicar todo eso ahora. Entre padres e hijos suele haber desavenencias, pero la muerte debe hacernos perdonar.

Geraldine le volvió la espalda y se dirigió a Poirot:

—*Monsieur* Poirot, yo odiaba a mi padre, y me alegro de que haya muerto porque su muerte significa para mí la libertad… No tengo la menor prisa por encontrar a su asesino. Por lo que sabemos, la persona que lo mató debía de tener poderosas razones que justifiquen su terrible acción.

Poirot la miró pensativo.

—La posición que adopta usted es muy peligrosa.

—Que ahorquen a alguien, ¿devolverá la vida a mi padre?

—No —dijo Poirot con sequedad—. Pero puede salvar la de un inocente.

—No le entiendo.

—El que mata una vez, señorita, vuelve a matar de nuevo, y en ocasiones mata varias veces más.

—No lo creo. No se trataría de una persona normal.

—¿Quiere usted decir que sería un monomaníaco del crimen? Pues sí, señorita, así es. Una vida puede trastornarse…, acaso después de una terrible lucha con la conciencia. Entonces el peligro es inminente, pues el segundo asesinato resulta ya realmente fácil. A la más ligera amenaza o sospecha de ser delatado, sigue el tercer asesinato, y poco a poco surge una especie de orgullo artístico y es un *métier* asesinar. Es decir, se acaba haciéndolo por placer.

La muchacha ocultó la cara entre las manos.

—¡Es horrible, horrible! ¡Eso no es cierto!

—Supongamos ahora que le digo a usted que eso ha ocurrido ya, que el asesino para salvarse ha matado ya por segunda vez.

—¡Qué dice usted, *monsieur* Poirot! —exclamó *miss* Carroll—. ¿Otro asesinato? ¿Dónde? ¿Quién es la víctima?

Poirot movió la cabeza.

—Perdóneme, es sólo un ejemplo.

—Menos mal; por un momento creí que realmente… —y *miss* Carroll añadió, dirigiéndose a Geraldine—: Ahora, si has terminado de decir disparates…

—Veo que está de mi parte —dijo Poirot con una ligera inclinación.

—No creo en el castigo del cielo —dijo *miss* Carroll vivamente —; pero, por lo demás, estoy completamente con usted. La sociedad debe ser protegida.

Geraldine se levantó y se alisó el cabello.

—Lo siento —dijo—; temo haberme conducido como una loca. ¿Sigue usted negándose a decirme por qué le llamó mi padre?

—¿Que le llamó? —dijo *miss* Carroll con gran asombro.

—Se equivoca usted, *miss* Marsh. Yo no me he negado a decírselo —Poirot se vio forzado a hablar claro—. Lo único que le he dicho es que lo que se habló durante esa entrevista debía

considerarse como confidencial. Su padre no me llamó, fui yo quien le pedí una entrevista por cuenta de un cliente mío, *lady* Edgware.

—¡Ah! Ya comprendo —una extraña expresión apareció en el rostro de la muchacha. Al principio creí que era de desilusión, aunque luego comprendí que era de intranquilidad—. He sido una loca —dijo lentamente— al pensar que mi padre se creía amenazado por algún peligro; una verdadera estúpida.

Miss Carroll intervino:

—¿Sabe usted, *monsieur* Poirot, que me ha dado un susto horrible hace un momento al dejar entrever que esa mujer había cometido un segundo crimen?

Poirot no le contestó y habló a la muchacha:

—¿Cree usted que *lady* Edgware es la autora de ese crimen, señorita?

Ella movió la cabeza.

—No, no lo creo; no me es posible imaginármela cometiendo un hecho así. Es una mujer muy…, muy… artificiosa.

—Pues no comprendo quién más puede ser —dijo *miss* Carroll.

—Puede no haber sido ella —arguyó Geraldine—, y, sin embargo, haber venido aquí, marchándose después de una corta entrevista. El verdadero asesino puede haber sido algún lunático que entraría más tarde.

—Todos los asesinos tienen una deficiente mentalidad…, de esto estoy segura —dijo *miss* Carroll—. Las glándulas de secreción interna…

En aquel momento se abrió una puerta y entró un hombre, que se detuvo, molesto.

—Perdón —dijo—; no sabía que hubiese nadie aquí. Geraldine hizo automáticamente la presentación.

—Mi primo, lord Edgware. *Monsieur* Poirot. No nos has interrumpido, Ronald.

—¿De veras, Dina? —Y añadió—: ¿Cómo está usted, *monsieur* Poirot? Trabajando para aclarar el misterio de nuestra familia, ¿no es eso?

Traté de recordar. ¿Dónde había visto aquella cara redonda y apacible, aquellos ojos con pequeñas bolsas bajo ellos y el bigotito como una isla en medio de la extensión de la cara?

¡Ah, sí! Era el acompañante de Charlotte Adams la noche de la

cena en el cuarto de Jane Wilkinson. El capitán Ronald Marsh; ahora, lord Edgware.

CAPÍTULO TRECE

EL SOBRINO

La aguda mirada del nuevo lord Edgware advirtió mi ligero sobresalto.

—¡Ah! —dijo amablemente—. Usted también estaba en aquella cena de tía Jane. Yo allí no fui más que una sombra y por eso creí haber pasado inadvertido.

Poirot se despidió de Geraldine Marsh y de *miss* Carroll.

—Les acompañaré hasta abajo —dijo Ronald amablemente—. Qué cosa más rara es la vida. Un día me echan a patadas, y al siguiente soy dueño del castillo… Mi no llorado tío me echó a puntapiés, como sabrán ustedes, hace tres años. Le supongo ya enterado de todo esto, *monsieur* Poirot.

—He oído hablar de ello —replicó tranquilamente mi amigo.

—Claro, una cosa así tiene que conocerse. El celoso sabueso no puede ignorarla —hizo una mueca. Luego abrió la puerta del comedor—. ¿Quieren beber algo antes de marcharse? —invitó, cortés.

Poirot rehusó y yo también; pero él se preparó una mezcla y siguió hablando:

—¡Por la asesina! —dijo alegremente—. En el corto espacio de una sola noche me ha convertido, de la desesperación de los acreedores, en la esperanza de los mercaderes. Ayer la ruina me pisaba los talones; hoy el mundo es mío. ¡Dios te bendiga, tía Jane! —vació el vaso. Luego, con un súbito cambio de maneras, habló a Poirot—: Ahora, seriamente, *monsieur* Poirot. ¿Qué hace usted aquí? Hace cuatro días que tía Jane decía dramáticamente: «¿Quién quiere librarme de ese maldito tirano?», y he aquí que ya lo está.

Supongo que no habrá sido por mediación de usted. «El crimen perfecto», por Hércules Poirot, sabueso de la Policía.

—Estoy aquí esta tarde por indicación de Geraldine Marsh.

—Una discreta contestación, ¿verdad, *monsieur* Poirot? ¿Qué hace usted aquí realmente? Por una causa u otra, a usted le interesa la muerte de mi tío.

—Siempre me interesan los asesinatos.

—Pero usted no lo cometió. Es usted muy prudente. Debió aprender la cautela de mi tía. Cautela y algo de disimulo. Dispénseme que le llame tía Jane. Me divierte. ¿Vio usted la cara que puso la otra noche cuando la llamé así? No tenía la menor idea de quién era yo.

—*En verité?*

—Sí; me echaron de aquí tres meses antes que ella viniese —la fausta expresión de su rostro desapareció por un momento. Luego siguió alegremente—. Una mujer muy hermosa, pero nada perspicaz; el método que utilizó fue algo imperfecto, ¿no le parece?

Poirot se encogió de hombros y dijo:

—Es posible.

Ronald le miró curiosamente.

—Me parece que usted no cree en su culpabilidad. ¿Es que le ha flechado a usted también?

—Siento gran admiración por la belleza —dijo Poirot suavemente—. Pero también por la verdad —pronunció la última palabra muy lentamente, silabeando.

—¿Verdad?

—Tal vez no sepa usted, lord Edgware, que *lady* Edgware estaba en una fiesta, en Chiswick, durante el tiempo que dicen haberla visto aquí.

Ronald se mostró asombrado.

—Entonces, ¿fue a la fiesta, a pesar de todo? ¡Qué mujer! A las seis de la tarde aseguraba que nada del mundo la haría ir, y diez minutos después había ya cambiado de parecer. Está visto que cuando se planea un crimen, nunca puede uno confiar en que una mujer hará lo que dice. Por eso los crímenes mejor planeados fracasan. No, *monsieur* Poirot, no me estoy inculpando yo mismo. ¡Oh!, sí, no crea que no puedo leer lo que pasa por su cerebro. ¿Quién es, lógicamente, el más sospechoso? El muy conocido y

pateado sobrino —se recostó en la silla, riendo entre dientes—. Le ahorraré un poco de materia gris, *monsieur* Poirot. No necesita usted buscar alguien que me viese con tía Jane cuando ella dijo que nunca, nunca, nunca saldría aquella noche, etcétera. Yo estaba allí. También se pregunta usted si en realidad el sobrino pateado vino aquí la última noche, disfrazado con un elegante traje de mujer y un sombrero de última moda.

Parecía divertirle la situación y nos miraba sonriente a los dos. Poirot, con la cabeza algo inclinada, le observaba atentamente. Yo me sentía molesto.

—Tengo un motivo —siguió lord Edgware—. ¡Ah, sí!, un gran motivo. Y voy a regalarle a usted una valiosa y magnífica información. Ayer por la mañana le pedí a mi tío que quería verle. ¿Para qué? Pues para pedirle dinero. Y salí sin que me diera nada, y aquella misma noche muere lord Edgware. Hermosa frase: «Lord Edgware muere». Estaría la mar de bien como título de un libro.

Se detuvo. Poirot siguió sin decir nada.

—Estoy muy orgulloso con la atención con que me escucha usted, *monsieur* Poirot. El capitán Hastings me mira como si viera, o fuese a ver, un fantasma. Bien; ¿dónde estábamos? ¡Ah!, sí, hablábamos del sobrino pateado. Este sobrino, que durante algún tiempo fue aclamado por sus caracterizaciones femeninas, hace un supremo esfuerzo teatral, y con una vocecita de mujer se anuncia como *lady* Edgware, y pasa ante el mayordomo con menudos pasos. No inspira la menor sospecha. ¡Jane!, grita mi tío. ¡George!, contesto yo. Rodeo con mis brazos su cuello y le clavo mi cortaplumas en el cogote. Los demás detalles son de índole médica y no hay necesidad de explicarlos. La falsa mujer sale de la casa y… a la cama, después de un día bien aprovechado.

Se echó a reír y se preparó otro *whisky* con seltz.

—Bien trabajado, ¿verdad? Pero ahora viene lo principal. ¡El desengaño!, pues llegamos a la coartada, *monsieur* Poirot.

Acabó de vaciar el vaso.

—He encontrado a veces coartadas muy graciosas —continuó el joven—. Siempre que leo novelas detectivescas me fijo en las coartadas. La mía es de las excelentes. Tres excelencias, judías y todo. Hablando más claro: *mister*, *mistress* y *miss* Dortheimer. Son gente muy rica. Tienen un palco en Covent Garden. A ese palco

invitan a jóvenes con esperanzas, y yo, *monsieur* Poirot, soy un joven con esperanzas. ¿Que si me gusta la ópera? Francamente, no. Pero me encantaba la excelente cena en Grosvenor Street, que suele precederla, y también me gusta un excelente piscolabis en cualquier lugar, a la salida, aunque tenga que bailar con Raquel Dortheimer y tenga un brazo deshecho durante dos días. Así, *monsieur* Poirot, mientras la vida de mi tío volaba a la eternidad, yo estaba diciéndole tonterías a la oreja incrustada de diamantes de la elegante (que Dios me perdone la mentira) Raquel, en un palco de Covent Garden. Su larga nariz judía temblaba de emoción. Ahora vea usted, *monsieur* Poirot, por qué he sido tan franco.

Se recostó en la silla.

—Espero que no le habré aburrido. ¿Tiene usted que hacerme alguna pregunta?

—Le aseguro que no me ha aburrido usted —dijo Poirot—. Sin embargo, ya que es usted tan amable, quisiera hacerle una pregunta.

—Encantado.

—¿Cuánto tiempo hace, lord Edgware, que conoce usted a Charlotte Adams?

Esta pregunta era, sin duda, la que menos, esperaba el joven. Se levantó rápidamente y preguntó:

—¿Para qué quiere usted saber eso? ¿Qué tiene que ver con lo que hemos hablado?

—Una curiosidad como otra cualquiera. En cuanto a lo demás, se ha explicado usted tan bien, que no veo la necesidad de preguntarle nada.

Ronald le dirigió una rápida mirada. Estaba como si no pudiese creer en la amable conformidad de Poirot. Creo que habría preferido que éste fuese más suspicaz.

—¿Charlotte Adams? A ver… Déjeme pensar. Un año o poco más; la conocí el año pasado, cuando vino aquí por primera vez.

—¿La conocía usted bien?

—No es de la clase de muchachas que llegan a conocerse perfectamente, es demasiado reservada.

—¿Le gustaba a usted? Ronald le miró.

—Me gustaría saber por qué está usted tan interesado por esa señorita. ¿Es acaso porque estaba con ella la otra noche? Pues, sí,

me gusta mucho. Es muy simpática.

Poirot movió afirmativamente la cabeza.

—Lo comprendo. Entonces estará usted desolado.

—¿Desolado? ¿Por qué?

—Porque ha muerto.

—¡Qué! —Ronald se puso en pie de un salto—. ¿Que Charlotte ha muerto? —Estaba completamente anonadado por la noticia—. Se está usted burlando de mí, *monsieur* Poirot. Charlotte estaba perfectamente bien la última vez que la vi.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Poirot rápidamente.

—Creo que fue anteayer. No puedo recordarlo bien.

—*Tout de même*, ha muerto.

—Ha tenido que ser terriblemente rápido. ¿Cómo ha sido? ¿Un accidente callejero? Poirot miró al techo.

—No; tomó una dosis excesiva de veronal.

—¡Oh! ¡Pobre muchacha! ¡Qué cosa tan horrible!

—*N'est ce pas?*

—Lo siento mucho. ¡Tan bien como le iban los asuntos! Iba a hacer venir a su hermanita y tenía un sinfín de planes. ¡Qué pena! Lo siento mucho más de lo que puedo decir.

—Sí —dijo Poirot—; es terrible morir cuando se es joven, cuando menos se espera, cuando la vida se abre prometedora ante uno y se tiene todo lo necesario para vivir.

Ronald le miró con curiosidad.

—No le comprendo a usted, *monsieur* Poirot.

—¿No? —Poirot se puso en pie y levantó la mano—. Expreso mis sentimientos un poco vehementemente quizá y es que no me gusta ver que a la juventud se la prive de su derecho a vivir, lord Edgware. Bueno; buenos días.

—A… adiós.

Cuando abrí la puerta, estuve a punto de chocar con *miss* Carroll.

—¡Ah! *Monsieur* Poirot, me han dicho que no se había marchado aún, y quisiera hablar con usted un momento. Si quiere usted subir a mi habitación… Se trata de esa muchacha, de Geraldine —dijo cuando entramos en su cuarto y hubo cerrado la puerta.

—¡Ah! ¿Sí?

—Ha dicho una sarta de tonterías esta tarde. No, no proteste,

son tonterías; así califico yo sus palabras, puesto que, en realidad, no son otra cosa; es una chiquilla.

—Me ha hecho el efecto de que ha sufrido mucho —dijo Poirot amablemente.

—Sí, la verdad sea dicha; no ha tenido una vida muy feliz. Nadie dice que la haya tenido. Francamente, *monsieur* Poirot, lord Edgware era un tipo muy particular; no era el hombre a propósito para cuidarse de la educación de una niña, pues lo cierto es que aterrorizaba a Geraldine.

—Sí; ya me imaginaba algo por el estilo —asintió Poirot.

—Era muy extravagante. No sé qué placer sentía, pero gozaba viendo a cualquiera aterrorizado ante él. Parece como si, en realidad, encontrase en ello un placer morboso.

—Comprendo.

—Era un hombre cultísimo, muy inteligente; pero algunas veces…, bueno, no soy yo quién para meterme en eso. No me extraña que su mujer le abandonase, me refiero a la primera. Respecto a la segunda, no tengo ninguna opinión. Pero al casarse con lord Edgware tuvo todo cuando deseó y mucho más. El caso es que le dejó, y sin ningún hueso roto, como ella dice, pero Geraldine no le podía abandonar. Durante mucho tiempo no se acordó de ella; mas, de pronto, le recordó. A veces he pensado, aunque quizá no debiera decirlo…

—Sí, señorita; dígalo usted.

—Pues a veces he pensado que quería vengarse en ella de la madre, de su primera mujer. Era una criatura muy buena; muchas veces he lamentado cuanto le ocurrió. No habría hablado de todo esto, *monsieur* Poirot, si no hubiese sido por esa loca ocurrencia de Geraldine, hace un momento. Las cosas que ha dicho sobre el odio de su padre habrían parecido muy extrañas a quien no hubiese estado enterado de ello.

—Muchas gracias, señorita. Me parece que lord Edgware era un hombre que hubiera hecho mucho mejor no casándose.

—¡Ya lo creo!

—¿No pensó nunca en casarse por tercera vez?

—¿Cómo, si vivía su mujer?

—Muy sencillo, dándole la libertad quedaba libre él también.

—Me parece que ya tuvo bastantes tribulaciones con dos

mujeres —dijo *miss* Carroll ásperamente.

—Entonces, ¿usted cree que no se trataba en absoluto de un tercer casamiento? Reflexione usted bien, señorita. *Miss* Carroll se puso pálida.

—No comprendo qué se propone machacando sobre eso. Desde luego, que no se trataba de tal cosa.

CAPÍTULO CATORCE

CINCO PREGUNTAS

—¿Por qué le has preguntado a *miss* Carroll si creía que lord Edgware había pensado en casarse otra vez? —pregunté con curiosidad mientras nos dirigíamos a casa.

—Se me ocurrió que eso podría ser una explicación de algo, *mon ami*.

—¿Por qué?

—He tratado de explicarme la súbita *volte-face* de lord Edgware respecto a su divorcio. Hay algo raro en ese repentino cambio de idea.

—Sí —dije pensativamente—; es muy raro.

—Lord Edgware, Hastings, confirmó lo que nos dijo su mujer, o sea, que ella se valió de toda clase de abogados para conseguir el divorcio, pero él siempre se negó a retroceder un solo milímetro. No, no quería divorciarse. Y de pronto accede de buen grado.

—O lo dice —le recordé.

—Es verdad, Hastings. Tienes razón. Lo dijo. No tenemos ninguna prueba de que él escribiera aquella carta. *Eh bien*, por una u otra causa quiso engañarnos. ¿No es eso? ¿Por qué? No lo sabemos. Pero suponiendo que hubiese escrito esa carta, tuvo que existir algún motivo para que lo hiciera. Ahora bien: lo más lógico es que, de pronto, encontrase a alguien con quien quisiera casarse. Eso explicaría perfectamente su cambio de parecer. Por tanto, es muy natural que yo procure averiguarlo.

—*Miss* Carroll rechazó la idea decididamente —dije yo.

—Sí, *miss* Carroll… —dijo Poirot con voz meditabunda.

—¿Qué piensas? —le pregunté, exasperado. A Poirot le gustaba

intrigarle a uno con el tono de su voz—. ¿Qué razón podía tener para mentir? —pregunté.

—*Aucune, aucune*. Sin embargo, Hastings, no debemos confiar demasiado en su declaración.

—¿Crees que miente? ¿Por qué? Parece una mujer muy sincera.

—Ese efecto produce. Pero a veces es muy difícil distinguir la mentira deliberada y la inexactitud involuntaria.

—¿Qué quieres decir?

—Engañar deliberadamente es una cosa, pero creer estar seguro de lo que uno ha visto es una característica de infinidad de gentes honradas. Ahora supongamos que la secretaria ha mentido al declarar que vio el rostro de la Wilkinson, siendo así que, en realidad, es imposible que lo viera. Bueno; veamos cómo ha podido ocurrir eso. Fíjate bien. Ella mira hacia abajo; por el porte y la figura cree ver a Jane Wilkinson en el vestíbulo. Para ella es Jane Wilkinson, está segura de que lo es. Dice que vio claramente su rostro porque, estando tan segura de sí misma, el detalle de haber visto o no su cara nada significa, puesto que ha visto la figura. Tan autosugestionada está, que hasta ha visto su rostro sin verlo. Por eso no vacila en afirmar que lo vio. ¿No es eso? En realidad, ¿qué importa que le viese o no la cara? Por todos los detalles, era Jane Wilkinson, sin la menor duda No puede engañarse, porque la conoce perfectamente. Por eso contesta a las preguntas con la seguridad de ese conocimiento suyo, no a consecuencia de los hechos que recuerda. Los testigos que mayor seguridad demuestran deben ser tratados a veces con recelo, amigo mío. El testigo vacilante, que reflexiona un minuto… para decir «¡Ah, sí!, es así como sucedió», ha de inspirar mayor confianza y seguridad.

—Amigo Poirot, trastornas todas las ideas que tengo de los testigos.

—Y en cuanto a mi pregunta de si lord Edgware pensaba casarse de nuevo, ella la encuentra ridícula porque no se le ha ocurrido siquiera semejante cosa. No se quiere tomar el trabajo de recordar si por algún detalle pudo existir ese propósito. Sea como fuere, el caso es que estamos igual que antes.

—No pareció muy desconcertada cuando le demostraste que no había podido ver el rostro de Jane Wilkinson —dije pensativamente.

—No; eso fue lo que me convenció de que era una de esas personas inconscientemente falsarias, mas una deliberada embustera. En realidad, no veo motivo para una mentira deliberada, a no ser que… ¡Ah, caramba, qué idea!

—¿De qué se trata? —pregunté con ansiedad. Pero Poirot movió la cabeza.

—Nada; una idea que se me ha ocurrido. Pero es imposible; sí, es imposible —y luego se negó a decir más.

—Parece que la secretaria quiere mucho a la joven —dije yo.

—Sí; seguramente estaba decidida a asistir a nuestra entrevista. Hastings, ¿qué impresión te ha producido la honorable Geraldine Marsh?

—Me ha dado muchísima lástima.

—Tienes un corazón muy sensible, Hastings. Una belleza angustiada te trastorna siempre.

—¿No te ha ocurrido a ti lo mismo? Afirmó gravemente:

—Sí…; no ha tenido una vida muy fácil. Eso lo lleva escrito claramente en su rostro.

—De todos modos —dije con calor—, ¿te das cuenta de lo absurda que resulta la ocurrencia de Jane Wilkinson de que esa muchacha tendría algo que ver con el crimen?

—Indudablemente, su coartada debe de ser satisfactoria, aunque Japp no me la ha explicado aún.

—¡Por Dios, Poirot! ¿Me vas a decir acaso que después de verla y oírla no estás convencido y que todavía deseas una coartada?

—*Eh bien*, amigo mío. ¿Cuál es el resultado de verla y hablarle? Nos encontramos con que ha sufrido mucho, con que asegura que odiaba a su padre y que se alegra de su muerte, mostrándose sumamente inquieta respecto a lo que él pudo haberme dicho ayer por la mañana. Y a pesar de todo eso, me sales diciendo que no hay necesidad de una coartada.

—Su misma franqueza demuestra su inocencia —dije calurosamente.

—La franqueza es, por lo mismo, una de las características de esa familia. El nuevo lord Edgware también ha puesto tranquilamente sus cartas sobre el tapete.

—Sí, es verdad —dije sonriendo ante aquel recuerdo—; es un método original.

Poirot asintió, diciendo:

—Con el cual cree él desconcertarnos.

—¡Ya lo creo!, y nos ha vuelto locos.

—¡Qué ocurrencia! Te habrá vuelto loco a ti, pero a mí no me ha hecho ningún efecto. Al contrario, he sido yo quien le he desconcertado a él.

—¿Tú? —dije incrédulamente, no recordando haber advertido el menor indicio de tal cosa.

—Sí, sí, yo le escuché pacientemente, y al fin hice una pregunta, para él inesperada, que, como ya lo debiste notar, desconcertó mucho a nuestro caballero. Por lo visto, ya no te fijas en nada, Hastings.

—Yo creí que el asombro y el horror que demostró al oír que Charlotte Adams había muerto eran reales. Supongo que tú quieres decir que fue una hábil maniobra suya.

—Eso no se puede afirmar. Convengo en que parecía verdadero.

—¿Por qué motivos crees tú, pues, que nos metió en la cabeza todas esas cosas? ¿Lo hizo sólo por divertirse?

—Es posible. Vosotros, los ingleses, tenéis una idea muy rara del humor. Pero puede también haber sido habilidad o diplomacia. Los hechos que se ocultan adquieren un gran valor; en cambio, a los que se explican claramente se les concede menos importancia de la que tienen en realidad.

—La riña con su tío aquella misma mañana, por ejemplo, ¿verdad?

—Eso es. Él sabe que ese hecho está a punto de saberse. *Eh bien*, lo cuenta sencillamente.

—No es tan loco como parece.

—No tiene nada de loco. Usa bien las células grises cuando tiene que hacerlo. Sabe perfectamente los pasos que debe dar y cuándo debe enseñar sus cartas, como te he dicho antes. Tú sabes jugar al *bridge*, ¿verdad, Hastings? Dime; ¿cuándo debe uno hacer eso?

—Tú también juegas al *bridge* y sabes muy bien que se hace cuando se tienen todos los triunfos y no se quiere perder tiempo, con el fin de jugar una nueva partida.

—Sí, *mon ami*, eso es verdad; pero a veces hay otra razón, lo he advertido en una o dos ocasiones, jugando con *dames*. A lo mejor se presenta una pequeña duda. *Eh bien*, la *dame* tira los naipes sobre el

tapete diciendo resueltamente: «Ahora todo lo demás es mío», y recoge las cartas y las baraja. Seguramente, los demás jugadores se conforman… particularmente si no tienen mucha experiencia. Cuando se ha empezado ya la otra partida, alguno de los jugadores piensa: «Me parece que con su juego no podía ganarme a mí. Sí, sí, no hay duda; mis triunfos mataban a todos los suyos».

—Entonces, ¿tú qué crees?

—Pienso, Hastings, que tanta baladronada es muy interesante. Y pienso, además —añadió festivo—, que ya es hora de que cenemos. *Une petite omelette, n'est ce pas?* Después de cenar, allá a las nueve, quisiera hacer otra visita.

—¿A quién?

—Cenemos antes, Hastings, y hasta que no hayamos tomado el café, no nos ocupemos más de este asunto. Cuando se empieza a comer, la cabeza debe someterse al estómago.

Poirot cumplió su palabra. Fuimos a un restaurante del Soho, donde Poirot era muy conocido; comimos una deliciosa tortilla, un lenguado, una gallina y un budín al ron, que le gustaba mucho a Poirot.

Mientras tomábamos el café, Poirot me sonrió amablemente desde el otro lado de la mesa.

—Amigo mío —dijo—, confío en ti mucho más de lo que te figuras. Quedé confundido y halagado con aquellas inesperadas palabras.

Jamás me había dicho una cosa así. Siempre pareció que despreciaba mis propias ideas.

Aunque no creyese precisamente que flaqueaba su cerebro, de pronto comprendí que acaso confiaba demasiado en mi ayuda. Él siguió vagamente:

—Sí, puede ser que tú no te hayas dado cuenta, pero infinidad de veces me has indicado el camino que debía seguir.

—¿De veras, Poirot? —tartamudeé—. ¡Qué alegría! Pero si sé algo lo habré aprendido de verte trabajar a ti una y otra vez… Él movió la cabeza.

—*Mais non, ce n'est pas ça*. Tú no has aprendido nada de mí.

—¡Oh! —dije desconcertado.

—Y así debe ser. Ningún hombre debe imitar a otro. Cada uno debe desarrollar su propia inteligencia hasta el grado máximo, sin

tratar de imitar la de nadie. Yo no quiero que seas un segundo Poirot, inferior a él. Mi deseo es que llegues a ser el supremo Hastings. No me has entendido; lo que pasa, amigo mío, es que en ti encuentro el cerebro normal por excelencia.

—Desde luego, no creo que sea anormal.

—¡Qué has de serlo! Estás perfecta, admirablemente equilibrado. ¿Te das cuenta de lo que esto significa para mí? Cuando el criminal acaba de cometer un delito, su primera preocupación es la de engañar. ¿A quién? Naturalmente, a las personas normales. Tanto en los momentos de lucidez como, te ruego que me perdones, en los de mayor torpeza, siempre eres maravillosamente normal, *Eh bien*, ahora me preguntarás que cómo aprovecho yo tu normalidad. Pues, sencillamente, viendo reflejado en tu pensamiento lo que el criminal desea hacer creer a los seres normales. Como verás, me eres de gran ayuda.

No entendía casi nada de lo que me estaba diciendo, y todo ello me parecía muy poco halagador para mí.

—Me he expresado mal —añadió rápidamente—. Para ciertas cosas, tú tienes una perspicacia de la que yo carezco. Tú siempre me indicas lo que el criminal intenta hacer creer a la Justicia. Y como te he dicho antes, eso es una gran ayuda para mí.

Le observé. Fumaba un cigarrillo y me miraba con gran benevolencia.

—*Ce cheri* Hastings —murmuró—. No sé por qué siento tanto afecto por ti.

Yo estaba contento, pero algo avergonzado, y deseaba cambiar de conversación.

—Bueno —dije—, vamos a discutir el asunto.

—*Eh bien* —echó atrás la cabeza y cerró los ojos. Lanzó lentamente una bocanada de humo—. *Je me pose des questions*.

—¿Sí? —dije ávidamente—. ¡Qué casualidad!

—¿Tú también?

—Claro —respondí. Y echando hacia atrás la cabeza y cerrando los ojos, dije—: ¿Quién mató a lord Edgware?

Poirot se enderezó y movió enérgicamente la cabeza.

—No, no. Nada de eso. ¿Qué interés puede tener esa pregunta? Eres como el lector de novelas detectivescas, que se pasa el tiempo sospechando de cada uno de los personajes que aparecen en ella sin

más razón que la de despistarle. Una vez, lo confieso, también lo hice yo. Pero fue un caso excepcional. Cualquier día de estos te lo contaré —hizo una pequeña pausa y añadió—: ¿De qué hablábamos?

—De las preguntas que te hacías —repliqué secamente. Estuve a punto de decirle que mi verdadera misión era procurarle un compañero ante el cual pudiera dárselas de listo. Sin embargo, me contuve. Ya que quería aleccionarme, lo mejor era dejarle hablar—. Vamos, empieza —dije.

Era lo que esperaba la vanidad de mi hombre. Se echó otra vez hacia atrás y empezó:

—La primera pregunta nos la hemos repetido ya muchas veces: ¿Por qué lord Edgware cambió de manera de pensar respecto al divorcio? Ese hecho sugiere dos ideas, una de las cuales ya la conoces tú. La segunda es ésta: ¿Qué ha ocurrido con esa carta? ¿A quién le interesa que lord Edgware y su mujer continúen unidos? Tercera pregunta: ¿Qué significa el cambio de expresión de su rostro, que advertiste al volverte para cerrar la puerta de la biblioteca ayer por la tarde? ¿Puedes contestarme tú a esto, Hastings?

Denegué con la cabeza y dije:

—No lo entiendo.

—¿Estás seguro de que no te lo imaginaste? A veces, amigo mío, tienes la imaginación un *peu vive*.

—No, no —moví la cabeza vigorosamente—; estoy seguro, no me equivoco.

—Bien, es otra cosa por explicar. La cuarta pregunta se refiere a las gafas. Si ni Jane Wilkinson ni Charlotte Adams las usaban, ¿qué hacían aquellas gafas en el monedero de Charlotte? Y va la quinta pregunta. ¿Quién y por qué telefoneó a la Chiswick para saber si Jane Wilkinson estaba o no allí? Estas cinco preguntas, Hastings, son mi tormento. Si pudiese responder a ellas, me encontraría mucho mejor. Si, al menos, se me ocurriese alguna hipótesis que me las explicase satisfactoriamente, *mon amour propre* no sufriría tanto.

Yo dije:

—Pues quedan todavía en pie algunos interrogantes más.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, ¿quién propuso a Charlotte Adams aquella

farsa? ¿Dónde estuvo ella la noche del crimen, antes y después de las diez? ¿Quién es ese D. que le regaló la cajita de oro?

—Eso está clarísimo —dijo Poirot—. No hay el menor enigma en tales preguntas. Son sencillamente cosas que ignoramos, pero que podemos conocer en cualquier momento. En cambio, las que yo he formulado, amigo mío, son de orden psicológico, de las que hacen trabajar las células grises.

—¡Poirot! —exclamé desesperado—. Te ruego que no sigas. Presiento que no podría soportarlas nuevamente. ¿No hablaste antes que teníamos que hacer cierta visita?

Poirot miró su reloj.

—Es verdad —dijo—; voy a telefonear y resolveré lo que sea conveniente.

Se marchó y volvió a los pocos momentos, diciendo:

—Vámonos. Todo va bien.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—A casa de *sir* Montagu Corner, en Chiswick. Quiero saber algo más acerca de esa llamada telefónica.

CAPÍTULO QUINCE

SIR MONTAGU CORNER

Eran cerca de las diez cuando llegamos a la magnífica mansión de *sir* Montagu Corner, en Chiswick. Nos introdujeron en un vestíbulo de bellísimo artesonado. A la derecha vimos el comedor, cuya brillante mesa estaba alumbrada con candelabros.

—¿Tienen ustedes la bondad de seguirme?

El criado nos hizo subir una magnífica escalera y nos guió hasta una amplia habitación del primer piso.

—*Monsieur* Hércules Poirot —anunció.

Nos encontrábamos en una vasta y hermosa habitación. Las lámparas, cuidadosamente veladas, le daban un aspecto de acogedora antigüedad. En un ángulo, y cerca de una de las abiertas ventanas, había una mesa de *bridge*, alrededor de la cual estaban sentadas cuatro personas. Al entrar nosotros, una de ellas se levantó y vino a nuestro encuentro. Era *sir* Montagu Corner.

—Me alegro mucho de conocerle personalmente, *monsieur* Poirot.

Yo miré con interés al aristócrata. Tenía aspecto de verdadero judío, con sus ojos menudos e inteligentes y su tupé cuidadosamente arreglado. Era de estatura mediana (mediría metro sesenta y cinco, aproximadamente) y de afectuosos modales.

—Les presento a *mister* y a *mistress* Widburn…

—Ya nos conocemos —dijo orgullosamente *mistress* Widburn.

—… y a *mister* Ross —siguió haciendo presentaciones *sir* Montagu. El llamado Ross era un joven de unos veintidós años, de rostro simpático y rubios cabellos.

—Les pido mil perdones por haber interrumpido su juego —dijo

Poirot.

—De ninguna manera. No habíamos hecho más que preparar las cartas.

—Tomará usted un poco de café, ¿verdad, *monsieur* Poirot?

Poirot se excusó, pero aceptó un coñac añejo, que nos fue servido en unas altísimas copas.

Cuando las hubimos vaciado, *sir* Montagu Corner empezó a hablar de distintas cosas, de pintura japonesa, de lacas chinas, de tapices persas, de los pintores impresionistas franceses, de música moderna y de las teorías de Einstein.

Cuándo terminó su peroración, se recostó en la butaca y paseó sobre el auditorio su bonachona mirada. Se le veía encantado de su gran talento. En la tenue luz parecía como una especie de genio medieval. A su alrededor veíanse por todas partes exquisitos detalles de arte y cultura.

—Ahora, *sir* Montagu —dijo Poirot—, si no fuera abusar de su bondad, quisiera que habláramos del asunto que ha motivado mi visita.

Sir Montagu movió la mano, diciendo:

—Pero eso no corre prisa. Además, hay tiempo de sobra para ello.

—Siempre hay tiempo para todo en esta casa —suspiró *mistress* Widburn—. ¡Se encuentra uno tan bien en ella!

—Yo —dijo *sir* Montagu— no viviría en Londres ni por un millón de libras. Tengo en esta casa una sensación de agradable apartamiento, de paz. ¡Ay!, de esa paz que hemos alejado de nosotros en estos tristes días de grosero materialismo.

Un impío pensamiento cruzó por mi mente. Me hizo el efecto de que si alguien se llegaba a *sir* Montagu y le ofrecía un millón de libras, aquel bendito apartamiento y aquella deliciosa paz se irían al diablo. Pero enseguida alejé de mí aquellas heréticas ideas.

—Después de todo, ¿qué es el dinero? —murmuró *mistress* Widburn.

—¡Ah! —murmuró pensativamente su marido, haciendo sonar distraídamente algunas monedas en su bolsillo.

—¡Archie! —dijo ceñudamente la señora.

—Perdonen ustedes —dijo el increpado Archie, y guardó silencio.

—Realmente —dijo Poirot—, hablar de un crimen en esta atmósfera de arte sería una falta imperdonable.

—Eso, no —aseguró *sir* Montagu, haciendo un gracioso movimiento con su mano—. Un crimen puede ser muy bien una obra de arte, y, desde luego, el detective, un artista. No hablo, claro está, de la Policía. Precisamente, hoy ha estado a visitarme un inspector, un tipo la mar de curioso. Figúrese que nunca había oído hablar de Benvenuto Cellini.

—Supongo que habrá venido para hablar de Jane Wilkinson, ¿verdad? —preguntó curiosamente *mistress* Widburn.

—Ha sido una verdadera suerte para esa señora haber estado anoche aquí —dijo Poirot.

—Así parece —asintió *sir* Montagu—. Estuve hablando con ella, y además de hermosa, es inteligente. Haré por ella cuanto pueda; aunque estaba dispuesta a ser su propia empresaria, parece que al fin seré yo quien se preocupe de su carrera.

—La verdad es que esa mujer tiene mucha suerte —dijo *mistress* Widburn—. Se hubiera muerto sin verse libre de su marido, y de pronto alguien va y le quita esa preocupación. Ahora sí que podrá casarse con el duque de Merton. Ese casamiento es la comidilla del día. Por cierto, que la madre del duque está indignadísima.

—Jane Wilkinson me produjo una excelente impresión —dijo *sir* Montagu—. Hizo algunas observaciones muy inteligentes sobre arte griego.

Sonreí. Me imaginaba a Jane diciendo: «Sí». «No». «Es realmente maravilloso», con su calidad y mágica voz. *Sir* Montagu debía de ser de esas personas para quienes la suprema inteligencia consiste en seguir con gran atención y meticulosidad sus propias observaciones.

—Lord Edgware era un tipo muy raro —dijo *mister* Widburn—. Estoy seguro que ha dejado un sinfín de enemigos.

—¿Es verdad, *monsieur* Poirot, que alguien le clavó un cuchillo en la nuca? —preguntó *mistress* Widburn.

—Nada más cierto. Fue un trabajo realizado con la mayor destreza y eficacia, algo verdaderamente científico.

—Ya aparece en usted el artista, *monsieur* Poirot —dijo *sir* Montagu.

—Ahora le agradecería que tratásemos del objeto de mi visita —dijo Poirot—. Al parecer, llamaron por teléfono a *lady* Edgware

mientras estaba cenando. Respecto a esa llamada, quisiera algunos informes y espero que me permitirá interrogar a sus criados.

—¡No faltaba más! Ross, ¿quiere hacer el favor de tocar usted mismo ese timbre? —Y le indicó un pequeño botón que estaba al alcance de la mano del joven.

Inmediatamente apareció un criado. Era un hombre de cierta edad, de aspecto eclesiástico.

Sir Montagu le explicó lo que se esperaba de él. El sirviente se volvió hacia Poirot con atenta cortesía.

—¿Haría usted el favor de decirme quién contestó a la llamada telefónica? —preguntó mi amigo.

—Yo mismo. El teléfono está en el vestíbulo, en una cabina.

—La persona que llamó por teléfono, ¿con quién dijo que deseaba hablar, con *lady* Edgware o con *miss* Jane Wilkinson?

—Con *lady* Edgware, señor.

—¿Me podría decir con exactitud cuáles fueron sus palabras?

El criado reflexionó un momento.

—Al ponerme al aparato, recuerdo que dije: «Dígame». Una voz preguntó si era Chiswick 43434. Contesté afirmativamente. Entonces me dijeron que aguardase un momento. Inmediatamente, otra voz volvió a preguntar si era Chiswick 43434, y volví a decir que sí. Entonces me preguntó: «¿Está *lady* Edgware?». Yo contesté que la señora estaba cenando. La voz añadió: «¿Quiere hacer el favor de llamarla? Deseo hablar con ella». Fui al comedor a avisar a la señora, que se levantó y vino al teléfono.

—¿Y luego?

—Cogió el aparato y dijo: «Dígame. ¿Con quién hablo?». Luego la oí decir «Sí, muy bien; yo soy *lady* Edgware». En aquel momento iba yo a retirarme, pero la señora me llamó y me dijo que habían cortado la comunicación, y añadió que al colgar el aparato se habían reído. Me preguntó si la persona que había telefoneado había dado su nombre. Le contesté que no. Eso fue todo.

—¿Cree usted, *monsieur* Poirot, que la llamada telefónica tiene que ver algo con el asesinato? —preguntó *mistress* Widburn.

—No se puede decir de momento. No es más que un detalle.

—A lo mejor fue alguien que quiso gastarle una broma; a mí me pasó una vez.

—*C'est toujours possible, madame*.

—¿Se fijó usted si la voz de la persona que llamó era de hombre o de mujer?

—Creo que era de mujer.

—¿Qué clase de voz era, fuerte o suave?

—Era suave y clara —se detuvo un momento—. Tal vez me equivoque, pero me hizo el efecto de que era extranjera por lo que arrastraba las erres.

—A lo mejor era una voz escocesa, Donald —dijo *mistress* Widburn dirigiéndose al joven Ross.

—No puedo ser yo el culpable; estaba en el banquete —replicó éste.

Poirot se dirigió de nuevo al criado.

—¿Cree usted que reconocería aquella voz si la oyese de nuevo? El hombre dudó.

—No puedo asegurarlo, señor. Sin embargo, creo que la reconocería.

—Muchas gracias.

—A sus órdenes, señor.

El fámulo inclinóse y se retiró majestuosamente.

Sir Montagu siguió desempeñando su papel de viejo hidalgo. Nos pidió que nos quedásemos a jugar al *bridge*. Yo me excusé por mi desconocimiento del juego, ya que es una cosa que nunca me ha tentado. El joven Ross cedió su puesto a Poirot y la velada terminó con un excelente beneficio financiero para Poirot y *sir* Montagu.

Dimos las gracias a nuestro huésped y nos retiramos. Ross vino con nosotros.

—¡Qué hombrecillo más extraño es ese *sir* Montagu! —dijo Poirot mientras caminábamos por la carretera.

La noche era muy hermosa y decidimos ir andando hasta encontrar un taxi, en lugar de pedirlo por teléfono.

—Sí, es un hombrecillo extraño —repitió Poirot.

—Es un riquísimo hombrecillo —dijo Ross.

—Lo supongo.

—Parece que se interesa algo por mí —habló el joven—. Su ayuda me serviría de mucho; con la protección de un hombre como ese se puede hacer fortuna.

—¿Es usted actor, *mister* Ross?

Respondió afirmativamente. Pareció ofenderle que su nombre no

nos fuese conocido. Al parecer, recientemente había logrado algún renombre en la interpretación de cierta obra tenebrosa traducida del ruso.

Cuando, por fin, le hubimos calmado, Poirot le preguntó distraídamente:

—Sin duda, usted conocería a Charlotte Adams, ¿verdad, *mister* Ross?

—No, no la conocía. Me he enterado de su muerte, esta noche, por los periódicos, debida a una excesiva dosis de no sé qué droga. Es realmente estúpido lo que les pasa a todas las artistas jóvenes con las drogas.

—Es una verdadera lástima… Era una muchacha muy inteligente.

—Creo que sí.

Fuera de sí mismo, al joven no le preocupaban gran cosa los demás.

—¿La vio usted trabajar alguna vez? —le pregunté yo.

—No. La clase de trabajo que hacía no me interesaba Ahora parece que le ha dado a la gente por entusiasmarse por él, pero supongo que no durará mucho.

—Aquí viene un taxi —dijo Poirot, y le hizo seña para que se detuviese.

—Yo seguiré andando —dijo Ross—. En Hammersmith tomaré el Metro hasta mi casa —de pronto, se echó a reír nerviosamente—: Mala cosa esa cena de anoche.

—¿Por qué?

—Fuimos trece a la mesa porque alguien faltó. Hasta el final de la cena no nos dimos cuenta.

—¿Quién será, pues, el primero que se irá al otro mundo? —le pregunté.

Soltó una risita nerviosa y contestó:

—Yo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

UNA IMPORTANTE DISCUSIÓN

Al llegar a casa encontramos a Japp, que nos estaba esperando.

—No sabía qué hacer y he pensado: voy a ir a charlar un rato con el amigo Poirot —dijo alegremente.

—*Eh bien*, ¿cómo anda eso del crimen?

—Desgraciadamente, no tan bien como quisiera —mostrábase desesperanzado—. ¿Puede usted ayudarme algo, Poirot?

—Tengo algunas ideas que tal vez le interesen —dijo mi amigo.

—A usted siempre se le ocurre algo, aunque a veces… Bueno; eso no significa que no quiera escucharlas, al contrario. Siempre he dicho que tiene usted un cerebro como pocos.

Poirot agradeció fríamente el cumplido.

—Quisiera saber, Poirot —siguió el inspector—, ¿qué piensa de las dos *ladies* Edgware? ¿Tiene usted idea de quién fue la que estuvo en Regent Gate?

—De eso mismo, precisamente, quería hablarle yo —y enseguida le preguntó a Japp si había oído hablar alguna vez de Charlotte Adams.

—Me suena el nombre; pero, de momento, me es imposible recordar de quién se trata. Poirot se lo explicó.

—¿Una transformista? ¿Y qué tiene que ver esa transformista en el asunto que nos interesa?

Poirot relató minuciosamente todo cuanto habíamos hecho y la conclusión a que habíamos llegado.

—Sí, parece que tiene usted razón; todo coincide; vestido, sombrero, guantes, y, además, la peluca… Sí, sí, no hay duda; debe de ser eso. La verdad es que es usted un lince, amigo Poirot. No

existen palabras capaces de expresar lo que es usted. Pero de todas maneras, su hipótesis me parece algo fantástica. No es por alabarme, pero tengo más experiencia que usted. Respecto a lo que dice de que existe un hombre entre bastidores en este asunto, la verdad, no lo creo. Que Charlotte Adams fuese la mujer que se presentó en Regent Gate, sí es posible; es más: estoy casi convencido de que sucedió como usted dice. Pero si esa Charlotte Adams fue allí, lo haría probablemente con algún interés personal. Tal vez sé trataba de un chantaje, y en este caso se comprenden perfectamente sus palabras de que iba a tener mucho dinero. Ella debió ir a ver a lord Edgware, y una vez juntos, discutirían. Lord Edgware la debió ofender, y entonces la mujer perdió la cabeza y lo mató. Al llegar a su casa sentiríase moralmente deshecha, porque su intención no había sido nunca la de asesinarlo, y (supongo yo que fue así) se tomó una fuerte dosis de veronal para terminar con sus remordimientos.

—¿Cree usted que eso aclara todos los hechos?

—Hombre, no; claro está que todavía queda mucho por explicar; pero es una buena hipótesis para empezar las pesquisas. En cuanto a lo otro, la farsa esa que preparaban, creo que no debe tener ninguna relación con lo que a nosotros nos interesa. Será, sencillamente, una mera coincidencia.

—*Mais oui, c'est possible*.

—¿Qué le parece esta otra suposición? —dijo Japp.

—El organizador de la farsa es también inocente, pero alguien que tenía algún motivo para odiar a lord Edgware pudo muy bien enterarse de la broma que iban a gastarle y pensó satisfacer su odio gracias a los bromistas. No es ningún disparate, ¿verdad? —Hizo una pequeña pausa y siguió—: Sin embargo, creo más probable lo que dije antes. La relación que había entre esa artista y lord Edgware ya se aclarará algún día.

Luego, Poirot le contó lo de la carta de América y Japp dijo que realmente podría servirles de mucho.

—Voy a ocuparme enseguida de este asunto —y sacando una libreta, hizo algunos apuntes—. Cada vez estoy más convencido de que es Charlotte Adams la criminal. De momento no veo a nadie más que pueda tener algún interés en la muerte de lord Edgware —dijo mientras guardaba el cuaderno de notas, y siguió—: También

está el nuevo lord Edgware, el capitán Marsh, que es uno de los que más ha salido ganando con el crimen, y, por tanto, el que más motivos tiene para ser el asesino. Parece ser un hombre poco escrupuloso en lo que se refiere al dinero. Además, ayer tuvo una violenta discusión con su tío. Él mismo me lo ha contado. Eso aleja de él las sospechas. Y hubiese sido un maravilloso culpable, pero se procuró una coartada para la noche del crimen, pues estuvo en la Ópera con unos judíos ricos, los Dortheimer. Me he informado detenidamente y ocurrió como dice el capitán Marsh.

—¿Y la señorita?

—¿Se refiere usted a la hija de lord Edgware? Estuvo fuera de su domicilio esa noche. Cenó con unos amigos, unos tales Carthews. Luego fueron a la Ópera, y al salir la acompañaron hasta su casa; llegó allí a las doce menos cuarto. Esto prueba su inocencia. La secretaria parece ser una mujer muy honrada Luego está el criado. Ése es un tipo al que no puedo tragar. No es propio de un hombre ser tan guapo. Además, hay algo en él que le hace sumamente repulsivo. De todas maneras, he hecho averiguaciones y no he podido encontrar ningún motivo para que matase a su amo.

—¿No ha pasado nada nuevo?

—Sí, ha pasado algo, aunque no sé si será muy importante. En fin, ya veremos. Ante todo, ha desaparecido la llave que poseía lord Edgware.

—¿La de la puerta de la calle?

—Sí.

—Muy curioso.

—Eso mismo me parece a mí. Puede tener gran importancia y puede no tener ninguna, según. Pero aún hay algo más, que para mí es muy significativo. Ayer mismo, lord Edgware cobró un cheque. No era de mucho valor; solamente unas cien libras. Recibió el importe del cheque en billetes franceses, debido a que hoy pensaba marchar a París. Bueno; pues ese dinero también ha desaparecido.

—¿Quién se lo ha dicho?

—*Miss* Carroll. Fue ella misma en persona a cobrar el cheque. Y al decírmelo hoy, hemos buscado el dinero por todas partes, encontrándonos con que había desaparecido.

—¿Dónde estaba anoche?

—*Miss* Carroll no lo sabe; dice que se lo entregó a lord Edgware

a las tres y media de la tarde, metido dentro de un sobre del mismo Banco. Lord Edgware, que se hallaba en aquel momento en la biblioteca, cogió el dinero y lo dejó sobre la mesa.

—Eso es una verdadera complicación.

—O una simplificación. De momento, la herida…

—¿Qué ocurre?

—Pues que dice el forense que no fue causada por una navaja corriente; era, desde luego, un arma blanca, pero de hoja distinta, y debía de ser terriblemente aguda.

Poirot se quedó pensativo.

—El nuevo lord Edgware parece encontrar muy divertido que pueda sospecharse de él como asesino de su tío. Su actitud me parece algo rara.

—Puede ser, simplemente, habilidad.

—Tal vez. La muerte de su tío ha sido muy oportuna para él. Por lo pronto, ya se ha instalado en la casa.

—¿Dónde vivía antes?

—En Martin Street, Saint George's Road. No es un barrio muy elegante, que digamos.

—Apunta esa dirección, Hastings.

La anoté, aunque me extrañaba un poco. Si Ronald había trasladado su residencia a Regent Gate, su antigua dirección no tenía por qué interesarnos ya.

—No me cabe duda de que la asesina es *miss* Adams —dijo Japp levantándose—. Ha sido una gran ocurrencia. Tiene usted la suerte de poder ir a los teatros y a toda clase de diversiones. Por eso puede enterarse de cosas que yo nunca conoceré. Lo malo del caso es que no se ve por ninguna parte el motivo del crimen, pero espero que ya lo descubriremos, y con un poco de trabajo, todo se arreglará.

—Existe así mismo otra persona que podría también estar complicada en el crimen y no se ha fijado usted en ella.

—¿Quién es?

—El caballero que, según dicen, se quería casar con *lady* Edgware, el duque de Merton.

—Hombre, claro que puede tener motivo —Japp soltó una carcajada—. Pero un personaje de su posición no comete un asesinato así como así. Además, estaba en París.

—¿De modo que no lo juzga sospechoso?

—¿Lo cree usted acaso, Poirot?

Y riéndose de lo absurdo de semejante idea, Japp salió de la habitación.

CAPÍTULO DIECISIETE

EL CRIADO

El día siguiente fue para todos nosotros de inactividad, y para Japp, de gran trabajo. A la hora del té vino a vernos. Estaba furioso.

—He sido un verdadero idiota.

—No es posible, amigo Japp —dijo amablemente Poirot.

—Sí, lo he sido; me he dejado engañar por un criado y se me ha ido de entre las manos.

—¿Que ha desaparecido el criado?

—Sí, y lo que más me avergüenza es no haber sospechado de él.

—Bueno, hombre, serénese.

—Es muy fácil decir eso. ¿Cree usted que se puede estar sereno después de haberle puesto a uno por los suelos en la Jefatura de Policía? ¡Ah! Ese mayordomo es un pájaro de cuidado; seguramente no es la primera vez que hace una cosa así.

El inspector se enjugó la frente. Era la estampa de la desesperación. Yo, más conocedor del carácter inglés, escancié una fuerte dosis de *whisky* con seltz y se lo ofrecí al inspector, quien enseguida se reanimó un poco.

Pero después, más tranquilizado, empezó a hablar.

—Muchas gracias, pero no sé si debo… No estoy muy seguro de que el criado sea el asesino, aunque no deja de ser sospechosa esa huida; sin embargo, debí empezar por detenerlo. Parece que era una mala cabeza. Frecuentaba *cabarets* de malísima reputación.

—*Tout de même*, eso no prueba que sea un asesino.

—Es verdad; puede que se halle metido en algún lío que no sea precisamente un asesinato. No; estoy convencido de que la autora fue *miss* Adams. No he podido encontrar nada que pruebe su

participación en el crimen, aunque envié a varios de mis hombres a su piso para que hicieran un registro; pero, desgraciadamente, no hemos encontrado nada impresionante. Era una muchacha prudente. No guardaba ninguna carta comprometedora. Sólo se han hallado las referentes a contratos teatrales, cuidadosamente atadas y etiquetadas. También había algunas de la hermana que tiene en Washington. Nada de secretos. Guardaba, además, varias joyas antiguas de poco valor. No tenía ningún diario íntimo. Su libro de cuentas y el de cheques no dicen nada aprovechable. Parece que era una muchacha sin historia.

—Tenía un carácter reservado —dijo Poirot pensativamente—. Lo que para nosotros es una verdadera lástima.

—He hablado con la camarera, pero no he sacado nada en limpio. También he ido a ver a aquella joven que tiene una tienda de sombreros y que era muy amiga de *miss* Adams.

—Hombre, a propósito; ¿qué le ha parecido *miss* Driver? —dijo Poirot pensativamente.

—Una muchacha muy lista, pero no ha declarado nada de particular. Me ha contestado lo mismo que todos los demás amigos y conocidos de la muerta a quienes he interrogado. «Que era una joven muy simpática, que no mantenía amistad íntima con ningún hombre». Y eso no es verdad. No es lógico. Para esas mujeres es imprescindible la amistad de los hombres. Esa estúpida lealtad de los amigos es la que dificulta la labor de la Policía —se detuvo para tomar aliento, y, entre tanto, le volví a llenar el vaso—. ¡Gracias, capitán Hastings! ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! Bueno; pues hay por lo menos doce individuos con quienes ha ido a cenar, a bailar y a distintos sitios más; pero parece que ninguno de ellos le interesaba más que otro cualquiera. Entre esos sujetos está el actual lord Edgware, el artista de cine Bryan Martin y otros varios. La idea de usted de que detrás de todo eso se oculta un hombre me parece descabellada. Mi opinión es que obró por cuenta propia, y ahora trato de descubrir qué clase de relaciones eran las que existían entre ella y el muerto. Creo que tendré que ir a París. En la inscripción de la cajita de oro dice París, y lord Edgware fue varias veces a París durante el otoño pasado para asistir a subastas y comprar algunas curiosidades, según me dijo *miss* Carroll. Sí, tengo que ir a París. Mañana empieza la investigación judicial; por eso tal vez aplace el

viaje, aunque, de todas maneras, puedo tomar el barco de la tarde.

—Es usted un hombre de una actividad terrible. Me confunde usted.

—Sí; y mientras tanto, usted aquí, sentadito tranquilamente, volviéndose cada vez más perezoso. Lo único que sabe hacer es sentarse y pensar, haciendo trabajar las células grises, como usted dice. Hay que ir a buscar las cosas, en lugar de esperar que vengan ellas solas a nosotros.

Nuestra joven sirvienta abrió la puerta y dijo:

—Está aquí *mister* Bryan Martin. ¿Le hago pasar?

—Bueno, Poirot, me marcho —dijo Japp levantándose—. Por lo visto, todas las estrellas del firmamento teatral y cinematográfico vienen a consultarle a usted.

Poirot se encogió modestamente de hombros. Japp se echó a reír, al mismo tiempo que decía:

—Ya debe de ser usted millonario, Poirot. Vamos a ver, ¿y qué hace usted con sus millones? ¿Los guarda?

—Eso es. Pero ahora que hablamos de dinero, ¿se sabe cómo ha dispuesto testamentariamente lord Edgware de su fortuna?

—Todas las propiedades que no están vinculadas al título se las deja a su hija, y quinientas libras a *miss* Carroll. No deja nada a nadie más. Es un testamento muy sencillo.

—¿Se sabe cuándo fue otorgado?

—Cuando su mujer le abandonó, hace unos dos años. Le excluye por completo de él.

—Se ve al hombre vengativo —murmuró Poirot. Con un amable «Hasta la vista», Japp se despidió de nosotros. Enseguida entró Bryan Martin. Iba elegantemente vestido y parecía muy transformado.

—He tardado mucho en venir, *monsieur* Poirot —dijo excusándose—. De todas maneras, lamento haberle hecho perder el tiempo para nada.

—*En verité?*

—Sí; hablé con la señora que les dije y traté de convencerla por todos los medios, pero no lo he conseguido; no ha querido en modo alguno que interviniese usted en el asunto. Creo que tendremos que dejarlo todo como estaba. Le aseguro que siento muchísimo haberle molestado.

—*Du tout, du tout* —dijo Poirot cordialmente—. Ya me lo esperaba.

—¿Qué? —El joven quedó desconcertado—. ¿Que se los esperaba usted? —preguntó.

—*Mais oui*. Al decirme usted que lo consultaría, ya previ el presente resultado.

—Por lo visto se imaginaba usted algo.

—Un detective, *mister* Martin, siempre se imagina algo.

—¿Me querrá usted decir, pues, qué se imagina en este caso? Poirot movió amablemente la cabeza.

—Una de las reglas de todo buen detective es no decir nunca nada.

—Por lo menos, ¿puede usted sugerir algo?

—No; lo único que diré es que tan pronto como mencionó usted el diente de oro, descubrí la verdad.

—Estoy aturdido —exclamó—; no puedo comprender adonde va usted a parar.

Poirot dijo sonriendo:

—Cambiemos de tema si le parece.

—Como quiera; pero antes dígame cuánto le debo en concepto de honorarios.

Poirot movió la mano imperativamente, a la vez que decía:

—*Pas un sou!* No he hecho nada por usted.

—Le hice perder el tiempo.

—Cuando un caso me interesa, nunca acepto dinero, y su caso me interesó mucho.

—Lo siento —dijo inquieto el actor.

—Vaya —dijo Poirot bondadosamente—, hablemos de otra cosa.

—¿No era un inspector de Scotland Yard el hombre que he encontrado en la escalera?

—Sí; el inspector Japp.

—Había tan poca luz, que no estaba seguro de que fuera él. A propósito, me hizo algunas preguntas acerca de esa pobre muchacha, Charlotte Adams, que murió a consecuencia de una intoxicación de veronal.

—¿Conocía usted a fondo a *miss* Adams?

—Empecé a tratarla en América, cuando era una chiquilla. Trabajamos juntos una o dos veces, pero nunca supe gran cosa de

ella Me ha causado gran impresión la noticia de su muerte.

—¿Le gustaba su trato?

—Sí; daba gusto hablar con ella.

—Creo, como usted, que era una persona muy simpática.

—Supongo que siguen ustedes creyendo que su muerte debió de ser suicidio. Yo no sabía nada que pudiera orientar al inspector. Charlotte era muy reservada.

—Yo no creo que se trate de un suicidio —dijo Hércules Poirot.

—Sí, es más fácil que haya sido un accidente. Hubo una pausa Luego Poirot dijo con una sonrisa:

—El asunto de la muerte de lord Edgware se hace por momentos más intrincado. ¿No le parece a usted?

—Mucho. ¿Sabe si tiene la Policía alguna nueva pista…, ya que Jane está descartada del crimen?

—*Mais oui*, tiene una fundada sospecha. Bryan Martin parecía nervioso.

—¿Sí? ¿De quién se sospecha?

—El criado ha desaparecido… Huir es igual que confesar, ¿comprende usted?

—¡Huir el criado! Me extraña mucho.

—Un hombre extraordinariamente guapo. *Il vous ressemble un peu* —y se inclinó ante Bryan Martin.

Entonces comprendí yo por qué el rostro del criado, al verle por primera vez, me recordó a alguien que ya había visto antes.

—¡Qué adulador es usted! —dijo Bryan Martin echándose a reír.

—¡Oh, no, no! ¿No es cierto que todas las jovencitas, ya sean criadas, coristas, mecanógrafas o aristocráticas, adoran a Bryan Martin?

—Vamos, sí, un verdadero lote de chicas —dijo Martin levantándose bruscamente—. Le reitero las gracias, *monsieur* Poirot, por todas sus molestias, y le repito otra vez que me dispense.

Nos estrechamos las manos. A mí me hizo el efecto de que había envejecido en unos instantes. Su trastorno era evidente.

Devorado por la curiosidad, tan pronto como la puerta se cerró tras él, descargué un chaparrón de preguntas sobre mi amigo.

—Poirot, ¿suponías verdaderamente que Bryan Martin renunciaría a las pesquisas para averiguar la extraña persecución de que fue objeto en América?

—Ya me lo has oído decir, Hastings.

—Sí, pero…

—¿Quieres ahora saber quién es la misteriosa muchacha a quien tenía que consultar? —Él sonrió—. Tengo una idea, amigo mío, que proviene, como te dije, de ese detalle del diente de oro, y si no es equivocada, sé quién es la muchacha. Sé por qué no permite a *mister* Martin que me confíe el asunto; en fin, sé la verdad de todo ese suceso. Y también podrías tú conocerla si quisieras emplear las células grises que te dio Dios. Aunque a veces creo que por descuido te dejó sin ellas.

CAPÍTULO DIECIOCHO

EL DUQUE DE MERTON

No me propongo describir la encuesta realizada para el esclarecimiento de la muerte de lord Edgware ni para la de Charlotte Adams. En el caso de Charlotte, el veredicto fue de muerte por imprudencia; el de lord Edgware fue aplazado hasta saberse el resultado de la autopsia. Por el análisis del estómago se determinó que la muerte tuvo lugar, una hora después de la comida; a lo sumo, dos. De lo cual se desprendía que había muerto entre las diez y las once de la noche. Pero lo más probable es que fuese a las diez.

Ninguno de los datos de la suplantación de Jane Wilkinson, llevada a cabo por Charlotte Adams, fue mencionado. Por una declaración del criado, publicada en la prensa, la impresión general fue que éste era el asesino. Su relato acerca de la visita nocturna de Jane Wilkinson se consideró como una impúdica invención, pues nada se dijo de lo que había confirmado la secretaria. Los periódicos llenaron columnas enteras con todo lo referente al crimen. Pero dijeron muy poco verídico.

Entre tanto, Japp trabajaba activamente. Me molestaba un poco la actitud pasiva de Poirot. La sospecha de que el hacerse viejo influía en ello cruzó varias veces por mi mente. Él se excusaba:

—A mi edad deben ahorrarse las molestias.

—Cualquiera diría que eres tan viejo —protesté.

Me pareció que necesitaba un estimulante. Un tratamiento de la voluntad por medio de la sugestión, que, según creo, es el procedimiento más moderno.

—Pero ¡hombre de Dios, si estás más fuerte que nunca! —dije

seriamente—. En pleno vigor. En la flor de la vida. Si tú quisieras, podrías resolver ese caso con la mayor facilidad.

Poirot dijo que prefería resolverlo sentado en casa.

—Pero eso no puede ser, Poirot.

—Del todo no, es verdad.

—Bueno; lo cierto es que nosotros no hacemos nada, mientras que Japp está haciendo demasiado.

—Lo cual me va a mí estupendamente bien.

—Pues a mí no. Yo quisiera que hicieras algo.

—Ya lo estoy haciendo.

—¿Qué haces?

—Espero.

—Esperas, ¿qué?

—*Pour mon chien de chasse, me rapporte le gibier* —replicó Poirot.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero al buen Japp, ¿sabes? ¿Para qué pasarse el tiempo ladrando teniendo un perro? Japp nos traerá aquí el resultado de su energía física, que tanto admiras tú. Tiene a su alcance un sinfín de medios de los que yo carezco. No dudes que vendrá muy pronto a traernos noticias.

Era cierto que a fuerza de persistentes investigaciones, Japp nos había proporcionado, lentamente, materiales deductivos.

Algunos días después volvió de París. Parecía muy satisfecho de sí mismo.

—Es un trabajo lento —dijo—; pero al fin hemos conseguido algo.

—Le felicito. ¿Qué han descubierto?

—Parece que una señora rubia depositó una caja de vestidos en la consigna de la estación de Euston a las nueve de la noche del día del crimen. Les han mostrado la caja de *miss* Adams a los testigos y la han reconocido.

—¡Ah, Euston! Sí, es la estación más cercana a Regent Gate. Sin duda, fue allí para disfrazarse en uno de los retretes, dejando luego la caja en la consigna. ¿Cuándo volvió a buscarla?

—A las diez y media. Dice el empleado que la recogió la misma señora.

Poirot movió la cabeza.

—Y también me he enterado de algo más —dijo el inspector—.

Charlotte Adams estaba en el Lion's Corner House, del Strand.

—*Ah, c'est très bien ça!* ¿Cómo se ha enterado?

—Realmente, ha sido por casualidad. Ya sabe usted que se dijo algo en los periódicos acerca de la cajita con las iniciales de rubíes. Un periodista escribió un artículo acerca de las numerosas artistas, la mayoría de ellas muy jóvenes, que toman drogas. Lo publicó un diario en su edición dominical, ilustrado con la fatal cajita del mortífero contenido y la patética figura de una joven en la flor de la edad. En dicho artículo explicaba cómo pasó la última noche de su vida la infeliz muchacha y una infinidad de detalles más. Parece que una camarera de la Corner House leyó esa información y recordó que una señora a la que sirvió la noche del crimen tenía una caja así en la mano, con las iniciales C. A. en la tapa. Muy excitada, empezó a contárselo todo a sus amigos. Tal vez algún diario le daría algo por aquella noticia. El caso es que un joven periodista se enteró y escribió un artículo que aparecerá esta noche en el *Evening Shriek*. Serán, seguramente, novelerías como éstas: «Las últimas horas de la inteligente actriz… Esperando al hombre que no llega… Una camarera advierte que algo extraño le pasa». En fin, ya sabe usted, Poirot, cómo hinchan los sucesos los periodistas.

—¿Y cómo ha llegado a usted tan pronto esa noticia?

—Es que estamos en muy buenas relaciones con el *Evening Shriek*. Vino a traérmela en persona ese joven periodista, tan pronto como llegó a su conocimiento. Inmediatamente después corrí a la Corner House.

Sentí gran lástima por Poirot. Allí estaba Japp con todas aquellas noticias nuevecitas, cuyos detalles, probablemente, tendrían un gran valor, mientras que Poirot debía conformarse con las noticias ya atrasadas.

—He hablado con la camarera de la Corner House —siguió el inspector—, y no creo que haya motivo para dudar de su declaración. No ha podido reconocer a Charlotte Adams en la fotografía, pues, según dice, no distinguió claramente el rostro de la señora. Asegura que era joven, morena, delicada y que vestía muy bien. Llevaba uno de esos sombreros ladeados de última moda. Ojalá las mujeres se fijaran un poco más en la cara y menos en los sombreros.

—El rostro de *miss* Adams no era fácil de observar —advirtió

Poirot—. Tenía una gran movilidad.

—Creo que tiene usted razón, aunque no me he detenido en tales detalles. Según dice la camarera, la señora iba vestida de negro, y llevaba una caja de las que se emplean para los vestidos. Se fijó particularmente en eso, porque le chocó que una señora tan elegante llevase una caja así. Dice que pidió revoltillo de huevos y café, aunque, en realidad, ella supone que esperaba a alguien, pues no hacía más que mirar su reloj de pulsera. Cuando la llamó para abonar el gasto fue cuando se fijó en la cajita de oro. La señora la sacó del bolso, la dejó encima de la mesa y se quedó mirándola. Luego la abrió y la volvió a cerrar, sonriendo pensativamente. La muchacha se fijó en la caja porque le pareció muy linda: «Me gustaría tener una cajita como aquélla, con mis iniciales en rubíes», me dijo. Según parece, *miss* Adams, después de haber pagado la cuenta, todavía permaneció sentada largo rato. Al fin, miró una vez más el reloj, se levantó y se fue.

Poirot seguía serio.

—Era un *rendez-vous* —murmuró—, un *rendez-vous* con alguien que no acudió. ¿Encontró Charlotte Adams más tarde a esa persona? ¿O bien no la halló y entonces se fue a su casa y trató de detenerla? ¡Cómo me gustaría saberlo! ¡Oh, sí, me gustaría mucho!

—Su teoría de que en el fondo de todo esto existe un hombre misterioso es un mito, Poirot. No digo yo que la joven no estuviese esperando a alguien después de terminado satisfactoriamente el asunto que la llevó a casa de lord Edgware. Respecto a ese asunto, ya sabemos el resultado: que perdió la cabeza y lo apuñaló. Pero como no era de las que pierden la cabeza mucho tiempo, se quitó el disfraz en la estación y acudió a la cita. Entonces sufrió la reacción natural, horrorizándose de lo que había hecho, y al convencerse de que el esperado no iría, se sintió anonadada. Debía de haber alguien más enterado de su visita a Regent Gate aquella noche; por eso, presintiendo la persecución de la Justicia, saca la cajita de veronal, toma una fuerte dosis y todo termina. Por lo menos no la ahorcarán. Esto está claro como el agua.

Poirot se acarició el bigote.

—No hay ninguna prueba de que en el fondo de este asunto haya ningún hombre —siguió Japp con la ventaja alcanzada en sus últimas pesquisas—. No he descubierto todavía las relaciones que

existían entre esa muchacha y lord Edgware, pero lo conseguiré; es sólo cuestión de tiempo. En París no he podido descubrir nada importante; son nueve meses los que han pasado desde que lord Edgware estuvo allí. De todas maneras, he dejado a uno de mis hombres para que haga ciertas investigaciones. Quizá haya descubierto algo ya. Sé que usted no es de mi parecer, pero la verdad es que tiene la cabeza muy dura.

—Hombre, no creo que tenga derecho a insultar a mi cabeza.

—No he querido ofenderle; es una simple expresión —dijo Japp suavemente.

Se levantó para irse, y cuando estaba ya junto a la puerta, se volvió y dijo con irónica suficiencia:

—¿Manda usted algo, Poirot?

Mi amigo, sonriendo, le contestó:

—Hombre, tanto como mandar, no; pero, en cambio, puedo hacerle una indicación:

—Venga, suéltela.

—Haga un llamamiento a todos los chóferes de taxi para que se presente ante usted aquel cuyo coche fue alquilado la noche del crimen, hacia las once menos veinte, por una señora o, probablemente, por dos… Sí, eso es, por dos personas, en las inmediaciones de Covent Garden, para ir a Regent Gate.

Japp le miró atentamente cerrando un ojo. Parecía un vivaracho *foxterrier*.

—¿Qué se propone usted? —añadió enseguida—: Bueno, bueno, lo haré; no se pierde nada con ello. Después de todo, cuando usted lo dice, será verdad.

En cuanto Japp hubo salido, Poirot se puso en pie y empezó a cepillarse el sombrero.

—¿Quieres alcanzarme la bencina? Esta mañana me ha caído un pedazo de tortilla en la manga de la americana.

Se la di.

—Desde luego —le dije—. No pienso hacerte ninguna pregunta, sé que es inútil; pero ¿crees realmente que se va a lograr algo con ese aviso?

—*Mon ami*, de momento sólo me interesa vestirme. Perdona que te lo diga —añadió poco después—, pero tu corbata no me gusta nada.

—Pues es muy bonita.

—Tal vez; pero te ruego que te la cambies y que te cepilles la manga derecha.

—¿Es que acaso vamos a visitar al rey Jorge? —pregunté irónico.

—No; pero he leído esta mañana que el duque de Merton ha vuelto a Merton House, y como es uno de los principales miembros de la aristocracia inglesa, creo que debes concederle ese honor.

—¿Por qué vamos a visitar al duque de Merton?

—Necesito verle.

Fue lo único que pude sacar de él. Cuando mi atavío fue lo suficientemente elegante para el crítico ojo de Poirot, salimos.

En Merton House el portero preguntó a Poirot si había sido citado por el duque. Poirot contestó negativamente. En vista de lo cual, el portero fue a llevar la tarjeta. Poco después volvió, diciendo que su excelencia lo sentía mucho, pero que estaba muy cansado aquella mañana. Poirot se sentó en una silla.

—*Tres bien!* —dijo—. Esperaré todo el tiempo que sea necesario.

No fue preciso, porque, como el medio más rápido de verse libre del importuno visitante era recibirlo, Poirot fue introducido a presencia del caballero a quien deseaba ver.

El duque tendría unos veintisiete años. Era delgado, enfermizo, y su aspecto, sumamente simpático. Tenía un cabello inverosímilmente fino y unas entradas tan enormes, que hacían el efecto de prematura calvicie; su boca era pequeña, con un amargo rictus, y sus ojos, vagamente soñadores. En la habitación veíanse diversos crucifijos y distintas obras de arte religioso. Un estante de libros parecía no contener más que obras teológicas. Daba la impresión de ser un tendero más bien que un duque. Sabíamos que había sido educado en su propio hogar, debido a lo deficiente de su naturaleza. Tal era el hombre que estaba a punto de ser presa de Jane Wilkinson. Era un tipo realmente cómico.

Fue muy poco cortés el recibimiento que nos hizo.

—Tal vez conozca usted mi nombre —empezó Hércules Poirot.

—No me es familiar.

—Pues me dedico a estudiar la psicología del crimen.

El duque guardaba silencio. Estaba sentado ante una mesa escritorio, sobre la cual había una carta sin terminar, y golpeando la

mesa con la mano, impacientemente.

—¿Por qué razón tiene usted tanto empeño en verme? —preguntó fríamente.

Poirot estaba sentado frente a él, de espaldas a la ventana.

—Actualmente investigo las circunstancias que concurrieron en la muerte de lord Edgware.

Ni un músculo del enfermizo lord se movió.

—¿Sí? Pues yo no estoy relacionado en absoluto con ese crimen.

—Es verdad; pero, en cambio, lo está con la esposa de lord Edgware, Jane Wilkinson, ¿verdad?

—Así es.

—También debe estar enterado de que se supone que ella tenía grandes motivos para desear la muerte de su marido.

—No estoy enterado de nada semejante.

—Quisiera hacerle a usted una pregunta, excelencia, que acaso sea un poco indiscreta. ¿Puede usted decirme si piensa casarse con Jane Wilkinson?

—Cuando vaya a casarme con alguien, el hecho se anunciará en los periódicos. Considero su pregunta como una impertinencia —y levantándose, dijo—: Muy buenos días.

Poirot también se levantó. Parecía turbado; inclinó la cabeza, murmurando:

—No he querido decirle… *Je vous demande pardon.*…

—Buenos días —repitió el duque.

Esta vez Poirot se irguió, hizo un gesto de desesperación y salimos.

Era una retirada ignominiosa. Lo sentí por mi amigo; su orgullo no quedaba muy bien parado. Para el duque de Merton, un detective era, sin duda, menos que un escarabajo.

—No ha salido muy bien la cosa —dije con simpatía—. Ese hombre es testarudo como un tártaro. ¿Qué querías saber de él realmente?

—Pues si es verdad que va a casarse con Jane Wilkinson.

—Ella ya nos lo dijo.

—Ella lo dijo, sí; pero esa mujer es de las que dicen cualquier cosa para lograr lo que les conviene. Podía muy bien haber decidido casarse con él sin que el pobre hombre estuviera enterado de ello.

—Pues te ha echado de casa con un buen rapapolvo.

—Me ha contestado como lo hubiese hecho a un periodista —Poirot se rió entre dientes—. Pero yo he logrado lo que quería. Ahora ya sé exactamente lo que hay de cierto respecto a ese matrimonio.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lo has adivinado por sus maneras?

—No, hombre, no. ¿Te habrás fijado que estaba escribiendo una carta?

—Sí.

—*Eh bien*, en mi juventud, cuando estaba en la Policía belga, aprendí, porque es utilísimo, a leer la letra manuscrita puesta al revés. De modo que puedo repetirle lo que decía esta carta. Óyelo: «Queridísima mía: No puedo, me es imposible esperar tantos meses. Jane, ángel mío, adorada mía, ¿cómo voy a decirte lo que tú eres para mí? ¡Y has sufrido tanto!… Tu hermosa alma…».

—¡Poirot! —grité escandalizado.

—Calla, hombre, que ya termino: «Tu hermosa alma, que sólo yo conozco…».

Me indignó verle tan satisfecho de su hazaña.

—¡Poirot! —exclamé—. No puedes hacer una cosa así, leer una carta privada, una carta íntima.

—Estás diciendo una tontería, Hastings; es absurdo decir que «no puedo hacer» una cosa que he hecho ya.

—Eso es hacer trampa en el juego.

—No; ni hago trampas ni juego. Ya sabes que un crimen no es un juego, es una cosa muy seria.

Guardé silencio. No podía soportar lo que Poirot había hecho con tanta tranquilidad.

—No era necesario obrar así —dije—. Si le hubieses dicho al duque tan sólo que habías ido a visitar a lord Edgware por encargo de Jane Wilkinson, te hubiese tratado de manera distinta.

—¡Ah! Pero no podía hacerlo, porque Jane Wilkinson es cliente mía. Yo no puedo hablar a nadie de los asuntos de mis clientes. Cuando me confían una misión, hablar de ella no es decente.

—¿Decente?

—Sí, decente.

—Pero se va a casar con él.

—Eso no quiere decir que para él no tenga secretos. Tus ideas acerca del matrimonio son muy anticuadas. No, no podía hacer lo

que tú dices, pues tengo que pensar en mi honor de detective. El honor es una cosa muy seria.

—Por lo visto, hay muchas clases de honor.

CAPÍTULO DIECINUEVE

UNA GRAN SEÑORA

La visita que recibimos la mañana siguiente fue para mí una de las cosas más sorprendentes de todo el caso.

Estaba en mi habitación, cuando entró Poirot y me dijo con ojos brillantes:

—*Mon ami*, tenemos una visita.

—¿Quién es?

—La duquesa viuda de Merton.

—¡Qué cosa más rara! ¿Qué quiere?

—Si me acompañas, *mon ami*, te enterarás.

Me apresuré a hacerlo. Entramos juntos en la habitación donde aguardaba la duquesa. Era ésta una mujer pequeña, sin ser gruesa, de nariz enorme y mirada autocrática. A pesar de ir vestida de manera muy rara, tenía aire de gran señora. También me hizo la impresión de que poseía gran personalidad. Si su hijo era negativo, ella era positiva. Su energía era enorme. Sentía yo como las olas de poder emanaban de su persona. No cabía la menor duda de que tal mujer dominaría a cuantos estuvieran en contacto con ella.

Cogió los impertinentes y me estudió primero a mí, y luego, a mi compañero. Después le habló a éste. Su voz era clara y autoritaria, una voz acostumbrada a ordenar y a ser obedecida.

—¿Es usted *monsieur* Poirot? Mi amigo se inclinó.

—Para servirle, *madame la duchesse*.

Ella me miró.

—El señor es mi amigo, el capitán Hastings; me ayuda en todos los asuntos.

Los ojos de la duquesa reflejaban la duda. Luego inclinó la

cabeza, asintiendo.

—He venido para consultar con usted un asunto muy delicado, *monsieur* Poirot. Desde luego, todo cuanto le diga ha de tener carácter confidencial.

—Perfectamente.

—*Lady* Yardly me ha hablado de usted; por la manera de hacerlo y por la gratitud que expresaba, comprendí que es usted la única persona que puede ayudarme.

—Le aseguro que haré cuanto pueda, señora.

La duquesa aún dudaba. Al fin, con un esfuerzo, entró de lleno en el asunto, y lo hizo con tal sencillez, que me recordó a Jane Wilkinson.

Si Poirot se sorprendió, lo guardó para sí. La miró pensativamente y tardó un momento en contestar.

—¿Puede usted explicarme un poco más claramente lo que desea de mí, señora?

—No es cosa fácil. Presiento que ese matrimonio será un desastre. Arruinará la vida de mi hijo.

—¿Lo cree usted, señora?

—Estoy segura. Mi hijo tiene ideales muy altos. Conoce muy poco el mundo. No se ha fijado nunca en las jóvenes de su clase. Le han hecho siempre el efecto de cabezas vacías y frívolas. Pero esa mujer, que es realmente muy hermosa, hay que confesarlo, tiene el poder de esclavizar a los hombres. Ha embrujado a mi hijo. Yo supuse que el arrobamiento pasaría, pues, gracias a Dios, ella no era libre; pero ahora que su marido ha muerto… —y siguió como si se arrancase algo de dentro—: Tiene intención de casarse dentro de pocos meses. El hecho es que la vida de mi hijo está en peligro —y añadió perentoriamente—: Hay que impedirlo, *monsieur* Poirot.

Poirot se encogió de hombros.

—No digo que no tenga usted razón, señora. Creo que ese casamiento no es conveniente. Pero ¿qué se puede hacer?

—Tiene usted que hacer algo.

Poirot negó lentamente con la cabeza.

—Sí, sí; usted puede ayudarme —continuó la duquesa.

—Dudo que se pueda hacer algo de provecho, señora. Su hijo se negará a escuchar nada en contra de esa mujer. Aunque tampoco creo que pueda decirse mucho en su contra. Dudo que en su pasado

haya algún incidente desagradable que pueda servirnos. Ha sido muy cauta.

—Ya lo sé —dijo la duquesa ásperamente.

—¡Ah! Entonces, ¿ya ha hecho usted averiguaciones en ese sentido? Se sonrojó un poco bajo la aguda mirada de Poirot.

—Estoy dispuesta a hacerlo todo, *monsieur* Poirot, para salvar a mi hijo de ese matrimonio.

Y repitió enfáticamente la palabra «todo». Se detuvo un momento y luego siguió:

—No se asuste por dinero. Pídame lo que quiera, pero el casamiento debe impedirse. Es usted el único hombre que puede hacerlo.

Poirot movió lentamente la cabeza.

—No es cuestión de dinero, *madame*. No puedo hacer nada…, por una razón que quisiera poder explicarle. No veo que se pueda hacer nada. No puedo ayudarla, *madame la duchesse*. ¿No tomará usted a mal que le dé un consejo?

—¿Qué consejo?

—No se oponga usted a los deseos de su hijo. Tiene ya edad para obrar por sí mismo. Porque su gusto no es el de usted, no se obstine en creer que el de usted es el bueno. Si es una desgracia, acéptela. Esté dispuesta a ayudarle cuando lo necesite. No le obligue a ser su enemigo.

—Usted no entiende nada de esto.

Se puso en pie. Le temblaban los labios. Notábase su indignación.

—Sí, *madame la duchesse*, comprendo muy bien. Comprendo el corazón de una madre. Nadie mejor que Hércules Poirot lo comprende. Sin embargo, le digo a usted, con conocimiento de causa, que sea paciente. Sea paciente y serena y disfrace sus sentimientos. Hay todavía la esperanza de que el asunto se resuelva por sí mismo. La oposición sólo serviría para aumentar la obstinación de su hijo.

—Adiós, *monsieur* Poirot —dijo fríamente—. Me he llevado un desengaño.

—Siento mucho, señora, no poder hacer nada en su servicio. Estoy en una situación difícil. *Lady* Edgware me concedió, hace algún tiempo, el honor de consultarme.

—¡Ah, comprendo! —Su voz era cortante como un cuchillo—. Está usted en el campo contrario. Esto explica que *lady* Edgware no haya sido detenida por haber asesinado a su marido.

—*Comment, madame la duchesse?*

—Creo que ha oído usted perfectamente lo que he dicho. ¿Por qué no ha sido detenida? Estuvo allí aquella noche. La vieron entrar en la casa…; luego, en la biblioteca. Nadie más se acercó a él y fue hallado muerto. Y todavía no está arrestada. Nuestros policías están completamente corrompidos.

Con mano temblorosa se arrolló el chal al cuello, y con la despreocupación de un chiquillo, salió de la habitación.

—¡Caray! —dije—. ¡Qué mujer! De todas maneras, la admiro. ¿Y tú?

—¿Por qué quiere arreglarlo todo según su modo de pensar?

—Al fin y al cabo, lo único que ella quiere es salvar a su hijo. Poirot inclinó la cabeza.

—Eso es verdad, Hastings. ¿Tú crees que sería realmente tan malo para el duque casarse con Jane Wilkinson?

—¡Cómo! ¿No creerás que esté realmente enamorada de él?

—Seguramente, no; pero adora su posición. Se comportaría correctamente. Es una mujer que tiene tanto de ambiciosa como de bella, lo cual no significa una catástrofe. El duque pudiera haberse casado muy fácilmente con alguna muchacha de su misma clase que le hubiese aceptado por las mismas razones…; pero entonces nadie hubiera dicho ni una palabra.

—Eso es verdad, pero…

—Y supongamos que se case con una muchacha que le ame apasionadamente. ¿Es acaso esto gran ventaja? A menudo he observado que es una verdadera desgracia para un hombre casarse con una mujer que le adore. Le hace escenas de celos, le pone en ridículo, insiste en solicitar a cada momento toda su atención. ¡Ah, *mon ami*, no es un camino de rosas! La experiencia me lo hace decir.

—Poirot —dije—, eres un viejo cínico.

—*Mais non, mais non*, sólo expongo algunas reflexiones. Fíjate que, en realidad, yo estoy de acuerdo con la excelente mamá.

No pude contener la risa al oír calificar así a la altiva duquesa. Poirot permaneció muy serio.

—No hay por qué reír. Todo esto es de la mayor importancia.

Tengo que reflexionar, tengo que reflexionar mucho.

—No veo qué puedes hacer en ese asunto —dije. Poirot no me hizo caso.

—¿Te has fijado, Hastings, en lo bien informada que estaba la duquesa? ¡Y qué vengativa! Conoce todas las pruebas que hay en contra de Jane Wilkinson.

—Todas las que hay en contra; pero no las que hay a favor —dije sonriendo.

—¿Cómo se habrá enterado?

—Jane se lo habrá dicho al duque, y el duque a ella —sugerí.

—Sí, es posible.

El teléfono sonó estridentemente. Cogí el receptor. Mi única palabra fue «sí», a intervalos regulares. Al final, colgué el aparato y me volví, muy excitado, hacia Poirot:

—Era Japp. Primero, que eres, como de costumbre, el «mejor». Segundo, que tiene un cable de América. Tercero, que ha encontrado al chófer. Cuarto, otra vez que eres el «mejor» y que tuviste una inspiración genial al decir que había un hombre en todo esto. Me olvidé de contarle que habíamos tenido una visitante que dice que la Policía está corrompida desvergonzadamente.

—Conque, al fin, Japp está convencido, ¿verdad? —murmuró Poirot—. Es curioso que la teoría de haber un hombre en el asunto se confirme en el mismo momento en que me inclino por otra.

—¿Por cuál?

—Por la de que el motivo del asesinato de lord Edgware puede no tener nada que ver con lord Edgware mismo. Imagínate que alguien odie a Jane Wilkinson, que la odie tanto que desee verla ahorcada por asesinato… *C'est une idée, ça* —suspiró. Luego, levantándose, dijo—: Vamos, Hastings, vamos a oír lo que nos tiene que decir Japp.

CAPÍTULO VEINTE

EL CHÓFER DEL TAXI

Encontramos a Japp interrogando a un viejo de hirsutos bigotes, sobre cuya nariz bailaban unas gafas. Su voz era bronca y tristona.

—¡Ah! ¡Ya lo tenemos! —dijo el inspector—. Todo va viento en popa. Este hombre es el chófer de un taxi que fue alquilado por dos personas, un hombre y una mujer, en la noche del veintinueve de junio, en Long Acre.

—Así fue —dijo el chófer, llamado Jobson—. Por cierto que era una noche maravillosa, pues había hasta luna. La joven y el caballero estaban junto a la estación del Metro cuando me hicieron parar.

—¿Iban vestidos de etiqueta?

—Él llevaba chaleco blanco y la mujer un traje completamente blanco, con pajaritos bordados. Debían de salir de la Royal Opera.

—¿Qué hora era?

—Poco antes de las once.

—¿Qué más?

—Me dijeron que les llevase a Regent Gate y que, una vez allí, ya me indicarían la casa. ¡Ah! También me dijeron que fuera deprisa. Todos los pasajeros recomiendan lo mismo, como si a uno pudiera convenirle ir despacio. Cuanto más deprisa se va, más probabilidades hay de hacer otro viaje, lo cual es un beneficio para el chófer. Pero no se les ocurre pensar en esto, y si por desgracia sucede un accidente, entonces lo ponen a uno verde por correr tanto.

—Dejemos eso —dijo impaciente Japp—. Aquella noche no ocurrió ningún accidente, ¿verdad?

—No —dijo el hombre, como temeroso de tener que abandonar sus quejas—. No ocurrió nada —y añadió—: Como iba diciendo, fui a Regent Gate en menos de siete minutos, y al llegar frente al número ocho, creo que fue ese el número, el caballero golpeó en los cristales, indicándome que me detuviera. Lo hice así y bajaron del coche el caballero y la señora. Él se quedó junto a la portezuela, diciéndome que esperase. La señora atravesó la calle y se dirigió hacia arriba por la otra acera. El caballero, que estaba junto a mí, pero de espaldas, la siguió con la vista. Unos minutos más tarde lanzó una exclamación, y al volverme, vi que se alejaba. Le observé por si acaso intentaba estafarme, cosa que ya me había ocurrido alguna vez, y le vi entrar en una casa de la acera de enfrente.

—¿Estaba la puerta abierta?

—No; me fijé que sacaba una llave y que abría.

—¿Qué número tenía aquella casa?

—Creo que el diecisiete o diecinueve, no estoy seguro. Yo seguí esperando en el mismo sitio, y a los cinco o seis minutos salieron juntos de la casa el caballero y la señora subieron al coche y me ordenaron que les llevase a la Covent Garden Opera House. Cuando llegamos, me pagaron el viaje y se apearon. Por cierto, que me dieron una estupenda propina. Nada, que, como les he dicho a ustedes, aquélla fue una noche deliciosa, por lo menos para mí.

—Muy bien —dijo Japp—. Ahora, ¿quiere hacerme el favor de mirar estas fotografías y decirme si entre ellas está la joven que llevó usted en el taxi?

Y le mostró una docena de fotografías de mujeres jóvenes, más o menos iguales.

—Ésta es —dijo Jobson, señalando con mano segura un retrato de Geraldine Marsh en traje de noche.

—¿Está usted seguro?

—Completamente seguro. Era una joven morena y muy pálida.

—Está bien. Ahora vayamos por el hombre. Enseñaron a Jobson otra serie de fotografías.

—Tal vez fuera uno de estos dos —dijo al cabo de un rato de vacilación—; pero no estoy seguro.

Entre las fotografías que se le habían mostrado había una de Ronald Marsh, pero Jobson no la escogió. De todas maneras, las que había indicado eran de dos hombres de tipo muy parecido al del

nuevo lord Edgware.

El chófer se retiró y Japp arrojó los retratos sobre la mesa.

—Bueno, ya ha ido bastante bien esto; pero me habría gustado más que hubiese identificado al capitán Marsh por completo. Por más que el caso está clarísimo. Nada, que se han inutilizado unas cuantas coartadas. Fue usted muy listo, Poirot, cuando se le ocurrió la idea de llamar a los chóferes.

Poirot dijo modestamente:

—Al enterarme de que ambos primos habían ido a la Opera, tuve como probable que se hubiesen encontrado allí durante uno de los entreactos, siendo muy natural que los que les acompañaron aseguren que no abandonaron el teatro; pero en la media hora que suele durar el intervalo hay tiempo más que suficiente para ir y volver a Regent Gate. Desde el momento en que el novel lord Edgware se mostraba tan seguro de su coartada, comprendí que algún cabo quedaría suelto.

—Es usted el hombre más suspicaz que he conocido —dijo Japp afectuosamente—. De todas maneras, tiene usted razón: nunca se es bastante desconfiado en un mundo como el nuestro. Ahora fíjese usted en esto, que ya es lo único que nos faltaba para convencernos de que el capitán Marsh es nuestro hombre —y le tendió un papel —. Es un cable de Nueva York —siguió—. La Policía de allí se entrevistó con *miss* Lucy Adams, quien recibió la carta de su hermana. Como no era preciso que nos enviase el original, el agente que la visitó sacó copia de ella y la ha cablegrafiado. Éste es el cable, y como usted verá, es de lo más condenatorio.

Poirot tomó el mensaje con gran interés. Yo me acerqué a él y leí el contenido por encima de su hombro. El cable decía lo siguiente:

> A continuación, el texto de la carta a Lucy Adams, fechada en junio 29-8. Rosedew Mansions, Londres, S. W. 3.
>
> Mi querida hermanita: Perdona la carta tan breve que te escribí la semana pasada, pero estaba ocupadísima, pues tenía un sinfín de cosas que arreglar. ¡Oh, hermanita mía! Ha sido un verdadero éxito mi número. La crítica me pone por las nubes, los ingresos en taquilla han sido excelentes y todo el mundo se porta muy amablemente conmigo. He hecho algunas amistades, y para el próximo año pienso tomar un

teatro durante dos meses por mi cuenta. El cuadro de la bailarina rusa y el de la americana en París fueron muy bien acogidos; pero el que más entusiasma es el de *Escenas en un hotel extranjero*. Estoy tan excitada, que casi no sé ni lo que escribo. Dentro de un momento te contaré la causa de mi excitación. Antes quiero explicarte que *mister* Hergsheimer, amabilísimo como siempre, me ha invitado a comer para presentarme a *sir* Montagu Corner; este último puede hacer mucho por mí.

La otra noche me presentaron a Jane Wilkinson, quien se mostró encantada de la imitación que de ella hago, y me dijo varias veces cosas que ya te contaré. Es una mujer poco simpática y me han explicado varias cosas de ella que demuestran su falta de sensibilidad. ¡Ah!, se me olvidaba: Jane Wilkinson es *lady* Edgware, de cuyo matrimonio se cuentan cosas terribles. Lord Edgware trató a su sobrino, el capitán Marsh, de quien ya te he hablado, de la manera más ignominiosa, pues le echó de casa, y además, le retiró la pensión que le pasaba. Cuando él me lo contó, me dio muchísima pena. Y le gusta mucho mi trabajo. Me dijo: «Creo que hasta lord Edgware se confundiría. ¿Quiere usted ganarse algo?». Me reí y dije: «¿Cuánto?». Lucy querida, la contestación me dejó sin aliento: «Diez mil dólares». ¡Diez mil dólares! Pásmate…, sólo por ayudar a alguien a ganar una estúpida apuesta. «¡Vamos! —dije—. Por ese dinero soy capaz de burlarme del rey de Buckingham Palace, corriendo el riesgo de ser condenada por el delito de lesa majestad». Entonces nos pusimos de acuerdo en los detalles.

Pero termino. Ya te contaré la semana próxima si he salido bien o no. Aunque, de todas maneras, querida Lucy, tanto si salgo bien como si salgo mal, tendré los diez mil dólares. ¡Oh, hermanita mía, cuánta importancia tiene para nosotros ese dinero! Sólo me queda tiempo para preparar mi disfraz.

Mil abrazos de tu hermana,
Charlotte.

Poirot dejó la carta sobre la mesa. Comprendí que le había impresionado.

—Ya lo tenemos —dijo Japp alegremente.

—Sí —dijo Poirot.

Su voz tenía un tono raro. Japp le miró con curiosidad.

—¿Qué es eso, Poirot?

—Nada —contestó—, no es nada. Reflexionaba, eso es todo —parecía realmente impresionado—. Pero, de todas maneras, debe de ser eso —continuó, como si hablase consigo mismo—. Sí, debe de ser así.

—Claro que es así; siempre lo dijo usted.

—No, no. No me comprende.

—¿No ha sostenido usted siempre que detrás de todo este asunto estaba alguien que había metido a la muchacha inocentemente en el lío?

—Sí, sí.

—¿Qué más quiere usted? Poirot suspiró y no dijo nada.

—No sé cómo diablos es usted. Poirot. Nada le satisface. Es una verdadera suerte que la muchacha escribiese esa carta.

Mi amigo afirmó, con mucho más ardor del que antes había mostrado:

—*Mais oui*. Esto no se lo esperaba el asesino. Cuando *miss* Adams aceptó los diez mil dólares, firmó su sentencia de muerte. El asesino creyó haber tomado todas las precauciones, y con la mayor inocencia, ella fue más lista que él. Los muertos hablan. Sí, a veces, los muertos hablan.

—Bueno —dijo Japp—, tengo que hacer varias diligencias.

—¿Va usted a arrestar al capitán Marsh, mejor dicho, a lord Edgware?

—¿Por qué no? La acusación contra él es definitiva.

—Es verdad.

—Parece usted muy abatido por ello, Poirot. Lo cierto es que a usted sólo le gustan las cosas difíciles. Tenemos aquí su propia hipótesis probada, y porque está probada, ya no le satisface. ¿No encuentra usted suficientes las pruebas que tenemos?

Poirot movió la cabeza.

—No sé si *miss* Marsh estará o no complicada —siguió Japp—; parece que debía de estar enterada de ello, desde el momento en que fue con él desde la Opera. De no ser así, ¿por qué salió con su primo? En fin, ya veremos cómo se explican.

—¿Puedo ir con usted?

—Claro que sí; le debo a usted la idea.

Y cogió el cablegrama de encima de la mesa.

Yo arrastré a Poirot a un lado:

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—No me encuentro nada bien, Hastings. Esto parece que va viento en popa, pero hay todavía algo que no se aclara. Algo que se nos escapa Todo ha ido como yo me figuraba; pero hay algo, algo que está mal.

CAPÍTULO VEINTIUNO

EL RELATO DE RONALD

Yo no comprendía de ninguna manera la actitud de Poirot. ¿Era posible que, habiendo ocurrido todo como él había predicho, estuviera ahora tan preocupado? Cualquiera, al verle así, hubiese creído que acababa de sufrir un fracaso.

Durante el trayecto hacia Regent Cate permaneció ceñudo, sin prestar atención a las alabanzas que Japp le prodigaba.

De pronto salió de su abstracción, diciendo:

—De todas maneras, veamos lo que nos dice el capitán.

—Si es inteligente, no dirá nada. Infinidad de hombres se han condenado por tener demasiada prisa en declarar. De todas maneras, nadie puede echarnos en cara el que les advirtamos antes. Pero es inútil. Cuanto más culpables son, más ganas tienen de hablar y de explicar todas las mentiras que han urdido para el caso de ser interrogados por la Policía. No saben que antes de soltar un embuste hay que consultarlo con un abogado.

—Los abogados son los peores enemigos de la Justicia. Varias veces me he encontrado con casos de culpabilidad probada, y por culpa de un maldito abogado, el criminal ha sido absuelto. Es un asco. Todos están pagados para poner su inteligencia al servicio del delito.

Al llegar a Regent Gate encontramos a toda la familia en la casa comiendo. Japp solicitó hablar a solas con lord Edgware y nos hicieron pasar a la biblioteca.

A los pocos momentos, el joven lord se reunió con nosotros. Su tranquila sonrisa desapareció al ver la expresión de nuestros rostros.

—¿Cómo está usted, inspector? —preguntó—. ¿De qué se trata?

Japp le informó de todo.

—¿Conque se trata de eso? —dijo Ronald.

Acercó una silla y se sentó; luego, sacando una pitillera, dijo:

—Me gustaría, señor inspector, hacer una declaración.

—Eso… como usted quiera.

—Es una locura por mi parte, ya lo sé, pero me es igual. No tengo ningún motivo para ocultar la verdad, como dicen los héroes de novela.

Japp no contestó. Su rostro era más inexpresivo que nunca.

—Mire, aquí hay una mesita y una silla; su subordinado puede sentarse en ella y tomar taquigráficamente nota de mi declaración. La idea de lord Edgware se puso en práctica inmediatamente.

—Como tengo alguna inteligencia —siguió el capitán—, me doy perfectamente cuenta de que mi magnífica coartada ha quedado destruida, de que ya se ha esfumado como el humo, y, en fin, de que los utilísimos Dortheimer no me sirven ya de nada. Lo ha descubierto el chófer del taxi, ¿verdad?

—Conocemos todo cuanto hizo usted aquella noche —dijo Japp.

—En estos momentos siento gran admiración por Scotland Yard; de todos modos, ¿no se les ha ocurrido a ustedes pensar que si yo hubiese venido aquí con el propósito de asesinar a mi tío, no hubiera tomado un taxi y le hubiese dejado esperándome a la puerta? ¡Oh! Ya veo que a *monsieur* Poirot sí se le ha ocurrido.

—Sí; ya he reflexionado sobre ese detalle —dijo Hércules Poirot.

—Así no se comete un crimen premeditado, señores —dijo Ronald—. Para hacerlo perfectamente se caracteriza uno con gafas o con bigotes rojos y da al chófer la dirección de una de las calles próximas a Regent Gate; una vez allí, se le paga y se le despide. En fin…, no voy a decirles lo que mi abogado dirá mucho mejor que yo. Ya sé lo que van a decir, que el crimen fue un impulso repentino; que mientras esperaba junto al coche cruzó, de pronto, esa idea por mi cabeza e, impulsado por ella, entré en la casa, etcétera, etcétera. Bien; yo les voy a contar toda la verdad. Como les dije, me encontraba sin un céntimo, necesitaba dinero urgentemente. Era un caso desesperado. Si al día siguiente no pagaba cierta cantidad, tendría que huir de Londres. Entonces pensé en recurrir a mi tío. Estaba convencido de que no me quería, pero creí que por salvar el honor de su nombre me sacaría del apuro.

Antiguamente, según he leído, los hombres solían hacerlo, pero mi tío resultó ser de la más moderna indiferencia respecto a ese concepto caballeresco del honor. Entonces pensé recurrir a Dortheimer, solicitando de él un préstamo. Pero rechacé la idea, porque sabía de antemano lo que iba a pedirme a cambio, y realmente casarme con su hija era para mí una cosa imposible. Cuando todo parecía perdido, me encontré con mi prima en la Opera. Nos habíamos tratado muy poco; pero mientras estuve en casa de su padre, siempre se mostró muy buena conmigo. Le conté lo que me pasaba, aunque ella ya conocía algo por habérselo oído decir a mi tío. Entonces tuvo un gesto que demostró su generoso carácter; pues para salvarme me ofreció las perlas que había heredado de su madre.

Ronald se detuvo; su voz denotaba la emoción que sentía. Si todo aquello era fingido, sería necesario reconocer que era un actorazo.

—Acepté la oferta de la bendita muchacha. Con el collar podría obtener el dinero que necesitaba. Le juré que se lo devolvería, aunque tuviese que trabajar día y noche. Como las perlas estaban en su casa, en Regent Gate, pensamos que lo mejor era ir a buscarlas enseguida; por eso salimos del teatro en el entreacto y cogimos un taxi. Nos detuvimos una casa más allá de la de mi tío para evitar que alguien oyese el ruido del coche al detenerse. Geraldine se apeó, y atravesando la calle, se dirigió hacia su casa; como tenía llave, subiría sin hacer ruido a sus habitaciones y me traería las perlas. No era probable que encontrase a nadie; en todo caso a alguna de las criadas, pues *miss* Carroll, la secretaria de mi tío, acostumbra acostarse a las nueve y media, y mi tío lo más probable era que estuviese en la biblioteca. Mientras aguardaba el regreso de Dina, encendí un cigarrillo y me quedé mirando hacia la casa para verla venir. Y ahora, señores, llego a la parte de mi relato que les parecerá increíble. Mientras esperaba, pasó por mi lado un hombre que, con gran asombro mío, se dirigió a esta casa y, subiendo la escalinata, entró en ella. Tuve la impresión de que había entrado aquí, en el número diecisiete; pero como la distancia era bastante grande, creí que habría sido una confusión mía y que el hombre en cuestión debió de haber entrado en otra casa. Me extrañó mucho por dos razones; una, porque aquel sujeto había abierto la puerta

con llave, y la otra, porque me pareció reconocer en él a un célebre artista de cine. Estaba tan sorprendido, que quise salir de dudas, al recordar, de pronto, que llevaba la llave de la casa, llave que había perdido hacía unos tres años y que encontré después, cuando menos lo esperaba. Aquella mañana la cogí para entregársela a mi tío; pero con la discusión se me olvidó, y al cambiar de ropa para ir al teatro la metí, distraídamente, con otros objetos en un bolsillo.

»Después de decirle al chófer que aguardase, me dirigí hacia aquí rápidamente y abrí la puerta. El vestíbulo estaba completamente desierto. No se advertía la presencia de nadie. Durante unos instantes miré a mi alrededor. Luego me dirigí a la puerta de la biblioteca Tal vez el hombre que había visto entrar estaría hablando con mi tío. De ser así, oiría el murmullo de sus voces. Escuché atentamente, pero no oí absolutamente nada.

»De repente, comprendí que había cometido una verdadera locura. Sin duda, aquel individuo había entrado en otra casa, seguramente la de al lado. Hay que advertir que Regent Gate está muy mal alumbrado durante la noche. La verdad era que había obrado como un verdadero inconsciente. ¿Por qué había tenido que seguir a semejante personaje? Si por casualidad llega a salir mi tío de la biblioteca y me encuentra allí, hubiese puesto a Geraldine en un verdadero compromiso, destruyendo, además, mi única tabla de salvación. Decidí, pues, marcharme inmediatamente.

Hizo una corta pausa. Luego prosiguió.

Me dirigí lo más sigilosamente posible hacia la puerta, en el mismo momento en que Geraldine bajaba la escalera con las perlas en la mano. Al verme, como era natural, se asustó mucho. Salimos juntos, y una vez en la calle, le conté lo ocurrido. Volvimos a la Ópera. Llegamos en el preciso momento que levantaban el telón. Nadie sospechó que hubiésemos ido tan lejos. Era una noche muy calurosa y muchos espectadores habían salido a la calle a respirar un poco el aire fresco.

Ronald se detuvo de nuevo.

—Me van ustedes a decir que por qué no les conté esto antes. Y yo les respondo: ¿Es que ustedes declararían teniendo, como tenía yo, motivos para cometer un crimen, que habían estado en la casa donde se cometió ese crimen poco tiempo después de haberse cometido? Francamente, tuve miedo. Aun en el caso de ser creído,

la declaración de la verdad me hubiese reportado una serie de molestias. Nosotros no teníamos nada que ver con el crimen. No habíamos visto ni oído nada que pudiese ayudar a descubrir al verdadero culpable. ¿Para qué mezclarme, pues, en un asunto así? Si le conté lo de la pelea con mi tío y la falta de dinero, fue porque supuse que se enterarían ustedes, y creí evitar de esa manera el que ustedes sospechasen de mí y examinasen más a fondo la coartada. Tenía la seguridad de que los Dortheimer estaban convencidos de que había permanecido durante todo el tiempo en Covent Garden. El que uno de los entreactos lo pasase con mi prima no les hubiese parecido nada sospechoso, y ella misma podía decir que durante el entreacto habíamos estado juntos en el mismo teatro.

—¿Estuvo conforme mis Marsh en prestarse a este encubrimiento?

—Sí; tan pronto como me enteré del asesinato de mi tío, vine a verla, rogándole que guardase silencio sobre nuestra visita nocturna. Le dije que declarase que nos habíamos encontrado en la Ópera durante el entreacto y que salimos a pasear por la calle. Comprendió los motivos y se mostró conforme.

Se detuvo.

Sé que todo se pone en contra mía, que mi propia declaración vale muy poco porque es tardía. Pero le aseguro que lo que les he contado es la pura verdad. Le puedo dar el nombre y dirección del hombre que aquella misma noche me prestó el dinero por las perlas de Geraldine. Y si quieren ustedes hablar con ella, les dirá, palabra por palabra, cuanto acabo de decir.

Miró a Japp. Éste continuaba tan inexpresivo como antes. Al cabo de un momento, preguntó:

—Nos ha dicho antes que creía que la criminal era Jane Wilkinson, ¿verdad, lord Edgware?

—¿No hubiera usted creído lo mismo después de lo dicho por el criado?

—¿Y qué hay de su apuesta con *miss* Adams?

—¿Una apuesta con *miss* Adams? ¿Quiere decir usted con *miss* Charlotte Adams? ¿Por qué tenía que existir una apuesta entre nosotros?

—¿Es que va usted a negar que le ofreció la cantidad de diez mil dólares para que se caracterizase como Jane Wilkinson y se

presentase a lord Edgware?

Ronald le miró asombrado.

—¿Que yo le ofrecí a Charlotte Adams diez mil dólares? Eso es una majadería. Sin duda, señor inspector, se han querido burlar de usted. Nunca he tenido yo diez mil dólares. ¿Y es ella quien se lo ha dicho? ¡Oh, ya no me acordaba que había muerto! —Ronald nos miró; su rostro estaba pálido como el de un difunto—. No entiendo lo que ocurre —continuó—; yo les he contado la pura verdad, aunque supongo que ninguno de ustedes lo creerá.

Y ante el asombro de todos, Poirot exclamó:

—Yo sí le creo a usted.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

EL EXTRAÑO COMPORTAMIENTO DE HÉRCULES POIROT

Estábamos en nuestras habitaciones.

—¿Por qué…? —empecé.

Poirot me detuvo con el gesto más extravagante que le había visto hacer. Con los brazos en alto, me dijo:

—Te lo ruego, Hastings, te lo ruego. Ahora no, ahora no. Y tras esto se puso el sombrero y salió de la habitación. Aún no había vuelto cuando, una hora más tarde, apareció Japp.

—¿Está fuera nuestro hombrecito? —preguntó. Asentí, mientras Japp se dejaba caer en una silla. Enjugóse la frente con un pañuelo, pues el día era caluroso.

—¿Qué diablos le pasó? —inquirió—. Le aseguro, capitán Hastings, que me hubiera hecho caer de un soplo cuando se dirigió a lord Edgware y le dijo: «Le creo». Parecía como si estuviese actuando en un melodrama. Me dejó turulato.

Le contesté que a mí me había ocurrido lo mismo.

—Y ahora se va de casa —siguió Japp—. ¿Le ha contado a usted algo?

—Nada —repliqué.

—¿Nada?

—Absolutamente nada. Cuando le fui a hablar no me hizo caso. Creí que era mejor no molestarle. Al llegar aquí traté de interrogarle; pero agitó los brazos, cogió el sombrero y se marchó.

Nos miramos mutuamente. Japp se barrenó con un dedo la sien.

—Tal vez… —dijo.

En aquel momento yo estaba dispuesto a admitirlo. Japp había sugerido a menudo que Poirot estaba «chiflado». Claro que siempre era en los casos en que no entendía lo que Poirot iba a hacer. En el actual me vi obligado a confesar que no entendía la actitud de Poirot. Si no «chiflado», estaba, por lo menos, sospechosamente variable. En el mismo momento en que su propia teoría se confirmaba triunfalmente, la rechazaba.

Era para descorazonar a cualquiera. Moví la cabeza con desaliento.

—Siempre ha sido muy particular —dijo Japp—. Es un genio, lo admito. Pero los genios siempre están bordeando la línea de la chifladura, a punto de atravesarla a cada momento. Le gustan los casos difíciles. Un caso claro nunca es bueno para él. Ha de ser tortuoso. Y es que no le gusta la vida normal; por eso hace de la suya una especie de juego. Bueno, se habrá ido a buscar otra pista. Si las cosas salen bien, hasta es capaz de hacer trampa para volverlas más difíciles, más complicadas.

No sabía qué contestarle. Estaba demasiado turbado para poder pensar con claridad. También yo encontraba inexplicable la conducta de Poirot, y aunque apreciaba mucho a mi extraño amigo, me sentía en extremo molesto.

En medio de un profundo silencio entró Poirot en la habitación. Con alegría, vi que venía tranquilo.

Se quitó el sombrero muy cuidadosamente y lo dejó con el bastón sobre la mesa, sentándose en su sillón habitual.

—Me alegro de que esté usted aquí, amigo Japp. Deseaba verle lo antes posible.

Japp le miró sin contestar y aguardó a que Poirot se explicase. Mi amigo empezó a hablar lentamente.

—*Ecoutez*. Japp. Estamos equivocados, completamente equivocados. Es triste admitirlo, pero hemos cometido un error.

—Está bien —dijo Japp.

—No, no está bien. Es una cosa deplorable y me entristece mucho.

—No se preocupe por ese joven. Tiene merecido todo cuanto le ocurre.

—No me preocupo por él, sino por usted.

—¿Por mí? No tiene usted que preocuparse por mí.

—No lo puedo remediar. ¿Quién fue el que le metió en ese lío? Hércules Poirot. *Mais oui*, yo le metí en ese enredo. He sido yo quien ha dirigido todo este asunto.

—Pero he sido, yo quien lo ha ejecutado todo —dijo fríamente —. Usted sólo me hizo algunas indicaciones.

—*Cela ce peut*, pero me consuela. Si algún perjuicio… Si perdiese usted su prestigio a causa de mis ideas…, me lo reprocharía toda la vida.

Japp parecía divertido. Creo que suponía que los pensamientos de Poirot no eran nada limpios. Debía de creer que sentía celos de la fama que le valdría haber esclarecido el caso.

—Eso está muy bien —dijo—. No me olvidaré de hacer constar lo que le debo a usted en el esclarecimiento de este suceso —y me hizo un guiño.

—¡Oh, no se trata de eso! —dijo Poirot impaciente—. No deseo fama. Es más, le diré que en este asunto nadie va a ganar la menor fama. Le espera a usted un fracaso, y precisamente yo, Hércules Poirot, soy la causa.

Ante su melancólica expresión, Japp estalló en carcajadas. Poirot le miró, enfadado.

—Perdone, Poirot —se enjugó los ojos—; pero tiene usted un aspecto tan cómico… Vamos, no se preocupe más de todo esto. Estoy dispuesto a cargar con la fama o con el descrédito que puedan derivarse de todo ello. Puede resultar esto último, tiene usted razón; pero, de todos modos, yo haré lo posible por procurarme una prueba de culpabilidad. Acaso un abogado hábil pudiera conseguir la absolución de lord Edgware, pues con el jurado todo es posible. Pero aun así no me resultaría ningún perjuicio. Se sabría que habíamos cogido al verdadero culpable, aunque no pudiéramos presentar una prueba palmaria.

Poirot le miró triste e indulgentemente.

—¡Siempre es usted optimista, siempre tiene confianza! Nunca se le ocurre preguntarse si una cosa puede ser o no. Nunca duda; mejor dicho, siempre piensa que todo es fácil.

—A usted le gusta complicarse la vida; a mí, no. Y muchas veces, permítame que se lo diga, se desvía usted. ¿Por qué motivo no puede ser fácil una cosa? ¿Por qué ha de haber perjuicio en una cosa sólo porque sea sencilla?

Poirot le miró, dio un suspiro y movió la cabeza.

—*C'est fini*. No diré nada más.

—¡Estupendo! —dijo Japp cordialmente—. Y ahora, ¿quiere usted saber lo que he estado haciendo?

—¡Claro!

—Pues bien: vi a Geraldine, y la historia que me contó concuerda exactamente con la de lord Edgware. Sin duda él la instruyó sobre lo que tenía que decir; ella parece que le quiere mucho, pues se conmovió enormemente cuando se enteró de que había sido arrestado.

—¿Y la secretaria, *miss* Carroll?

—Se quedó muy sorprendida; por lo menos, así me lo pareció.

—Y de las perlas, ¿qué hay? —pregunté—. ¿Era verdad lo que nos contó?

—Totalmente. Las pignoró a la mañana siguiente muy temprano, pero no creo que eso influya en lo esencial del caso. Estoy seguro que el plan ya lo tenía madurado cuando fue al encuentro de su prima en la Ópera. Se le debió de ocurrir de pronto. Estaba desesperado y aquello era una solución. Supongo que meditaría algo por el estilo. Por eso llevaba la llave consigo. Cuando habló con su prima vio que mezclándola a ella en el asunto conseguiría él una mayor impunidad. Le habló, le insinuó lo de las perlas, se las ofreció ella y fueron a buscarlas. En cuanto entró ella en la casa, él la siguió y fue hacia la biblioteca, donde tal vez su tío estaría adormilado en la silla. En menos de dos segundos cometió el asesinato y salió de allí. Supongo que no desearía que la muchacha le sorprendiese dentro de la casa. Debió de querer fingir que había estado paseando de arriba abajo junto al taxi. El chófer tal vez creyera que se había ido a dar una vuelta mientras fumaba un cigarrillo. Recuerde usted que el taxi estaba en dirección contraria. Naturalmente, a la mañana siguiente tenía que pignorar las perlas, fingiendo que se encontraba necesitado de dinero. En cuanto oyó hablar del crimen, asustó a la muchacha para que ocultase la visita a la casa, debiendo decir que habían paseado juntos durante aquel entreacto en la Ópera.

—Entonces, ¿por qué no lo han hecho? —preguntó Poirot vivamente. Japp se encogió de hombros.

—Cambiaron de parecer. O temieron que ella no pudiese seguir

ocultándolo. Es una mujer muy nerviosa.

Después de uno o dos minutos, dijo Poirot:

—¿No le parece que le hubiese sido más fácil al capitán Marsh salir él solo de la Ópera durante uno de los entreactos, entrar en la casa sigilosamente gracias a la llave, matar a su tío y volver a la Ópera, en lugar de tener un taxi fuera y una muchacha nerviosa a punto de bajar la escalera, y perdiendo la cabeza, echarlo todo a rodar?

Japp sonrió.

—Eso es lo que usted y yo hubiésemos hecho. Pero nosotros somos un poco más listos que el capitán Ronald Marsh.

—No sé. Me hace el efecto de que es un joven muy inteligente.

—Pero no tanto como Hércules Poirot. De eso estoy completamente seguro —y Japp se echó a reír. Poirot le miró fríamente.

—Si no es culpable, ¿por qué convenció a *miss* Adams para que hiciese aquella obra de arte? —continuó Japp—. Sólo puede haber una razón, y es la de proteger al verdadero criminal.

—En eso estoy completamente de acuerdo en algo.

—Podía haber sido él quien realmente hablase a *miss* Adams —murmuró Poirot—. Pero no…, no, eso es una tontería —luego, mirando de repente a Japp, lanzó una rápida pregunta—: ¿Cuál es su opinión respecto a la muerte de ella?

Japp carraspeó.

—Me inclino a creer en un accidente. Un accidente muy útil, lo confieso. No creo que él tenga nada que ver con esa muerte. Su coartada es muy fuerte. Después de la Ópera estuvo en Sobranis, con los Dortheimer, hasta pasada la una. Luego se fue a dormir. Es un ejemplo de la suerte infernal que tienen a veces los criminales. De todas maneras, si el accidente no hubiese ocurrido, él tendría seguramente algún plan para con ella. Le habría asustado, le hubiera dicho que la detendrían por asesina si contaba la verdad y luego la habría acabado de tranquilizar con una buena cantidad de dinero.

—Pero… —Poirot le miró fijamente—, ¿acaso cree usted que *miss* Adams hubiese permitido que ahorcasen a otra mujer, poseyendo ella las pruebas que podían salvarla?

—Jane Wilkinson no hubiese sido ahorcada. La cena de *sir*

Montagu era una prueba muy fuerte.

—Pero el asesino no lo sabía. Él contaba con que Jane Wilkinson sería ahorcada y que Charlotte Adams guardaría secreto.

—A usted le gusta mucho hablar por hablar, amigo Poirot, y ahora está firmemente convencido de que Ronald Marsh es un angelical muchacho, incapaz de hacer nada malo. ¿Cree usted ese cuento de que vio entrar subrepticiamente a un hombre en la casa?

Poirot se encogió de hombros.

—¿Sabe usted quién dice que creyó que era? —añadió Japp.

—Me lo imagino.

—El artista de cine Bryan Martin. ¿Qué le parece? Un hombre que no conocía a lord Edgware.

—Sí; resulta bastante extraño que un hombre así entrase con llave en aquella casa.

—¡Ah! —dijo Japp con una expresión de alegría en el rostro—. Y ahora supongo que se sorprenderá usted al enterarse de que Bryan Martin no estaba en Londres entonces. Fue con una joven a cenar a Molesey y no volvieron hasta después de medianoche.

—¡Ah! —dijo Poirot suavemente—. No me sorprende. ¿Pertenece también a la profesión esa joven?

—No; es una muchacha que tiene una tienda de sombreros. Casualmente es la amiga de *miss* Adams, *miss* Driver. Supongo que aceptará su declaración sin sospechas.

—Sin duda, amigo mío.

—La historia que nos contó es absurda. Nadie entró en el número diecisiete ni en ninguna de las casas de aquella acera. ¿Qué nos demuestra eso? Pues que su excelencia es un embustero.

Poirot movió la cabeza tristemente, mientras Japp se levantaba, sintiéndose vencedor.

—Estamos en lo cierto, no lo dude, Poirot.

—¿Quién es «D. París, noviembre»? Japp se encogió de hombros.

—Supongo que se trata de una antigua historia. ¿Acaso no puede una muchacha conservar seis meses un recuerdo sin que éste tenga algo que ver con el crimen?

—Seis meses —murmuró Poirot. De pronto brilló en sus ojos una luz—. *Rien, que je suis bête!*

—¿Qué dice? —me preguntó Japp.

—Vamos a ver —Poirot se puso en pie y golpeó el pecho de Japp

—. ¿Por qué la sirvienta de *miss* Adams no ha reconocido esa caja? ¿Por qué tampoco la ha reconocido *miss* Driver?

—¿Qué quiere usted decir?

—Porque la caja era nueva. Acababa de recibirla. «París, noviembre». Eso está muy bien; sin duda es la fecha de la cual la caja es un recuerdo, pero la recibió entonces, no antes. Acababa de ser comprada. Investigue esto, se lo ruego, mi buen Japp. Es una contingencia. No fue comprada aquí; algún joyero lo hubiese dicho. Ha sido fotografiada y descrita por todos los periódicos. Sí, sí. En París. O acaso en alguna otra ciudad del extranjero, pero me hace el efecto que ha sido en París. Procure comprobarlo, se lo ruego. Haga las investigaciones necesarias. Estoy deseando saber quién es ese misterioso «D».

—Nada se pierde —dijo Japp—. No siento el menor entusiasmo, pero haré cuanto pueda. Cuanto más sepamos, mejor. Y saludándonos amablemente, se marchó.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

LA CARTA

—Ahora —dijo Poirot— vamos a comer —y cogiéndome del brazo añadió, sonriendo—: Renace la esperanza.

Me alegré que hubiera vuelto a su antigua idea. Aunque yo no estaba muy convencido de la culpabilidad del joven Ronald, creí que tal vez se había dejado convencer por las palabras de Japp respecto a lo acertado de sus antiguas observaciones. De ser así, todo lo referente a encontrar al comprador de la cajita de oro no sería más que un simple modo de salvar el orgullo de mi amigo.

Una vez sentados amigablemente en una mesa del restaurante, vi con gran asombro, al otro extremo del salón, a Bryan Martin y a Jenny Driver comiendo juntos. Recordando las palabras de Japp, sospeché un posible idilio amoroso entre ellos.

Al vernos, Jenny movió la mano, saludándonos.

Cuando estábamos tomando el café, Jenny se levantó, y dejando a su compañero vino hacia nuestra mesa. Mostrábase tan vivaz como siempre.

—¿Puedo sentarme y hablar unos instantes con usted, *monsieur* Poirot?

—¡No faltaba más, señorita! Me alegro de verla. Parece que su amigo no quiere acompañarnos.

—He sido yo quien le ha dicho que no viniese, pues quiero hablarle a usted de Charlotte.

—¡Ah!

—Usted deseaba saber si tenía algún amigo, ¿no es cierto?

—Sí.

—Desde el día que me hizo esa pregunta no he dejado de pensar

en ello y han acudido a mi memoria algunas palabras y frases sueltas que, si bien al oírlas por primera vez no les di importancia, al recordarlas ahora me han hecho llegar a una conclusión.

—¿Qué conclusión es esa, señorita?

—La de que el hombre por quien Charlotte se interesaba, o empezaba a interesarse, era Ronald Marsh.

—¿Y qué le ha hecho creer tal cosa?

—Lo siguiente: Un día, Charlotte comentaba la mala suerte que tienen algunos hombres, que siendo muy decentes van cada vez de mal en peor. Vamos, se expresaba como cualquier mujer cuando empieza a interesarse por un hombre. ¡Hola!, pensé, ya tenemos algún amor de por medio. No aludió a nadie, pero casi inmediatamente se puso a hablar de Ronald Marsh y de lo mal que se había portado con él su tío. El tono con que habló de esto último fue de completa indiferencia, y, claro, no se me ocurrió asociar las dos cosas. Pero ahora, al recordar aquella conversación, he pensado que tal vez el hombre por quien se interesaba Charlotte era Ronald Marsh. ¿No le parece a usted, *monsieur* Poirot?

Después de decir todo aquello se quedó mirando a mi amigo.

—Creo, señorita, que me ha proporcionado usted una información muy valiosa.

—¡Qué bien! —dijo Jenny palmoteando. Poirot la miró, riendo.

—Quizá no sepa usted que el caballero a quien se acaba de referir, o sea, el capitán Ronald Marsh, ha sido detenido.

—¡Oh! Entonces mi noticia ha llegado tarde.

—No, nunca es tarde; por lo menos para mí. Muchas gracias por todo, señorita.

Jenny se levantó y volvió a reunirse con Bryan Martin.

—Supongo que esto te hará dudar de tus ideas —le dije a Poirot.

—Por el contrario, me hace afirmarme más en ellas —contestó.

A pesar de sus afirmaciones, yo estaba convencido de que empezaba a debilitarse su convicción.

En los días que siguieron no volvió a mencionarse el caso Edgware. Si alguna vez hablaba yo de él, sólo recibía por contestación algún monosílabo. Parecía no interesarle en absoluto. Sin duda, se había visto obligado a desechar las fantásticas ideas que pasaron por su cerebro y admitir que la primera había sido la real y que el verdadero asesino era Ronald Marsh. Pero como yo

conocía muy bien a Poirot, sabía que antes de reconocer que se había equivocado prefería simular que ya no le interesaba el asunto.

Yo interpreté así su actitud, y mi idea parecía confirmada por los hechos, pues Poirot no se interesó por ninguno de los trámites judiciales que siguieron al crimen. En cambio, se ocupaba de otros asuntos, no mostrando, como ya he dicho, el menor interés por el caso Edgware.

Quince días después de los sucesos narrados en el último capítulo me convencí de que la interpretación que daba yo a su actitud era completamente equivocada.

Era la hora del almuerzo. Como siempre, la correspondencia se amontonaba ante Poirot. Fue mirando las cartas una tras otra, y de pronto lanzó una exclamación de alegría, al mismo tiempo que separaba de las demás cartas una con sellos norteamericanos.

La abrió con una pequeña plegadera. Le miré con interés al verle mostrar tanta alegría. Había una carta y un anexo.

Poirot la leyó dos veces, me miró y dijo:

—¿Quieres hacer el favor de mirar esto, Hastings? Yo cogí el papel, que decía lo siguiente:

> *Monsieur* Poirot:
>
> Me ha conmovido profundamente su amabilísima carta. ¡Me sentía tan abrumada por todo! Además de mi terrible dolor, me he sentido afrentada por las cosas que se han insinuado respecto a Charlotte, la mejor de las hermanas. No, *monsieur* Poirot; ella no tomaba drogas, estoy segura. Sentía un verdadero horror por ellas. Se lo he oído decir muchas veces. Si tomó parte en algo relacionado con la muerte de ese pobre hombre, fue ingenuamente; bien claro lo prueba su carta. Le envío adjunta dicha carta, que me escribió la pobre y que usted me pide. Estoy segura de que la conservará usted y que me la enviará cuando ya no la necesite. Deseo que, como usted cree, le ayude a descubrir el misterio de su muerte.
>
> Me pregunta usted si Charlotte se refería en sus cartas a algún amigo en particular. En su correspondencia me hablaba de un sinfín de personas, pero no mencionaba a nadie especialmente. De los únicos que hablaba a menudo era de Bryan Martin, a quien conocía hacía muchos años; de una muchacha llamada Jenny Driver, y del capitán Marsh.
>
> Quisiera poder hacer algo por ayudarle, pues se muestra usted

conmigo muy bondadoso y parece comprender lo mucho que Charlotte y yo éramos la una para la otra.
Suya, agradecida,

Lucy Adams.

P. S.:
Un policía acaba de venir a buscar esta misma carta. Le he dicho que se la había enviado a usted. Esto, desde luego, todavía no era verdad, pero me ha parecido mejor que fuese usted el primero en verla. Parece ser que Scotland Yard la necesita como prueba contra el asesino. Haga el favor de entregársela. Pero procure que se la devuelvan cuando sea. Tenga en cuenta que son las últimas palabras que me dirigió Charlotte.

—¡Conque escribiste a Lucy Adams! —dije al dejar la carta sobre la mesa—. ¿Por qué has hecho eso, Poirot? ¿Por qué has pedido el original de la carta?

Estaba sacando el anexo que ya he mencionado.

—En realidad no sabría decírtelo, Hastings; sólo porque podría, tal vez, explicar lo que para mí resulta inexplicable.

—No sé qué podrás sacar del contenido de esa carta. Charlotte misma se la entregó a la camarera para que la echase al correo. No pudo haber ninguna trampa en ella.

—Ya lo sé, ya lo sé. Y esto es lo que hace el caso tan difícil. Porque, Hastings, tal como está redactada, esta carta es absurda.

—Eso es una tontería.

—*Sí, sí*. Fíjate bien, hay cosas en este asunto que pueden ser; van unidas las unas a las otras con orden y método, de una manera lógica. Pero esta carta resulta incongruente. ¿Quién está equivocado, Hércules Poirot o la carta?

—Desde luego, tú no crees posible que el equivocado sea Hércules Poirot —dije de la manera más delicada que fui capaz. Poirot me reconvino con la mirada.

—A veces, en efecto, me he equivocado; pero no en esta ocasión. La carta parece absurda y lo es… Hay algo en ella que se nos escapa y quiero descubrirlo a todo trance.

Y de nuevo se enfrascó en el examen de la dichosa carta, empleando un pequeño microscopio de bolsillo.

Después de repasarla hoja por hoja, me la entregó. Yo, claro está, no pude advertir nada anormal. Estaba escrita con una letra firme y elegante, y palabra por palabra era la misma que había sido cablegrafiada.

Poirot lanzó un profundo suspiro.

—No hay la menor falsificación: toda está escrita por la misma mano. Pero te digo que esto es incomprensible.

Se levantó, pidiéndome con gesto impaciente la carta. Se la entregué, y de nuevo se enfrascó en su estudio.

De pronto lanzó un grito.

Yo me había apartado de la mesa y estaba mirando la calle por la ventana. Al oír el grito me volví rápidamente.

Poirot parecía agitadísimo. Sus ojos brillaban como los de un felino y le temblaban las manos.

—Fíjate, Hastings; ven aquí, ¡pronto!… Mira.

Me acerqué. Ante él estaba extendida una de las hojas manuscritas. No vi nada raro en ella.

—¿No lo ves? Las demás hojas tienen los ángulos perfectos; son hojas sueltas. Pero ésta no, fíjate; uno de los ángulos se ve que ha sido roto. ¿Comprendes lo que significa? Ésta era una hoja doble, un pliego. Por tanto, falta una de las hojas de la carta.

—Pero ¿cómo puede ser? Es incomprensible.

—Sí, sí, es incomprensible. Aquí está ese algo raro que digo yo. Lee y lo verás. ¿Lo ves? —dijo Poirot—. La hoja termina cuando ella está hablando del capitán Marsh y expresa la pena que por él siente. Luego sigue: «y le gusta mucho mi trabajo». Ahora viene la otra hoja, que empieza: «me dijo». No cabe la menor duda de que una de las hojas se ha perdido. El «me dijo» de la nueva hoja no puede referirse al capitán Marsh. Ha de aludir, por fuerza, al otro hombre, el organizador de la farsa. Fíjate que después de esto ya no se menciona ningún nombre. *Ah, c'est épatant!* De una manera o de otra, el asesino se debió apoderar de la carta, acaso con intención de destruirla; pero de repente, al leerla, vio la manera de aprovecharse de ella. Entonces suprimió una de las hojas y la carta se convirtió en una acusación contra un hombre que tiene sobrados motivos para desear la muerte de lord Edgware. ¡Ah!, aquella carta era un verdadero regalo para él. Por tanto, corta la hoja en que se le nombra y devuelve la carta.

Le contemplé con gran admiración. No estaba completamente convencido de su teoría. Me parecía más natural que Charlotte hubiese usado una hoja cualquiera, que por casualidad estaba rasgada.

Pero Poirot parecía tan transfigurado por la alegría, que no tuve valor para sugerirle aquella vulgar posibilidad. Después de todo, podía tener razón.

Me aventuré, sin embargo, a exponerle una o dos objeciones a su teoría:

—Pero ¿cómo pudo ese hombre, sea quien sea, apoderarse de la carta? *Miss* Adams la sacó de su monedero y se la dio ella misma a su criada para que la echase al correo. La misma mujer nos lo dijo.

—Pues tenemos que creer una de esas dos cosas: o que la criada ha mentido o que durante aquella noche Charlotte se encontró con el asesino.

Moví la cabeza.

—Para mí —continuó Poirot—, lo último es lo más probable. Todavía no sabemos dónde estuvo Charlotte Adams durante el tiempo que pasó desde que salió de su casa hasta las nueve, hora en que fue a depositar la caja a la estación de Euston. Creo que durante ese tiempo se encontró con el asesino en algún lugar convenido, donde probablemente cenaron juntos. Él le debió de dar las últimas instrucciones.

En cuanto a lo que sucedió con la carta, eso no lo sabemos; sólo se pueden hacer conjeturas. Tal vez la llevase en la mano para echarla al correo y la dejó sobre la mesa del restaurante. Él debió leer la dirección, y presintiendo un peligro se apoderó de ella hábilmente; después, con cualquier excusa, abandonó la mesa y fue a leerla; rasgó la hoja y la volvió a dejar sobre la mesa o se la entregó al marcharse, diciéndole que se le había caído sin ella darse cuenta. La forma en que esto ocurrió no tiene importancia; lo que se ve claro es que Charlotte estuvo con el asesino aquella noche, antes del crimen o después, puesto que cuando salió de la Corner House había tiempo suficiente para una corta entrevista. Me figuro, aunque tal vez me equivoque, que fue el asesino quien le entregó la cajita de oro, quizá como recuerdo de su primer encuentro. Si así fue, el asesino es «D».

—No veo qué papel puede jugar en este asunto la cajita de oro.

—Óyeme, Hastings: Charlotte Adams no tomaba veronal. Lo afirma así su hermana, y yo lo creo. Era una muchacha inteligente y sensata, que no sentía ninguna inclinación por esas cosas. Ninguna de sus amigas ha visto esa caja. Ni siquiera su criada. Entonces, ¿cómo es que se encontró en su poder después de muerta? Sencillamente, para dar la impresión de que había tomado veronal y de que lo venía tomando desde hacía por lo menos seis meses. Pues bien: hay que suponer que se encontró con el asesino, aunque sólo fuese cinco minutos. Que bebieron juntos para celebrar el éxito de la broma y que en el vaso de la muchacha puso el suficiente veronal para impedir que se despertase a la mañana siguiente.

—Es horrible —dije estremeciéndome.

—Sí; no es muy agradable —afirmó Poirot secamente.

—¿Le vas a contar todo eso a Japp?

—De momento, no. ¿Qué podría decirle en concreto? El excelente Japp me contestaría que era un exceso de imaginación y que la muchacha había escrito en una hoja cualquiera. *C'est tout.*

Miré hacia el suelo. Poirot continuó:

—¿Qué le contestaría yo? Nada, puesto que es una cosa muy verosímil, aunque yo sé positivamente que no fue así, porque, sencillamente, es imposible —se detuvo un momento. Su rostro reflejaba preocupación—. Si ese personaje fuese metódico y ordenado, hubiese cortado la hoja en lugar de arrancarla, y de ese modo no nos hubiéramos dado cuenta de nada en absoluto.

—De lo cual tenemos que deducir que es un hombre descuidado —dije sonriendo.

—No; únicamente que debía de tener prisa ¡Oh! El tiempo le apremiaba de seguro —se detuvo otra vez, y luego prosiguió—: Supongo que te habrás fijado en una cosa. Ese «D» debe haberse procurado una excelente coartada para el caso de ser descubierto.

—No veo cómo se podía procurar una coartada si pasó el tiempo en Regent Gate cometiendo el crimen y luego con Charlotte.

—Precisamente —dijo Poirot—. Esto es lo que yo quiero decir. Necesita forzosamente una coartada, así es que debió de preparar una. Además, digo yo: ¿empieza realmente su apellido con D o simplemente esa D es la inicial de un sobrenombre por el cual ella le conocía? —Se detuvo un momento y luego dijo lentamente—: Un individuo cuyo nombre o apellido empieza con D. Tenemos que

encontrarlo, Hastings, tenemos que encontrarlo a toda costa.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

NOTICIAS DE PARÍS

Al día siguiente tuvimos una inesperada visita. Nos anunciaron a Geraldine Marsh. Sus enormes ojos negros parecían más grandes que nunca Oscuros círculos los rodeaban, como si hubiese pasado varios días sin dormir. Su rostro estaba extraordinariamente marchito para una mujer tan joven, que más que una mujer era una niña todavía.

—He venido a verle, *monsieur* Poirot, porque ya no puedo más; estoy terriblemente angustiada.

—¿Por qué motivos, señorita?

Los modales de mi amigo eran muy afables.

—Ronald me ha contado lo que le dijo a usted aquel día, me refiero al terrible día en que fue detenido —se estremeció—. Me contó que al decirles que estaba seguro de que nadie le creería, usted fue hacia él y le dijo: «Yo le creo». ¿Es verdad eso, *monsieur* Poirot?

—Sí, señorita; eso mismo fue lo que le dije.

—Sí, ya lo sé; pero no es eso… No le pregunto si son verdad esas palabras, sino si cree usted en ellas.

Permanecía ante él con las manos juntas, demostrando una gran ansiedad.

—Las palabras de su primo eran ciertas, señorita —dijo Poirot lentamente—. No creo que haya sido él quien matase a lord Edgware.

—¡Oh! —El color volvió a su rostro—. Entonces piensa usted, sin duda, que fue otra persona.

—*Evidemment*, señorita —dijo sonriendo.

—¡Oh, qué estúpida soy; no digo más que tonterías! Lo que yo quiero decir es… si cree conocer ya al asesino. Se inclinó hacia adelante con ansiedad.

—Tengo sospechas, naturalmente, algunas sospechas.

—Dígamelas, por favor, dígamelas.

—Podrían ser falsas.

—Entonces es que sospecha usted concretamente de alguien. Poirot movió la cabeza.

—Si supiese un poco más —dijo la joven—, ¡me tranquilizaría tanto! Y tal vez pudiera ayudarle en sus pesquisas. Sí, creo que podría serle de alguna ayuda.

Sus ruegos eran para convencer a cualquiera, pero Poirot continuó negando con la cabeza.

—La duquesa de Merton está completamente convencida de que fue mi madrastra —dijo pensativamente la joven, dirigiendo una interrogadora mirada a Poirot.

Éste se hizo el desentendido.

—Pero ¡yo tengo que descubrir la verdad! —exclamó Geraldine.

—¿Cuál es su opinión respecto a su madrastra?

—La conozco muy poco. Yo estaba en el colegio, en París, cuando mi padre se casó con ella. Cuando llegué a casa se mostró amable conmigo. Mejor dicho, apenas se fijó en mi presencia. Me hizo el efecto de que era una cabeza vacía y sumamente egoísta.

—Ha hablado usted de la duquesa de Merton. ¿La ha visto mucho últimamente?

—Sí. Se ha portado muy bien conmigo. He pasado muchos ratos con ella durante estos últimos quince días. Ha sido terrible para mí tanto comentario, los periodistas, Ronald en la cárcel y todo lo demás —se estremeció—. No tengo verdaderos amigos, pero la duquesa ha sido muy amable, y también su hijo.

La joven calló un momento, esperando algún comentario de Poirot; mas como éste nada dijo, continuó rápidamente:

—Me parece que es muy tímido, muy serio y nada comunicativo. Pero su madre le pone por las nubes; ella debe conocerle mejor que yo.

—Dígame, señorita, ¿quiere usted a su primo?

—¿A Ronald? Desde luego. No le he visto mucho durante los dos años últimos, pero antes vivía en casa. Muchas veces le encontré

encantador. Es muy juguetón y siempre está pensando en hacer locuras. ¡Oh! En aquella época nuestra casa era muy distinta.

Poirot asintió amablemente, pero le hizo una observación, que me disgustó por su crudeza.

—No le gustaría verlo ahorcado, ¿verdad?

—¡Oh, no, no! —La muchacha se estremeció violentamente—. No, de ninguna manera; mi madrastra no me importaría tanto. Y debe de ser ella, puesto que la duquesa lo dice.

—¡Ah! —dijo Poirot—. Si por lo menos el capitán Marsh se hubiese quedado en el taxi, ¿verdad?

—Sí; pero ¿qué quiere usted decir? —Le miró extrañada—. No le entiendo.

—Que no debió seguir a aquel hombre dentro de la casa. A propósito, ¿oyó entrar a alguien detrás de usted?

—No; no oí nada.

—¿Qué hizo usted al entrar en la casa?

—Subí directamente a buscar las perlas, ya se lo he dicho.

—¿Se entretuvo mucho tiempo para cogerlas?

—Sí; porque no pude encontrar enseguida la llave de mi joyero.

—Siempre pasa igual; cuanto más prisa se tiene, más despacio va uno. ¿Pasó algún tiempo antes que usted bajase y encontrase a su primo en el vestíbulo?

—Sí; le vi venir de la biblioteca.

—Comprendo. Debió de asustarse usted, ¿verdad?

—Sí —se la veía agradecida por las palabras de Poirot—. Me asusté mucho.

—Claro, claro.

—Ronnie dijo: «Hola, Dina; sígueme», y salimos de puntillas.

—Sí —dijo Poirot amablemente—; como le decía antes, fue una lástima que no esperase fuera. Así el chófer hubiese podido jurar que no había entrado en la casa.

Ella asintió. Las lágrimas caían una a una sobre su regazo. Se levantó, y Poirot le cogió la mano.

—Desea usted que le salve, ¿verdad?

—¡Sí, sí, por favor! ¡Si usted supiese…!

Estaba en pie y trataba de dominar su emoción.

—La vida no ha sido agradable para usted, señorita —dijo Poirot bondadosamente—. Lo comprendo. Hastings, ¿quieres acompañar a

la señorita hasta el taxi?

La acompañé. Ya se había dominado y me dio las gracias con gran amabilidad.

Encontré a Poirot paseando pensativamente de un lado a otro de la habitación. Parecía disgustado.

Cuando oí el timbre del teléfono, me alegré. Poirot se puso al aparato.

—¿Diga? ¡Ah! ¿Es usted, Japp? *Bonjour, mon ami.*

—¿Qué quería decirte? —pregunté acercándome. Al fin, después de varias exclamaciones, Poirot dijo:

—Sí, sí. ¿Qué le pidió? ¿Lo conoce?

Sin duda, la respuesta no fue la que él esperaba, pues su rostro se entristeció cómicamente.

—¿Está usted seguro?

…

—Es una contrariedad; he ahí todo.

…

—Sí; puede volver a poner en orden mis ideas.

…

—*Comment?*

…

—De todas maneras, yo estaba en lo cierto. Sí, es un detalle, como usted dice.

…

—No; sigo opinando lo mismo. Me gustaría que hiciera usted algunas investigaciones en los restaurantes de los alrededores de Regent Gate, Euston, Tottenham Court Road y hasta en Oxford Street.

…

—Sí; una mujer y un hombre. También puede mirar en los alrededores del Strand. Debía de ser justamente después de las doce. *Comment?*

…

—Claro que sé que el capitán Marsh estuvo con los Dortheimer. Pero hay otras personas en el mundo, además del capitán Marsh.

…

—Eso de llamarme testarudo no es muy amable por su parte, que digamos. *Tout de même,* hágame el favor de hacer lo que le

pido, se lo ruego.

…

Colgó el aparato.

—¿Qué te ha dicho? —pregunté impaciente.

—Que la cajita de oro fue comprada en París. Se pidió por carta a un establecimiento muy conocido, especializado en objetos así. La carta procedía de una supuesta *lady* Ackerley y la firmaba Constance Ackerley. Naturalmente, no se conoce a ninguna persona de ese nombre. La carta se recibió dos días antes del crimen. La supuesta firmante pedía que pusiesen sus iniciales en rubíes y la inscripción «París, noviembre» debajo. Fue un pedido urgente, que debía estar dispuesto para el día siguiente, o sea, el anterior al del crimen.

—¿Y lo fueron a recoger?

—Sí; pero ya lo habían pagado anticipadamente por giro.

—¿Quién fue a buscarlo? —pregunté excitado. Presentía que estábamos cerca de la verdad.

—Una mujer, Hastings.

—¿Una mujer? —dije sorprendido.

—*Mais oui*. Una mujer pequeña, de mediana edad y con gafas.

Nos miramos contrariados.

CAPÍTULO VEINTICINCO

UN BANQUETE

Al día siguiente fuimos al banquete que daban los Widburn en el Claridge. Ninguno de nosotros dos sentía el menor deseo de ir, pero aquélla era, por lo menos, la sexta invitación que recibíamos de *mistress* Widburn, y se trataba de una mujer tenaz, a la que le encantaba sentar a su mesa a las celebridades. Impertérrita ante nuestras negativas, nos ofreció al fin que fijásemos nosotros mismos el día que nos conviniera. Ante esto, la capitulación era inevitable, y lo mejor era terminar lo antes posible.

Poirot se había mostrado muy reservado desde que recibió las noticias de París.

A mis observaciones sobre el particular, siempre contestaba lo mismo:

—Hay algo aquí que no puedo comprender —y murmuraba para sí varias veces: «Gafas, gafas en París. Gafas en el bolso de Charlotte Adams».

Por lo único que me alegró la comida fue porque por lo menos nos serviría de distracción.

Entre los invitados estaba el joven Donald Ross, quien me saludó cordialmente. Había más hombres que mujeres, y a él le correspondió estar a mi lado.

Jane Wilkinson estaba al otro lado de la mesa, y casi enfrente a nosotros, a su lado, se sentaba el joven duque de Merton.

Tal vez me equivoque, pero me pareció que éste no se encontraba muy a gusto. Sin duda, la compañía de los que le rodeaban le debía parecer impropia de él. Era un joven de ideas conservadoras y reaccionarias. Daba la sensación de que por algún

lamentable error había nacido en este siglo, en lugar de haberlo hecho en la Edad Media. Su pasión por Jane Wilkinson era uno de esos anacronismos con los que a veces parece distraerse la Naturaleza.

Viendo la belleza de Jane y apreciando el encanto que su cálida voz prestaba a las más vulgares expresiones, comprendí la capitulación de él. Es indudable que una belleza perfecta y una voz arrebatadora pueden llegar a vencer al más indiferente. Pero tal vez entonces ya el sentido común del duque empezaba a disipar los intoxicantes vapores del amor.

En aquellos momentos alguien, no recuerdo quién, dijo algo acerca del «Juicio de París». Enseguida se oyó la encantadora voz de Jane:

—¿París? —dijo—. Pero ¡si París ya no representa nada en nuestros días! Son Londres y Nueva York los que imperan.

Pronunció estas palabras en una ocasión en que casualmente nadie hablaba. Fue un momento embarazoso. A mi derecha oí que Donald Ross lanzaba una exclamación, y *mistress* Widburn empezó a hablar precipitadamente de ópera rusa. Los invitados empezaron a hablar entre sí. Sólo Jane siguió mirando tranquilamente a su alrededor, sin la menor idea de que pudiese haber dicho una tontería.

Entonces me fijé en el duque. Estaba con los labios apretados y rojo como una grana. Me hizo el efecto de que aquellas palabras de Jane le habían alejado mucho de ella. Había sido una prueba de que para un hombre de su posición casarse con Jane Wilkinson era un verdadero perjuicio.

Como ocurre a menudo, pregunté lo que primero se me ocurrió a mi vecina, una corpulenta señora que se dedicaba a preparar representaciones teatrales infantiles. Recuerdo que le pregunté: «¿Quién es aquella señora tan rara, vestida de rojo, que está allí, al final de la mesa?». Dio la casualidad de que aquella señora rara era hermana de mi vecina. Después de pedirle mil perdones, me volví hacia Ross y le dirigí algunas preguntas, a las que solamente respondió con monosílabos. Fue entonces cuando al verme rechazado por mis dos vecinos, me fijé en Bryan Martin. Sin duda debió de llegar a la fiesta con retraso, pues no le había visto antes. Estaba en el mismo lado de la mesa que yo, y se inclinaba hacia

adelante para conversar animadamente con una bellísima rubia. Hacía algún tiempo que no le había visto, y me sorprendió que hubiese mejorado tanto de aspecto. Su expresión macilenta había desaparecido. Parecía más joven y más satisfecho, y su risa demostraba cuán alegre estaba. No pude observarle mejor, porque en aquel momento mi voluminosa vecina se dignó perdonarme y me permitió graciosamente escuchar una larga disertación acerca de las bellezas que encerraba una función teatral infantil que estaba organizando para una fiesta de caridad.

Poirot tuvo que irse pronto. Estaba investigando la misteriosa desaparición de los zapatos de un embajador, y a causa de ello debía acudir a una cita a las dos y media. Me encargó que le despidiese de *mistress* Widburn. Mientras aguardaba el momento oportuno para cumplir su encargo, que no era cosa fácil, pues en aquel momento *mistress* Widburn estaba rodeada de amigos, alguien me tocó en el hombro.

Era el joven Ross.

—¿Está aquí *monsieur* Poirot? Quisiera hablar con él.

Le dije que Poirot acababa de marcharse.

Ross pareció contrariado. Le miré más atentamente y noté que estaba conmovido.

—¿Es que desea hablar particularmente con él?

—No sé… —contestó lentamente.

Era una contestación tan extraña, que le miré sorprendido.

—Parece raro, ya lo sé —dijo sonrojándose—. Pero es que me ha ocurrido algo muy raro. Algo que no entiendo. Me gustaría conocer la opinión de *monsieur* Poirot acerca de ello. No sé qué hacer…

Estaba trastornadísimo.

—Poirot ha ido a una cita —dije—, pero sé que piensa estar en casa a las cinco. ¿Por qué no telefonea a esa hora o va a verle?

—Muchas gracias; me parece que iré. A las cinco, ¿verdad?

—Sí; pero será mejor que antes telefonee —dije—; así sabrá con seguridad si ha llegado.

—Muy bien, así lo haré… Muchas gracias, capitán Hastings; me parece que puede ser de mucha importancia.

Me incliné y me dirigí al sitio donde *mistress* Widburn estaba distribuyendo apretones de manos.

Una vez cumplido mi deber de cortesía, me dirigía hacia fuera

cuando una mano me cogió del brazo.

—¿Es que no quiere saludarme, capitán Hastings? —dijo una voz alegre.

Era Jenny Driver. Iba elegantísima.

—¿Cómo está usted? ¿De dónde sale?

—Estaba comiendo en una mesa cerca de usted.

—Pues no la había visto. ¿Y qué? ¿Cómo le van los negocios?

—Viento en popa. Gracias.

—Esos «platos» que vende usted, ¿tienen éxito?

—Los «platos», como usted dice, se venden a montones. Bueno, sólo quería saludarle; ahora me voy, pues tengo mucho trabajo.

Me fui paseando por el parque. Llegué a casa a las cuatro. Poirot aún no había vuelto. A las cinco menos veinte llegó. Los ojos le brillaban y parecía estar de un humor excelente.

—Ya veo que has hallado el rastro de los zapatos del embajador.

—Se trataba de un ignominioso medio de contrabando de cocaína. A última hora estuve en un salón de belleza, y, por cierto, que había una muchacha que hubiese robado enseguida tu sensible corazón. Tenía unos cabellos castaños maravillosos.

Poirot tiene una manía de que tengo debilidad por las mujeres de cabellos castaños.

En aquel momento sonó el teléfono.

—Seguramente será Donald Ross —dije mientras me dirigía hacia el aparato.

—¿Donald Ross?

—Sí; el joven que encontramos en Chiswick. Quiere verte acerca de no sé qué asunto —descolgué el receptor—. Dígame, soy el capitán Hastings.

—¡Ah! ¿Es usted Hastings? Soy Donald Ross. ¿Ha vuelto ya *monsieur* Poirot?

—Sí; ya está aquí. ¿Quiere usted hablar con él, o bien vendrá a verle?

—Como es una cosa muy corta, prefiero decírsela por teléfono.

—Entonces aguarde un momento.

Poirot se puso al aparato. Me quedé tan cerca de él, que podía oír perfectamente la voz de Ross.

—¿Es usted, *monsieur* Poirot? —La voz parecía muy excitada.

—Sí, soy yo.

—No quisiera molestarle, pero me ha ocurrido algo muy extraño que está relacionado con la muerte de lord Edgware. Poirot se irguió.

—Siga, siga.

—Tal vez a usted le parezca falto de sentido.

—No; y aunque así fuera, debe decírmelo.

—Fue la palabra «París» la que ha motivado mi… —en el otro extremo del hilo se oyó claramente el sonido de un timbre—. Un momento —dijo Ross.

Se oyó el ruido que produjo el teléfono al chocar contra la mesa.

Pasaron dos minutos, tres minutos, cuatro minutos, cinco minutos. Poirot golpeaba nerviosamente el suelo.

Al fin cortó la comunicación y llamó a la central. Después de unos momentos se volvió hacia mí:

—El teléfono de Ross está descolgado, no contesta nadie. Pronto, Hastings, busca la dirección de Ross en la guía telefónica. Tenemos que ir allí enseguida.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

¿PARÍS?

Pocos minutos después íbamos en un taxi. Poirot estaba muy preocupado.

—Tengo miedo, Hastings —me dijo.

—No querrás decir… —dije, y me detuve.

—Nos encontramos ante alguien que ha matado ya a dos personas. Esa persona no dudará en matar de nuevo. El criminal se revuelve como una rata tratando de salvar su vida. Ross es un peligro, y, por tanto, debe ser eliminado.

—Entonces es que debía de ser importante lo que te iba a decir —dije con cierta duda—. Por lo visto, a él no se lo parecía.

—Pues estaba en un error. Indudablemente, lo que tenía que decir era de la mayor importancia.

—Pero ¿cómo se pudo enterar nadie?

—Según me has dicho, habló contigo allí, en el Claridge, rodeado de gente. Una verdadera locura. ¡Ah! ¿Por qué no te lo llevaste, sin permitir que nadie se le acercase hasta que yo hubiese oído lo que tenía que decirme?

—No pensé en ello; nunca me imaginé… —murmuré.

Poirot hizo un gesto.

—No te critico. ¿Cómo ibas a adivinarlo?

Por fin llegamos. Ross vivía en una casa situada en una amplia calle de Kensington. La puerta de la calle estaba abierta.

—¡Qué fácil es entrar aquí! —dijo Poirot—. Nadie le ve a uno.

En el primer piso había una estrecha puerta, y en el centro de ella estaba clavada la tarjeta de Ross.

Nos detuvimos. En la casa reinaba un silencio de muerte.

Empujé la puerta y vi con asombro que estaba abierta. Entramos en un pequeño recibidor, en el que había dos puertas, una abierta y otra que daba a una sala. Entramos en ella. Estaba amueblada modesta, pero confortablemente. No había nadie. En una mesita estaba el teléfono, y junto a él, descansaba el receptor.

Poirot dio unos pasos, observándolo todo con gran atención.

—Aquí no hay nadie. Vamos a la otra habitación, Hastings.

Volvimos hacia atrás y entramos en la otra habitación. Era un pequeño comedor; a un lado, sentado en una silla y de bruces sobre la mesa, estaba Ross.

Poirot se inclinó sobre él. Enseguida se enderezó muy pálido.

—Muerto —dijo—. Apuñalado en la nuca.

* * *

Durante mucho tiempo, los sucesos de aquella tarde quedaron grabados en mi mente como una terrible pesadilla. No podía desprenderme de un abrumador sentimiento de responsabilidad. Poirot se mostró muy silencioso después de hacer nuestro macabro descubrimiento. Durante la investigación de la Policía, el interrogatorio de los demás inquilinos de la casa y los mil rutinarios detalles de la investigación de un asesinato, había permanecido un poco alejado de todo aquello, extrañamente tranquilo, con una mirada lejana y expectante.

—No podemos perder tiempo en lamentaciones, Hastings —dijo lentamente—. El pobre muchacho que ha muerto tenía algo que decirnos y era de gran importancia; de otro modo, no le hubieran asesinado. Ya que no nos lo puede decir, tenemos que averiguarlo, y tenemos que averiguarlo con un solo dato como guía.

—¿París? —dije yo.

—Sí; París —se levantó y se puso a pasear de un lado para otro —. Se ha mencionado varias veces a París en este asunto —continuó —. Pero, desgraciadamente, no hay unidad entre las diferentes menciones. Existe la palabra «París» grabada en la cajita de oro. En noviembre último, *miss* Adams estaba en París y quizá entonces también estuviera Ross. ¿Había allí alguien más a quien él conociese? ¿Se encontró Ross con *miss* Adams? ¿En qué circunstancias se encontraron?

—Eso no lo podremos saber nunca —dije yo.

—¡Sí, sí; lo sabremos! El poder de las células grises es casi ilimitado. ¿De qué otra manera está unido París a este asunto? ¿Acaso la mujer de las gafas que fue a buscar la cajita a la joyería era conocida de Ross? El duque de Merton estaba en París cuando se cometió el crimen. París. París. París. Lord Edgware tenía que ir a París. ¡Ah! Tal vez el motivo del asesinato fue impedir que éste fuese a París —se sentó de nuevo, apretándose las sienes, concentrado—. ¿Qué ocurrió durante la comida? —murmuró—. ¿Sin duda, alguna palabra o frase casual debió recordarle a Ross qué podía ser interesante algo que él sabía, pero a lo que hasta entonces no había dado importancia? ¿Recuerdas si se mencionó a Francia o a París en la parte de mesa en que tú estabas?

—Se nombró la palabra «París», pero no en ese sentido.

Y le conté la metedura de pata de Jane Wilkinson.

—Tal vez sea esa la explicación —dijo Poirot pensativamente—. La palabra «París» pudo ser suficiente. Quizá una asociación de ideas con algo, pero ¿qué fue ese algo? ¿Hacia dónde miraba Ross, o de qué hablaba, cuando se profirió esa palabra?

—Hablaba de las supersticiones escocesas.

—¿Y dónde miraba? ¿Dónde?

—No estoy seguro. Me pareció que miraba hacia la cabecera de la mesa, donde estaba sentada *mistress* Widburn.

—¿Quiénes estaban cerca de ella?

—El duque de Merton, Jane Wilkinson y otras personas a las que no conozco.

—El duque… Es posible que mirase hacia él cuando oyó la palabra «París». El duque, recuérdalo, estaba en París, o, por lo menos, se supone que estaba allí la noche en que se cometió el crimen. Supón que de repente Ross recordase algo demostrativo de que Merton no estaba en París entonces.

—Pero ¡Poirot!

—Sí; ya sé que tú, como la mayoría de la gente, considerarás esto como un absurdo. ¿Tenía el duque algún motivo para el crimen? Sí; un importante motivo. Pero suponer que ha sido él mismo quien lo ha cometido sería una tontería. Es tan rico, tiene una posición tan elevada y es de un carácter tan pacífico… Nadie trataría de investigar cuidadosamente su coartada. Y prepararse una

coartada en un gran hotel es muy fácil. Dime, Hastings, ¿dijo algo Ross cuando oyó la palabra «París»?

—Me parece que lanzó una exclamación.

—¿Cuál era su aspecto? ¿Estaba aturdido?

—Eso mismo.

—*Précisément*. Tuvo una idea, le pareció absurda, descabellada. Dudó en exponerla. Al fin, venciendo sus dudas, se decidió a hablarme; pero, desgraciadamente, yo ya me había ido.

—Si al menos nos hubiese dicho algo más… —me lamenté.

—Sí; si al menos… Mientras hablabais, ¿quién estaba cerca de vosotros?

—Mucha gente. Todos se despedían de *mistress* Widburn. Particularmente, no me fijé en nadie… Poirot se levantó.

—¿Me habré equivocado? —murmuró mientras volvía a pasearse de nuevo por la habitación—. ¿Habré estado cometiendo error tras error durante todo este tiempo?

Le miré con simpatía, comprendiendo la lucha que en aquellos momentos mantenía consigo mismo.

—De todos modos, no puede acusarse a Ronald Marsh de este último crimen.

—Es una ventaja para él —dijo lentamente—. Pero de momento no nos interesa —bruscamente se sentó—. ¿No puedo estar completamente equivocado, Hastings? ¿Te acuerdas de que una vez me hice cinco preguntas?

—Creo recordar algo así.

—Eran las siguientes: ¿Por qué lord Edgware había cambiado de parecer con respecto al divorcio? ¿Qué explicación tenía la desaparición de la carta que él decía haber escrito a su mujer, y que ésta, según nos ha dicho, no recibió? ¿Por qué tenía su rostro, al salir nosotros de la biblioteca, aquella expresión de rabia? ¿Por qué estaban aquellas gafas en el bolso de Charlotte Adams? ¿Por qué telefonearon a *lady* Edgware, en Chiswick, y enseguida colgaron el aparato?

—Sí; ahora recuerdo esas preguntas.

—Durante todo este tiempo he tenido una idea, Hastings. Una idea acerca de quién era el hombre misterioso. Tres de las preguntas ya me las he contestado satisfactoriamente. Pero las otras dos no hay manera. ¿Comprendes lo que esto significa? Pues quiere decir

que estoy equivocado con respecto a la persona a quien yo creía culpable, y que, por tanto, no sé quién es.

Se levantó y fue hacia su escritorio; lo abrió y sacó la carta que Lucy Adams le había enviado desde América. Le había pedido a Japp que le permitiese guardarla durante unos días, y Japp había accedido.

Los minutos pasaban; empecé a bostezar, y para distraerme cogí un libro. No creía que Poirot sacase nada en limpio de su estudio. Habíamos mirado y remirado la carta, y excepto el hecho de que no se refería a Ronald, no habíamos encontrado nada más.

Fui volviendo página tras página y empecé a adormilarme. De repente, Poirot lanzó un grito. Me levanté asustado. Poirot me estaba mirando con una expresión indescriptible en sus brillantes ojos.

—¡Hastings, Hastings!

—¿Qué pasa?

—¿Te acuerdas de que te dije que si el asesino hubiese sido un hombre ordenado y metódico, en lugar de rasgar la página la hubiese cortado?

—Sí.

—Pues me equivoqué. En este crimen hay orden y método. La página tenía que ser rasgada y no cortada. Mira por ti mismo. Miré.

—*Eh bien!* ¿Lo ves?

Hice un gesto negativo.

—¿Quieres decir que tenía prisa y que por eso la rasgó?

—Con prisa o sin ella, hubiese hecho lo mismo. ¿No lo ves? La página tenía que ser rasgada…

Moví la cabeza. Con voz muy baja, Poirot dijo:

—He estado loco, ciego; pero ahora…, ahora lo descubriremos.

CAPÍTULO VEINTISIETE

LAS GAFAS

Un minuto después su estado de ánimo cambió. Se puso en pie y yo le imité, sin comprender nada, pero gustoso.

—Cogeremos un taxi —dijo Poirot—. No son más que las nueve. Aún podemos hacer una visita. Bajamos la escalera.

—¿A quién hemos de visitar?

—Vamos a Regent Gate.

Poirot, como ya hemos dicho, no era persona que se prestase a interrogatorios. Vi que estaba muy excitado. En cuanto estuvimos sentados en el taxi, sus dedos empezaron a tamborilear nerviosamente sobre sus rodillas, con una impaciencia extraña en él, que siempre estaba tranquilo.

Empecé a recordar, palabra por palabra, toda la carta de Charlotte Adams a su hermana, pues había llegado a sabérmela de memoria, y me repetí una vez tras otra lo que había dicho Poirot acerca de la página rasgada.

Cuanto más reflexionaba, menos sentido le encontraba a las palabras de Poirot. ¿Por qué la página tenía que ser forzosamente rasgada? No; no lo entendía.

En Regent Gate nos abrió la puerta un nuevo criado. Poirot le dijo que deseábamos ver a *miss* Carroll. Mientras nos conducía escaleras arriba, me pregunté, una vez más, en dónde estaría el apuesto criado. Hasta entonces la Policía no había podido encontrarlo, a pesar de todas las pesquisas que había hecho para lograrlo. Una idea repentina atravesó mi cerebro y se me ocurrió que tal vez a él también le habían asesinado…

El aspecto de *miss* Carroll, pulcro y sano, me sacó de aquellas

imaginaciones. Pareció sorprenderse mucho al ver a Poirot.

—Me alegro de encontrarla a usted, *miss* Carroll —dijo Poirot, mientras se inclinaba estrechando su mano—. Temía que ya no estuviese aquí.

—Geraldine no quiere que me marche —contestó ella—. Me ha pedido insistentemente que me quede. En las presentes circunstancias, la pobre muchacha necesita de alguien que la consuele. Y le aseguro, *monsieur* Poirot, que yo, cuando llega el caso, sé hacerlo perfectamente.

—Lo creo. Siempre me ha parecido que era usted una mujer muy útil, señorita. *Miss* Marsh, en cambio, produce la sensación de que carece de sentido práctico.

—Es una soñadora —contestó *miss* Carroll—. Por fortuna, no ha tenido que ganarse la vida. De todas maneras, supongo que no habrá usted venido para hablar de las personas prácticas y de las que no lo son. ¿En qué puedo serle útil, *monsieur* Poirot? —dijo, mientras le miraba con suspicacia a través de las gafas.

No creo que a Poirot le satisficiese ser interrogado de aquella forma acerca de la causa de su visita. A él le gusta llegar por caminos insospechados a la finalidad que se propone. Sin embargo, con *miss* Carroll no era posible en modo alguno utilizar aquel medio.

—Hay algunos puntos sobre los que desearía que usted me informase. Sé que puedo fiarme de su memoria, *miss* Carroll.

—De no ser así, no hubiese servido para secretaria —contestó ella con aspereza.

—¿Estuvo en París lord Edgware en noviembre último?

—Sí.

—¿Puede usted decirme la fecha exacta de su viaje?

—Tendré que mirarla.

Se levantó, abrió un cajón de un mueble próximo y sacó un libro. Volvió algunas páginas, y al fin dijo:

—Lord Edgware salió para París el día tres de noviembre y volvió el siete. Además, también estuvo allí el veintinueve del mismo mes, regresando el cuatro de diciembre. ¿Algo más?

—Sí. ¿Por qué motivos hizo esos viajes?

—El primero, para ver unas estatuillas que pensaba comprar en una subasta que había de celebrarse algún tiempo después; en el

segundo, no tenía ningún propósito determinado, que yo sepa.

—¿Acompañó *miss* Marsh a su padre en las dos ocasiones?

—Nunca le acompañó. Lord Edgware jamás pensó en tal cosa. Por aquel momento ella estaba en un convento de París, pero no creo que su padre fuese a verla; por lo menos, me sorprendería mucho que lo hubiera hecho.

—¿Y usted no le acompañaba?

—No —le miró con curiosidad y le preguntó bruscamente—: ¿Por qué me hace usted todas esas preguntas? ¿Qué se propone? Poirot no contestó y siguió preguntando:

—*Miss* Marsh quiere mucho a su primo, ¿es verdad?

—No veo en qué pueda interesarle eso, *monsieur* Poirot.

—*Miss* Marsh vino a visitarme el otro día. ¿Estaba usted enterada?

—No; no lo sabía —parecía alarmada—. ¿Qué le dijo?

—Me dijo, aunque, desde luego, no con estas palabras, que quería mucho a su primo.

—Entonces, ¿por qué me lo pregunta a mí?

—Porque quiero saber su opinión.

Miss Carroll pareció dudar, y por fin dijo:

—Pues bien: mi opinión es que le quiere demasiado.

—Parece que a usted no le es simpático el actual lord Edgware.

—Yo no he dicho nunca eso. No estoy acostumbrada a él. No es persona seria. No niego que su compañía es agradable y que cuando se pone a hablar es muy divertido. Pero hubiese preferido que Geraldine se interesase por alguien más sensato.

—Por el estilo del duque de Merton.

—No lo conozco, pero parece que toma en serio los deberes de su posición. Mas creo que está interesado por esa mujer, por esa hermosa Jane Wilkinson.

—Su madre…

—¡Oh! Puedo asegurar que su madre preferiría que se casase con Geraldine; pero ¿qué pueden las madres? Los hijos, en eso del matrimonio, nunca quieren hacer caso a sus madres —dijo *miss* Carroll.

—¿Cree usted que el primo de *miss* Marsh se interesa por ella?

—En la situación en que él está, poco importa que se interese o no.

—Entonces, ¿cree usted que le condenarán? —preguntó Poirot.

—No; no lo creo. Estoy convencida de que no es el asesino.

—Pero, de todas maneras, puede ser condenado.

Miss Carroll no replicó. Poirot se puso en pie.

—No quiero entretenerla más —dijo—. ¡Ah, oiga! ¿Conocía usted a *miss* Charlotte Adams?

—La había visto trabajar. Era muy inteligente.

—Sí, mucho —se quedó meditando un momento—. ¡Ah, se me olvidaban los guantes!

Al inclinarse para cogerlos de la mesa en que los había dejado, se enredó un botón de su manga con la cadenita de las gafas de *miss* Carroll, y se cayeron en la alfombra. Poirot las cogió al mismo tiempo que los guantes, que también se le habían caído, y murmuró unas excusas.

—Lamento haberla interrumpido en sus ocupaciones —dijo al final—; pero esperaba encontrar algún dato respecto a una discusión que sostuvo lord Edgware el año pasado; por eso le he preguntado acerca de París. Creo que salvar al capitán Marsh es una empresa desesperada, pero *miss* Geraldine parecía estar muy segura de que su primo no había cometido el crimen. Bueno; buenas noches, señorita, y mil perdones por haberla molestado.

Llegábamos a la puerta, cuando oímos la voz de *miss* Carroll, que nos llamaba.

—*Monsieur* Poirot, éstas no son mis gafas; no veo nada con ellas.

—*Comment!* —Poirot la miró asombrado; luego sonrió—. ¡Qué tonto soy! Al agacharme a coger sus gafas, se han caído las mías, y como son muy parecidas, sin duda las he confundido.

Se hizo el cambio, en medio de amabilísimas sonrisas por ambas partes, y nos marchamos.

—Poirot —dije cuando hubimos salido—, tú no llevas gafas.

—Hay que ser más perspicaz. ¿No ves nada?

—Sí; que las gafas que has dejado caer junto a las de *miss* Carroll son las que se encontraron en el monedero de Charlotte Adams.

—Exacto.

—¿Por qué supusiste que pertenecían a *miss* Carroll?

Poirot se encogió de hombros.

—Porque de las personas que se hallan mezcladas en el suceso, es la única que lleva gafas.

—De todas maneras, no son suyas —dije.

—Por lo menos, ella así lo ha dicho.

—Tú siempre sospechando.

—No, hombre, no. Creo que ha dicho la verdad. De lo contrario, no hubiese notado el cambio.

Como íbamos andando al azar, propuse que cogiésemos un taxi; pero Poirot movió la cabeza negativamente.

—Necesito pensar, y el ejercicio me ayuda. No dijo nada más.

—Tus preguntas sobre París eran un simple pretexto, ¿verdad? —pregunté.

—No del todo.

—Todavía no hemos descubierto el misterio de la inicial D —dije pensativamente—. Es raro que ninguno de los que intervienen en este asunto tenga una inicial D en el nombre ni en el apellido, excepto… ¡Oh!, sí, eso sí que es raro, excepto Donald Ross. Y ha muerto.

—Sí —dijo Poirot sombríamente—, ha muerto.

Entonces me acordé de aquella noche que íbamos con Ross por la carretera y exclamé:

—¡Caramba, Poirot! ¿No te acuerdas?

—¿De qué?

—De lo que dijo Ross acerca de que habían sido trece a la mesa. Y que sería el primero en morir.

Poirot no contestó. Yo sentí cierto malestar, como suele ocurrir cuando nos encontramos con que las supersticiones se confirman.

—Admitirás que es raro —dije en voz baja.

—¿Eh?

—Digo que es raro eso de Ross y de los trece. ¿En qué estabas pensando?

Con profundo asombro y disgusto vi que Poirot empezaba a retorcerse de risa. Parecía que iba a darle un ataque. Indudablemente, algo había causado aquel regocijo.

—¿De qué diablos te ríes? —pregunté vivamente.

—¡Oh! Es que me he acordado de una adivinanza que oí el otro día. Te la voy a decir. ¿Qué animal tiene dos patas, plumas y ladra?

—La gallina —dije malhumorado—. Lo sabía desde que tenía dos años.

—Eso no vale, Hastings; tenías que haber dicho: «No lo sé».

Entonces yo hubiese contestado: «La gallina». Y tú: «Pero la gallina no ladra». Y yo hubiese dicho: «¡Ah! Eso es para despistar». Supongamos que esa es la explicación de la letra «D».

—Pero todo eso no tiene sentido.

—Para la mayor parte de la gente, no; pero para ciertos cerebros, sí. ¡Oh, si alguien pudiese contestarme!…

En aquel momento pasábamos junto a un importante cine. El público que salía del local hablaba animadamente, comentando las películas que acababa de ver. Mezclados entre un grupo, atravesamos la Euston Road.

—«Me ha gustado mucho —iba diciendo una muchacha—. Bryan Martin es encantador; no pierdo ni una película suya. ¡Qué emocionante es aquella escena en que baja a caballo por aquel barranco y por fin llega a tiempo con los documentos!».

Su compañero no era tan entusiasta.

—«Todo eso es una idiotez. Si hubiesen tenido la sensatez de interrogar a Ellis enseguida, como hubiese hecho cualquier persona de sentido común…».

El final no lo oí. Al llegar a la acera me volví, y vi que Poirot estaba parado en medio de la calle, con grave peligro de morir aplastado por alguno de los camiones que pasaban rozándole. Instintivamente, cerré los ojos. Oí un ruido de frenos y el pintoresco lenguaje de un chófer. Al abrir los ojos vi a Poirot que atravesaba la calle como un sonámbulo.

—¡Poirot! —exclamé—. ¿Te encuentras mal?

—No, *mon ami*, pero de pronto se me ha ocurrido una idea. Ahora, en este mismo momento.

—Pues si te descuidas, es el último de tu vida.

—No importa. ¡Ah!, *mon ami*, he sido ciego, sordo, tonto. Ahora veo resueltas todas las incógnitas. Sí, las cinco, sí… Lo veo todo… ¡Tan sencillo, tan infantilmente sencillo!…

CAPÍTULO VEINTIOCHO

POIROT HACE ALGUNAS PREGUNTAS

El paseo hasta casa fue muy curioso.

Se comprendía que Poirot trataba de reconcentrar el pensamiento. De cuando en cuando murmuraba alguna palabra. Pude oír un par de ellas. Una fue «cirios», y otra, algo parecido a *douzaine*. Seguramente, si yo hubiese sido más listo, habría comprendido el rumbo que tomaban sus ideas. Pero entonces sus palabras me parecieron un galimatías.

Tan pronto como llegamos a casa, corrió al teléfono, llamó al Savoy y preguntó por *lady* Edgware.

—No te hagas ilusiones de hablar con ella —le dije, algo divertido. Poirot, como ya he dicho varias veces, es el hombre peor informado del mundo—. ¿No sabes —continué— que está representando una nueva obra? Debe de estar en el teatro, pues no son más que las diez y media.

Poirot no me hizo caso. Hablaba con el portero del hotel, quien, sin duda, le estaba diciendo lo mismo que yo.

—¡Ah! En tal caso quisiera hablar con la doncella de *lady* Edgware.

Poco después estuvo puesta la comunicación.

—¿Es usted la camarera de *lady* Edgware? Yo soy Hércules Poirot. ¿No me recuerda?

—Sí, sí; es muy importante. Venga enseguida Le voy a dar la dirección.

La repitió dos veces, y después colgó el aparato.

—¿Qué pasa? —pregunté curiosamente—. ¿Realmente has encontrado algo importante?

—No; es la camarera quien tiene que informarme.

—¿Que te ha de informar? ¿Sobre qué?

—Sobre cierta persona.

—¿Jane Wilkinson?

—¡Oh, no! Sobre ella tengo ya todos los informes que necesito.

—¿Sobre quién entonces?

Poirot me dirigió una de sus irritantes sonrisas y me dijo que aguardase y viese.

Luego se puso a pasear inquietantemente por la habitación.

Diez minutos más tarde llegó la camarera. Parecía estar algo nerviosa. Era una mujer pequeña, pulcra, y vestía enteramente de negro. Se quedó mirando a su alrededor dubitativamente.

Poirot se adelantó:

—¡Ah! ¿Ya está usted aquí? Ha sido usted muy amable viniendo. Siéntese, *miss*… Ellis, ¿verdad?

—Sí, señor; Ellis.

Se sentó en la silla que Poirot le ofrecía, con las manos reposando en el regazo y mirándonos a los dos. Su pequeño y pálido rostro se había serenado y sus labios estaban apretados.

—Para empezar: ¿cuánto hace que está usted con *lady* Edgware?

—Tres años.

—Es lo que me figuraba. Así, conoce usted perfectamente sus asuntos, ¿verdad?

Ellis no contestó; parecía molesta.

—Lo que quiero decir es si sabe usted quiénes son sus enemigas —siguió Poirot.

Ellis apretó más los labios, pero al fin dijo:

—Muchas mujeres han intentado causarle algún daño, pero sólo era envidia.

—El elemento femenino no siente muchas simpatías por ella, ¿verdad?

—No, señor, es demasiado bonita. Además, siempre logra lo que desea. Por otra parte, entre las artistas siempre existe un sinfín de envidias y rencores.

—¿Y por parte de los hombres?

Ellis se permitió una agria sonrisa.

—Con los hombres es muy distinto; puede hacer con ellos lo que quiere.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Poirot sonriendo. Luego, en otro tono, preguntó—: ¿Conoce usted a Bryan Martin, el actor de cine?

—¡Ya lo creo!

—¿Bien?

—Muy bien, desde luego.

—Creo que hace un año, poco más o menos, *mister* Bryan Martin estaba muy enamorado de su señora.

—Loco por ella. Y no es que «estaba», sino que «está».

—Estaba convencido entonces de que ella se casaría con él, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Pensó *lady* Edgware seriamente en hacerlo? —preguntó Poirot.

—Lo pensó varias veces, y creo que si hubiera logrado obtener el divorcio, se habría casado con él —contestó Ellis.

—Pero entonces debió aparecer en escena el duque de Merton, ¿verdad?

—Sí, señor. Estaba realizando un viaje por los Estados Unidos. En cuanto la vio, quedó locamente enamorado de ella.

—Y adiós las esperanzas de Bryan Martin, ¿verdad?

—Claro que *mister* Bryan Martin ganaba mucho dinero, pero el duque de Merton tiene una posición mucho más elevada. Y mi señora se vuelve loca por la posición. Casada con el duque de Merton, hubiese llegado a ser una de las mujeres más importantes de la Tierra.

La voz de la sirvienta había adquirido un tono jactancioso, que me divirtió.

—Entonces *mister* Bryan Martin fue, como vulgarmente se dice, dejado a un lado. ¿Lo tomó a mal?

—Mucho.

—¡Ah!

—Llegó hasta amenazarla con un revólver. Hizo muchas escenas, que a mí me tenían aterrorizada Además, se dio a la bebida.

—Pero al final se conformó.

—Eso parece. Pero no creo que lo haya olvidado. Cuando la mira lo hace de una manera muy extraña. Se lo dije a mi señora, pero ella se echó a reír. Parece como si se distrajese mostrando su

poder. ¿Comprende usted lo que quiero decir?

—Sí —dijo Poirot pensativamente—. Creo que la comprendo.

—Hasta ahora no habíamos vuelto a saber casi nada de él. Tal vez lo haya olvidado.

—Tal vez.

Había algo en la voz de Poirot que pareció alarmarla. Preguntó ansiosamente:

—No creerá usted que mi señora corre peligro.

—Sí —dijo Poirot—, creo que corre un gran peligro. Pero lo lleva en ella misma.

Su mano se deslizó sin objeto por la repisa de la chimenea, tropezando con un jarrón lleno de rosas y haciéndolo caer. El agua se derramó sobre el rostro y la cabeza de Ellis. Pocas veces había visto a Poirot tan torpe. Debía de estar muy preocupado. Él mismo fue a buscar una toalla, y mientras se deshacía en excusas, ayudó amablemente a la camarera a secarse la cara y el cuello.

Al fin, después de estrechar fuertemente su mano, la acompañó hasta la puerta, dándole gracias por su amabilidad de haber venido.

—Pero aún es pronto —dijo mirando el reloj—. Estará usted de vuelta antes que su señora.

—Seguramente. Creo que cenará fuera. Pero, de todas maneras, nunca quiere que la espere, a menos que me lo haya advertido antes.

De pronto, Poirot exclamó:

—Perdóneme, señorita; pero parece que cojea usted.

—No es nada; son los pies, que me duelen un poco.

—¿Callos? —preguntó Poirot confidencialmente, como lo hace uno que sufre un mal y se lo pregunta a otro que también padece de él.

Parece que efectivamente sufría de los callos. Poirot le explicó cierto remedio que, según él, hacía milagros.

Por fin, Ellis se marchó. Yo estaba lleno de curiosidad.

—¿Qué, Poirot, qué me dices? —pregunté.

—Por esta noche, nada. Mañana por la mañana, temprano, telefonearemos a Japp y le diremos que venga. También telefonearemos a Bryan Martin, pues creo que podrá decirnos algo interesante, y, además, quiero saldar una deuda que tengo con él.

—¿De verdad?

Miré a Poirot, que me sonreía de una manera rara.

—No creo que puedas sospechar de él como asesino de lord Edgware —le dije—. Especialmente después de lo que acabamos de oír. Eso, en lugar de una venganza, hubiese sido hacer el juego de Jane. Era librarla del marido, que resultaba un obstáculo para el casamiento con Merton.

—¡Qué inteligente!

—No te burles —dije, molesto—. ¿Qué tienes en la mano?

—Son las gafas de la excelente Ellis —contestó—. Se las ha dejado olvidadas.

—No digas tonterías. Al marcharse las llevaba puestas.

Negó lentamente con la cabeza.

—Estás equivocado, completamente equivocado. Las que llevaba, amigo mío, eran las que se encontraron en el monedero de Charlotte Adams.

Me quedé boquiabierto.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

POIROT HABLA

A la mañana siguiente me tocó telefonear al inspector Japp. Su voz, al contestarme, parecía cansada.

—¡Ah! ¿Es usted, capitán Hastings? Bien; ¿qué sucede?

Le transmití el mensaje de Poirot.

—¿Que vaya a las once? Está bien; creo que podré hacerlo. ¿Sabe si quiere hablarme Poirot de algo relacionado con la muerte del joven Ross? No sé si podremos descubrir nada. No hay el menor rastro. Es la cosa más misteriosa que he visto.

—Creo que se trata de alguna noticia para usted —dije reservadamente—. De todas maneras, él parece muy satisfecho de sí mismo.

—Es un estado en el que yo no me encuentro, se lo aseguro. Bueno; adiós, capitán Hastings; a las once estaré allí.

Después telefoneé a Bryan Martin y le transmití el encargo de Poirot, o sea, que Poirot había descubierto algo interesante y que creía que le gustaría saberlo a *mister* Martin. Cuando me preguntó en qué consistía el descubrimiento, le contesté que no tenía la menor idea, puesto que Poirot no se había confiado a mí. Hubo una pausa.

—Muy bien —dijo al fin Martin—, iré —y colgó el aparato.

Enseguida, con gran sorpresa por mi parte, Poirot telefoneó a Jenny Driver y le preguntó si podría estar también presente.

Luego se sentó y quedóse muy serio. Conociéndole como le conocía, no le hice ninguna pregunta.

Bryan Martin fue el primero en llegar. Parecía de muy buen humor y en perfecto estado de salud, pero —tal vez fuese sólo

imaginación mía— me pareció notar en él un ligero malestar. Jenny Driver llegó momentos después. Se sorprendió mucho al ver a Bryan Martin, y éste compartió su asombro.

Poirot acercó dos sillas y les invitó a sentarse. Luego, mirando su reloj, dijo:

—Supongo que el inspector Japp estará aquí dentro de unos instantes.

—¿El inspector Japp? —Bryan se sobresaltó.

—Sí; le he pedido que venga como un amigo más.

—Comprendo —dijo Martin.

Quedó otra vez silencioso. Jenny le echó una rápida ojeada, y luego miró hacia otro lado. Parecía preocupada por algo.

Poco después entró Japp.

Me figuro que debió sorprenderle encontrar allí a Bryan Martin y a Jenny; pero si así fue, no lo demostró. Saludó a Poirot como siempre.

—¿Qué tal? ¿Cómo está usted, Poirot? Supongo que tendrá alguna nueva y maravillosa idea, ¿no es verdad?

—No; no se trata de nada maravilloso —contestó Poirot—; sólo es una sencilla historia, tan sencilla, que me avergüenzo de no haberla comprendido enseguida. Si ustedes me lo permiten, empezaré a contar los hechos desde el principio…

Japp suspiró y miró su reloj.

—Si no emplea más de una hora… —dijo.

—Tranquilícese, no tardaré tanto tiempo. ¿No quiere usted enterarse de quién mató a lord Edgware, a *miss* Adams y a Donald Ross?

—Me gustaría saber lo último —dijo Japp.

—Pues escúcheme y se enterará de todo. Voy a ser humilde. (¡No es probable!, pensé incrédulamente). Voy a contarles todos mis pasos. Cómo tuve una venda en los ojos, cómo cometí una gran imbecilidad, cómo necesité la conversación de mi amigo Hastings y la observación de un desconocido, para que al fin lograse comprender la verdad —se detuvo un momento, tosió para aclararse la garganta y empezó a hablar con su voz de lectura, como él decía—. Empezaré por la cena del Savoy. *Lady* Edgware me llamó y me pidió una entrevista privada. Quería librarse de su marido. Durante la entrevista dijo, algo indiscretamente, que había pensado

coger un taxi, ir a casa de su marido y matarlo. Aquellas palabras fueron oídas por Bryan Martin, que entró en aquel momento —miró a su alrededor y preguntó—: ¿No es cierto lo que digo?

—¡Ya lo creo! Todos lo oímos —dijo el actor—. Los Widburn, Marsh, Charlotte; en fin, todos.

—De acuerdo, de acuerdo. *Eh bien*, no pude olvidar aquellas palabras de *lady* Edgware. A la mañana siguiente vino a verme *mister* Bryan Martin con el propósito de referírmelas.

—De ninguna manera —dijo Bryan Martin, irritado—. Yo vine…

Poirot levantó una mano.

—Usted vino, aparentemente, a contarme la enmarañada historia de cierta persecución. Un cuento tan inverosímil, que un niño lo hubiese comprendido. Seguramente la sacó usted de alguna película antigua. «Una muchacha cuyo consentimiento necesitaba usted para obrar. Un hombre al que reconoció gracias a un diente de oro». *Mon ami*, ningún joven lleva en nuestros días un diente de oro; eso ya no lo usa nadie, y menos en América. El diente de oro es un objeto pasado de moda. Por tanto, era una cosa absurda. Una vez que soltó su fantástica historia, pasó a lo verdaderamente importante de su visita, a infiltrar en mi cerebro la sospecha sobre *lady* Edgware. Para decirlo con más claridad, usted preparaba el terreno para el caso de que ella asesinase a su marido.

—No entiendo lo que usted quiere decir —refunfuñó Bryan Martin. Su rostro estaba pálido como el de un muerto. Poirot continuó:

—Usted se rió de que lord Edgware pudiera acceder al divorcio. Usted creyó que yo iría a verle al día siguiente; pero poco después la fecha de entrevista se varió. Fui a visitarle aquella misma mañana, y él accedió a divorciarse. No había, pues, ningún motivo para que *lady* Edgware cometiese el crimen. Es más, lord Edgware me dijo que ya había escrito a su mujer en ese sentido.

»Pero *lady* Edgware declara que no ha recibido semejante carta. O bien ella miente, o mintió su marido o alguien interceptó la carta. ¿Quién?

»Ahora me pregunto yo: ¿por qué se tomó la molestia *mister* Bryan Martin de venir a verme para contarme todos aquellos embustes? ¿Qué interés le movía a hacerlo? Creo que usted estuvo muy enamorado de esa señora. Lord Edgware me dijo que su mujer

quería casarse con un actor. Supongamos por un momento que eso es verdad, pero que la señora cambia de idea, y que cuando llega la carta de lord Edgware, accediendo al divorcio, Jane Wilkinson se quiere casar con alguien que no es usted. He ahí una razón para que usted sustrajese la carta.

—Yo, nunca… —dijo Bryan Martin.

—Actualmente puede usted decir lo que le parezca, pero haga el favor de atenderme. ¿Qué pasó entonces por su cerebro; usted, el ídolo de la multitud, que jamás había conocido una negativa? Le cegó el odio y el deseo de causar a *lady* Edgware tanto mal como fuese posible. ¿Y qué mayor daño podía causarle que acusarla de asesinato?

—¡Dios mío! —exclamó Japp.

Poirot se volvió hacia él:

—Sí; esa es la idea que empezó a forjarse en mi mente. Varias cosas contribuyeron a reforzarla. Charlotte Adams tenía dos excelentes amigos, el capitán Marsh y Bryan Martin. Si alguno de ellos podía ofrecer diez mil dólares por la farsa, había de ser, forzosamente, Bryan Martin, porque era el único rico de los dos. Siempre me pareció fantástico que Charlotte Adams pudiese creer que Ronald Marsh poseería alguna vez diez mil dólares para entregárselos a ella, pues conocía perfectamente su situación económica. Bryan Martin era el único probable.

—Yo no hice eso, se lo juro. No lo hice —dijo indignado el actor.

Poirot continuó, sin hacerle caso:

—Cuando telegrafiaron el contenido de la carta de Charlotte Adams, *oh, là là!*, quedé asombradísimo. Al parecer, mi hipótesis era totalmente equivocada. Pero más tarde hice un descubrimiento. En la carta original de Charlotte Adams faltaba una hoja. Entonces comprendí que sin duda era porque se refería a alguien que no era el capitán Marsh.

»Tenía, pues, una nueva pieza de convicción. Cuando el capitán Marsh fue arrestado, declaró que creía haber visto en la casa de lord Edgware a Bryan Martin. Pero proviniendo de un acusado, esta declaración carecía de valor. Además, *mister* Martin tenía una coartada, como era de esperar. Si *mister* Martin había sido el asesino, le era completamente necesaria una coartada. Esa coartada la confirmó sólo una persona, *miss* Driver.

—¿Y eso qué importa? —dijo la muchacha secamente.

—Nada, señorita —dijo Poirot—; excepto que el mismo día en que la vi comiendo con *mister* Martin, usted se tomó la molestia de venir a nuestra mesa, procurando hacerme creer que su amiga, *miss* Adams, se interesaba de un modo especial por Ronald Marsh, en lugar de decir, como creo que es la verdad, que por quien se interesaba era por Bryan Martin.

—No es cierto —exclamó con toda firmeza el actor.

—Puede que usted no estuviese enterado —dijo Poirot—; pero creo que era verdad. Eso explica perfectamente la antipatía que ella sentía por *lady* Edgware. Esa antipatía existe en usted; además, es casi seguro que usted le explicó el desaire que había recibido de Jane. ¿No es verdad?

—Sí…, se lo conté… Tenía que desahogarme con alguien, y ella era…

—Muy simpática. Sí; muy simpática. Pude comprobarlo personalmente. *Eh bien*, ¿qué ocurrió después? Ronald Marsh fue arrestado. Enseguida el cerebro de usted empieza a trabajar. Si experimentaba ansiedad, ahora ya podía estar tranquilo, aunque su plan había fracasado a causa del súbito cambio de parecer de *lady* Edgware, decidiéndose a última hora ir a la fiesta. Pero vino otro a constituirse en víctima, librándole de toda inquietud. Sin embargo, más tarde, en una comida, oyó usted a Donald Ross, aquel simpático pero estúpido joven, decirle algo a Hastings, que le puso de nuevo en guardia.

—¡Eso no es cierto! —gritó Martin. El sudor corría a chorros por su rostro y sus ojos miraban aterrorizados—. Le aseguro que no oí nada, que no hice nada.

Y entonces ocurrió lo más emocionante de aquella mañana:

—Tiene usted razón —dijo lentamente Poirot—. No es usted culpable y creo que ya le he castigado bastante por haber venido a mí, Hércules Poirot, con un cuento tártaro.

Nos quedamos todos boquiabiertos. Poirot siguió tranquilamente:

—Tampoco podía descartar a Geraldine Marsh. Odiaba a su padre; me lo había dicho ella misma. Además, es una muchacha muy nerviosa. Supongamos, pues, que cuando aquella noche entró en la casa fue directamente a matar a su padre y que luego,

fríamente, subió a buscar el collar de perlas. Ahora imagínense su horror al encontrarse con que su primo no ha permanecido fuera, junto al taxi, sino que ha entrado en la casa. Esto puede explicar la agitación demostrada por ella durante los interrogatorios, al ver acusado a su primo, a quien quiere enormemente, del crimen que ella ha cometido. Por otra parte, esa agitación podía también probar su inocencia, ya que podría tener su origen en la creencia de que el asesino de su padre era Ronald. Había otro punto: la cajita de oro encontrada en el bolso de Charlotte Adams llevaba la inicial D y yo había oído que el capitán Marsh se dirigía a su prima llamándola «Dina». Además, Geraldine estaba en un pensionado de París durante el mes de noviembre último y era posible que se hubiese encontrado allí con Charlotte.

»Tal vez crean ustedes que es un poco fantástico incluir a la duquesa de Merton en la lista. Pero dicha señora vino a verme y pude comprender que era una mujer fanática. El amor de toda su vida estaba concentrado en su hijo, y era muy probable que hubiese tramado un complot para destruir a la mujer que iba a arruinarle la vida. Luego sigue *miss* Jenny Driver…

Se detuvo un momento y miró a Jenny, que le observaba serenamente.

—¿Y qué ha descubierto usted en contra mía? —preguntó ella.

—Nada; excepto que usted era amiga de Bryan Martin y que su apellido empieza con D.

—No es mucho —contestó la joven.

—Hay algo más, y es que tiene usted talento y valor suficientes para cometer un crimen así…

La joven encendió un cigarrillo.

—Siga —dijo tranquilamente.

—Lo que tenía que decidir era si la coartada de *mister* Martin era o no real. ¿Era él, efectivamente, el hombre al que el capitán Marsh había visto entrar en casa de lord Edgware? De pronto, recordé que el apuesto criado de Regent Gate tenía un parecido extraordinario con *mister* Martin. ¿Era a este último a quien el capitán Marsh había visto? Entonces me imaginé lo siguiente: el mayordomo descubrió a su dueño asesinado. Ante el cadáver había un sobre con billetes de Banco franceses por valor de cien libras. Impulsado por la codicia, cogió aquellos billetes y salió de la casa para esconderlos. Luego

volvió, abriendo la puerta con la llave de lord Edgware, y dejó que la criada descubriese el crimen a la mañana siguiente. No creía correr ningún peligro, porque estaba completamente convencido de que *lady* Edgware era la criminal y el dinero estaba ya fuera de la casa y cambiado mucho antes que el crimen se descubriese. Ahora bien: cuando *lady* Edgware demostró que era inocente y Scotland Yard empezó a investigar sus antecedentes, huyó.

Japp aprobó con la cabeza.

—Me quedaba todavía por resolver la cuestión de las gafas. La más sospechosa era *miss* Carroll. Ella podía haber sustraído la carta que lord Edgware escribió a Jane. Mientras concertaba con Charlotte Adams los detalles de la suplantación, o bien al encontrarse después del crimen, podían habérsele caído las gafas en el monedero de Charlotte. Sin embargo, aquellas gafas no parecían pertenecer a mis Carroll. Venía hacia aquí con Hastings, muy deprimido, tratando de ordenar en mi cerebro los sucesos, cuando de repente ¡ocurrió un milagro!

»Primero, Hastings me habló de varias cosas, recordándome la casualidad de que Donald Ross había sido uno de los trece asistentes al banquete de *sir* Montagu Corner y fue el primero en morir. Como en aquellos momentos yo estaba pensando en otras cosas más importantes, no presté atención a lo que me decía. Iba pensando en quién podría informarme respecto a los sentimientos de *mister* Martin por Jane Wilkinson. Ella no me los diría, estaba seguro. En aquel momento, unas muchachas que paseaban por mi lado iban comentando una película. Una de ellas, refiriéndose a un personaje de la película, dijo algo acerca de cierta Ellis. Inmediatamente, toda la verdad se me reveló.

Poirot miró en torno suyo y siguió:

Sí; las gafas, la llamada telefónica, la mujer que fue a París en busca de la cajita de oro, eran cosa de Ellis, la camarera de Jane Wilkinson. Lo comprendí todo: los candelabros, la luz tenue de la mansión de *sir* Montagu Corner, *mistress* Van Deusen… Todo. Todo.

CAPÍTULO TREINTA

EL RELATO

Nos miró.

—Ahora, amigos míos —dijo amablemente—, voy a contaros la verdad de cuanto sucedió aquella noche. Charlotte Adams salió de su casa a las siete, en un taxi, y se fue al Piccadilly Palace.

—¿Qué? —exclamé yo.

—Al Piccadilly Palace. Durante el día había tomado una habitación en dicho hotel a nombre de *mistress* Van Deusen. Se había puesto unas gafas, las cuales, como sabemos, alteran mucho las facciones. Alquiló la habitación diciendo que aquella noche tomaría el tren para Liverpool y que su equipaje estaba en consigna. A las ocho y media llega *lady* Edgware y pregunta por ella. La acompañan al cuarto de *mistress* Van Deusen. Allí cambian de vestidos. Con la peluca rubia, el traje de tafetán blanco y el abrigo de armiño, es Charlotte Adams, y no Jane Wilkinson, quien abandona el hotel y parte para Chiswick. Sí, sí; es perfectamente posible. He estado en casa de *sir* Montagu Corner por la noche y me he fijado. La mesa está solamente alumbrada por candelabros; las demás luces están veladas por pantallas. Hay que tener en cuenta que ninguno de los presentes conoce bien a Jane Wilkinson. Ven la caballera y oyen su armoniosa voz. ¡Oh, qué facilísimo! Y de no haber salido bien, si alguien hubiese advertido el cambio, ya estaban preparadas. *Lady* Edgware, con una peluca negra, el traje de Charlotte y las gafas, paga la cuenta, toma un taxi, ya con la caja de vestidos, y se dirige a la estación de Euston. En el lavabo se quita la peluca y deja la caja en consigna. Antes de ir a Regent Gate telefonea a Chiswick y pide comunicación con *lady* Edgware. Esto

ya estaba convenido entre ellas. Si todo había ido bien, si Charlotte no había sido reconocida, tenía que contestar «Muy bien». Estoy seguro de que *miss* Adams no sabía la verdadera causa de la llamada telefónica. Después de oír esta contestación, Jane Wilkinson se dirige a Regent Gate, pregunta por lord Edgware, proclama su identidad y se dirige a la biblioteca, *donde comete el primer asesinato*. Claro que no sabe que *miss* Carroll la está mirando desde arriba. Ella estaba segura de que el único que la acusaría sería el criado. ¿Y qué vale la palabra de un criado, que nunca la había visto, contra la de doce personas distinguidas?

»Después de cometido el hecho, sale de la casa, se dirige a Euston, se vuelve a poner la peluca negra y recoge la caja. Entonces tiene que hacer tiempo hasta que Charlotte Adams vuelva de Chiswick. Entre tanto, va a la Corner House, mira a menudo su reloj, pues el tiempo pasa muy lentamente, y entonces se prepara para un segundo asesinato. Mete en el monedero de Charlotte, que lleva consigo, la cajita de oro que ha encargado a París. Mientras realiza esto, encuentra la carta dirigida a Lucy Adams. Quizá la encontró antes. De todas maneras, al ver la dirección, presiente un peligro. La abre y ve que sus sospechas son justificadas.

»Quizá su primer impulso es destruir la carta enseguida. Pero pronto encuentra una solución mejor. Arrancando una hoja de ella, ésta se convierte en una acusación contra Ronald Marsh, hombre que tiene motivos poderosos para cometer el crimen. Aun en el caso de que Ronald Marsh pueda probar su inocencia, la carta se convierte en una acusación contra un hombre, ya que ha suprimido el “ella” del principio de la página. Una vez hecho esto, vuelve a meter la carta en el sobre, y éste, en el monedero.

»Ha llegado el momento de marcharse. Sale; se dirige al Savoy y entra, sin que, desgraciadamente, la vea nadie. Una vez arriba, se dirige a su habitación, en la que ya está Charlotte Adams. La camarera, como de costumbre, ya se ha acostado. De nuevo cambia de ropa y entonces, seguramente, *lady* Edgware le propone un brindis para celebrar el buen éxito de la broma En la copa de Charlotte está el veronal. Felicita a su víctima y la dice que al día siguiente le enviará el cheque… Charlotte Adams se va a su casa… Está muy cansada, tiene mucho sueño. Trata de telefonear a un amigo, tal vez el capitán Marsh o Bryan Martin, ya que ambos

tienen números en Victoria, pero lo deja para el día siguiente. ¡Se encuentra tan rendida…! El veronal empieza a obrar. Se acuesta para no despertarse más. El segundo crimen ha sido cometido felizmente.

»Ahora vamos con el tercer crimen. La escena tiene lugar en un banquete. *Sir* Montagu Corner hace referencia a una conversación que sostuvo con *lady* Edgware la noche del crimen. Eso es fácil. Ella no tiene más que murmurar algunas frases de alabanza. Pero, desgraciadamente, se menciona el *Juicio de Paris* y ella toma a "Paris" por el único París que conoce, el París de los trajes y de los sombreros. Pero frente a ella está un joven que asistió a la cena de Chiswick, un joven que aquella noche oyó a *lady* Edgware discutir de Homero y de la civilización griega. Charlotte Adams era una muchacha muy culta; Ross no comprende aquello. Está asombrado. Y de pronto la verdad se abre paso en su cerebro. *Aquélla no es la misma mujer*. Las dudas le embargan. No está seguro de sí mismo. Quiere que le aconsejen y piensa en mí. Habla con Hastings. Pero *lady* Edgware le oye y se entera también de que no estaré en casa hasta las cinco. A las cinco menos veinte va a casa de Ross. Éste abre la puerta y se sorprende mucho al verla, pero no se asusta. Un muchacho alto y fuerte no siente miedo de una mujer. La hace entrar en el comedor. Mientras hablan, ella se coloca detrás de él y, en completa seguridad, le apuñala. Quizá él lanza un grito ahogado, nada más.

Hubo una pausa. Luego Japp dijo roncamente:

—Pero ¿por qué hizo todo eso, si su marido estaba dispuesto a concederle el divorcio?

—Porque el duque de Merton es uno de los más firmes sostenes del catolicismo inglés. Porque no hubiese pensado nunca en casarse con una mujer cuyo marido viviese todavía. Es un joven fanático. En cambio, con una viuda podía casarse inmediatamente. Sin duda, ella le debió sugerir varias veces la solución del divorcio, pero él no debió picar el cebo.

—Entonces, ¿para qué le envió a usted a ver a lord Edgware?

—*Ah, parbleau!* —Poirot, que hasta entonces había estado muy correcto, volvió a su naturaleza exaltada—. ¡Para ponerme una venda en los ojos! ¡Para hacer de mí un testigo que demostrase que ella no tenía ningún interés en cometer el crimen! ¡Para hacer de

mí, Hércules Poirot, su salvaguardia! ¡*Ma foi*, que lo logró! ¡Y qué cerebro el suyo! ¡Cómo se hizo la sorprendida cuando lo de la carta que le había escrito su esposo y que ella juró no haber recibido! ¿Sintió algún remordimiento por alguno de los tres crímenes cometidos? Seguramente que no.

—Ya le dije a usted lo que era ella —dijo Bryan Martin—. Bien se lo advertí. Sabía que mataría a su marido. Es una mujer mala. Diabólicamente mala. Ojalá pague caro lo que ha hecho. Ojalá la condenen y ahorquen.

Su rostro estaba rojo como la grana. Su voz era ronca.

—¡Vamos! ¡Vamos! —dijo Jenny Driver.

Hablaba como las institutrices cuando se dirigen a un chiquillo.

—¿Y la cajita de oro con la inscripción «París, noviembre» en el interior de la tapa? —preguntó Japp.

—La encargó por carta a París y mandó a Ellis, su camarera, a buscarla. Naturalmente, Ellis sólo vio el paquete. No tenía la menor idea de lo que había dentro. También *lady* Edgware cogió unas gafas de Ellis para ayudar a Charlotte en la caracterización de *mistress* Van Deusen. Se las olvidó en el monedero de Charlotte Adams. Esa es su única equivocación. Todo esto se me ocurrió mientras permanecía en medio de la calle. ¡Ellis! ¡Las gafas de Ellis! ¡Ellis yendo a buscar la cajita a París! ¡Ellis y, por tanto, Jane Wilkinson! Además, es muy posible que le quitase a su camarera algo más que las gafas.

—¿Qué?

—Un bisturí de los callos.

Me estremecí. Hubo un silencio momentáneo. Luego Japp dijo con una extraña confianza:

—Poirot, ¿es eso cierto?

—Certísimo, *mon ami*.

Entonces empezó a hablar Bryan Martin, y sus palabras fueron dignas de él.

—Vamos a ver —dijo de mal humor—. ¿Por qué se me ha hecho venir aquí? ¿Por qué se me ha dado un susto mortal?

Poirot le miró fríamente.

—Para castigarle. Para castigarle por haber sido impertinente. ¿Quién le mandó jugar con Hércules Poirot?

Entonces Jenny Driver se echó a reír a carcajadas.

—Que te sirva de lección, Bryan —dijo al fin, y se volvió hacia Poirot—: Me alegro muchísimo de que no sea culpable Ronnie Marsh —dijo—. Me es muy simpático. Estoy contentísima de que la muerte de Charlotte no quede impune. En cuanto a Bryan, le voy a decir a usted una cosa en confianza, *monsieur* Poirot: me caso con él. Y si cree que podrá divorciarse de mí para casarse dos o tres veces más, a estilo Hollywood, se equivoca lamentablemente. Si se casa conmigo, me tendrá que aguantar.

Poirot la miró, observando su mentón audaz y su rojo cabello.

—Es muy posible que sea así, señorita —dijo—. Aseguraría que tiene usted valor para todo, hasta para casarse con un actor de cine.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

UN DOCUMENTO HUMANO

Unos días más tarde tuve que salir inesperadamente para la Argentina. Por tanto, no volví a ver a Jane Wilkinson. Por los periódicos me enteré de que en el juicio oral había sido condenada a muerte. Al ver que toda la verdad había sido descubierta, su ánimo decayó. Mientras se creyó a salvo, no cometió ninguna imprudencia; pero en cuanto perdió la confianza en sí misma, se desmoronaron su altivez y serenidad y se portó como una criatura.

Como ya he dicho, la última vez que la vi fue en la comida que dieron los Widburn. Pero siempre que pensé en ella me la imaginé tal como la había visto en su habitación del Savoy, moviéndose absorta entre un montón de elegantísimos vestidos negros. Tengo la convicción de que aquella tranquilidad suya no era una *pose*, sino completamente natural. Su plan había salido perfectamente y no tenía el menor remordimiento. No creo que ninguno de los crímenes que cometió la preocupasen en absoluto.

A continuación reproduzco una carta que escribió antes de morir, ordenando que después de la ejecución se la entregasen a Poirot. Es un documento que retrata maravillosamente el carácter de aquella hermosísima mujer:

> Querido *monsieur* Poirot: Después de pensarlo mucho, me he decidido a escribirle. Sé que algunas veces publica usted los reportajes de los casos interesantes en que ha intervenido. No creo que en ninguno de los libros que ha escrito haya añadido documento alguno de los interesados. Por tanto, le envío esta carta, pues deseo que todo el mundo sepa cómo llevé a cabo

mis propósitos.
Sigo creyendo que todo estaba estupendamente planeado y que, de no haber intervenido usted en el asunto, todo hubiera terminado bien. Espero que en su libro concederá gran importancia a esta carta. Me gustaría mucho que la gente se acordase de mí y que se publicasen mis hazañas. Porque estoy segura de que he sido *única*. Por lo menos, aquí, en la cárcel, todos me lo dicen.
El origen de todo viene de cuando conocí a Merton en América. Yo comprendí enseguida que sólo enviudando lograría que se casase conmigo. Ha sido una verdadera lástima que ese hombre tuviese tantos prejuicios contra el divorcio. Todo cuanto hice por convencerle fue inútil. Viviendo mi marido, no se casaría conmigo jamás. Es un verdadero chiflado.
Entonces decidí que mi marido muriera. Pero no veía la manera de lograrlo. La verdad es que en los Estados Unidos los hombres no son tan idiotas como en Inglaterra. Si Merton hubiese sido americano, las cosas se habrían arreglado mucho mejor. En fin, como iba diciendo, me pasé días enteros procurando descubrir la manera de enviudar. Pero ante cada solución surgía un enorme inconveniente. Empezaba ya a perder la esperanza, cuando, estando en Inglaterra, vi a Charlotte Adams en un teatro y comprobé lo maravillosamente que me imitaba. Entonces vi el cielo abierto. Con su ayuda conseguiría una coartada perfecta. Empecé a reflexionar de qué medio me valdría, y se me ocurrió enviarle a usted a visitar a mi marido, pidiéndole, en mi nombre, el divorcio. Enseguida empecé a alardear de los deseos que sentía a veces de ir a pegar cinco tiros a mi marido. Cuando me presentaron a Charlotte, le expuse mi idea, claro está que sin explicarle la verdad. Le dije sólo que era con el fin de ganar una apuesta, y que ella recibiría diez mil dólares. Ante la seguridad que tenía de ganar ese dinero, se entusiasmó tanto, que algunos de los detalles fueron idea suya. Como el cambio de ropa no podíamos hacerlo en mi casa por estar Ellis, ni en la suya por su camarera, pensé hacerlo en el hotel.
Desde el momento en que empecé a planear el asesinato, decidí que Charlotte Adams también tenía que morir. Era una lástima, pero no había otro remedio. Yo tenía en casa un poco de veronal, pues solía tomarlo algunas veces. Gracias a él la cosa resultaba sencillísima, pero era preciso que se creyese

que Charlotte acostumbraba tomarlo. Entonces encargué la cajita de oro con una inicial cualquiera y la inscripción «París, noviembre». Así, me figuré que se complicaría más la cosa. Encargué la cajita por carta y mandé luego a Ellis a buscarla. Claro que ella ignoraba lo que contenía el paquete.

Mientras Ellis estuvo en París, me apoderé de uno de los bisturís que ella usaba para los callos, que fue el que empleé para matar a Edgware. Escogí aquel bisturí por lo agudo de su filo. Un doctor de San Francisco me había enseñado dónde se tenía que clavar el arma para que la muerte fuese instantánea. Le pedí una explicación clara y repetida por si algún día podía serme útil. Al doctor le dije que esperaba emplear su idea en una película. Fue una mala jugada la que me hizo Charlotte Adams escribiendo a su hermana, siendo así que me había jurado que no diría una palabra a nadie. Cuando vi la carta pensé en destruirla, pero después reflexioné y me pareció mucho mejor rasgar una de las hojas. Eso fue idea mía, y creo que puedo enorgullecerme de ella más que de las demás. Todos tendrán que reconocer que demostré poseer talento al ocurrírseme una cosa así.

Todo se desarrolló como yo había pensado. Cuando vino aquel inspector de Scotland Yard, temí que me detuviese; pero, aun siendo así, me habría dejado en libertad ante la declaración de las personas que me vieron en la cena de *sir* Montagu Corner y que no sospechaban que la mujer que vieron cenando allí no era *lady* Edgware.

Cuando pasó aquel pequeño peligro me sentí la más feliz de las mujeres. Es cierto que la duquesa me odiaba; pero en cambio Merton estaba loco por mí y quería que nos casásemos lo antes posible. Nunca me había sentido más feliz que durante aquellas semanas. La detención del sobrino de mi marido me salvaba de toda sospecha. Cada día estaba más orgullosa de la magnífica idea que tuve al rasgar la hoja de la carta de Charlotte.

En lo de Donald Ross creo que intervino la mala suerte. Todavía no me explico cómo llegó a sospechar de mí. Por lo que me han dicho, parece ser que fue por algo referente a «París», que en lugar de ser una población es un personaje. Aunque no sé exactamente quién es ese París, supongo que será un señor historiador.

Desde luego, Ellis me contó que la había usted llamado, pero únicamente respecto a Bryan Martin. Como no le preguntó siquiera si había ido a buscar un paquete a París, no sospechó

nada. Seguramente creyó usted que si le preguntaba eso, ella me pondría en guardia y podría escaparme. No puedo explicarme la maravillosa manera que ha tenido usted de descubrir todo lo referente al crimen.

Pero, *monsieur* Poirot, usted no se portó bien conmigo. Tengo la seguridad de que lamentará siempre su comportamiento en este asunto. Lo único que yo deseaba era ser dichosa. ¡Y pensar que si no llega a ser por mí, usted no hubiera intervenido en el asunto! Pero, la verdad, nunca creí que fuera usted tan listo. Por su aspecto, nadie lo diría. No ahorcan en público, ¿verdad? Es una lástima, porque ahora, aunque pálida, estoy muy guapa, y además me dicen que soy muy valiente. Seguramente, nunca ha habido un criminal como yo.

Me despido de usted, porque tengo que ver al capellán, perdonándole por todo el mal que me ha hecho, pues, según dicen, hay que perdonar a los enemigos.

Jane Wilkinson.

FIN

AGATHA CHRISTIE, escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable *Miss* Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La ratonera* ha permanecido en cartel más de 50 años con más de 23.000 representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio

que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos*, *Asesinato en el Orient Express*, *Tres ratones ciegos*, *Muerte en el Nilo*, *El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de Misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.